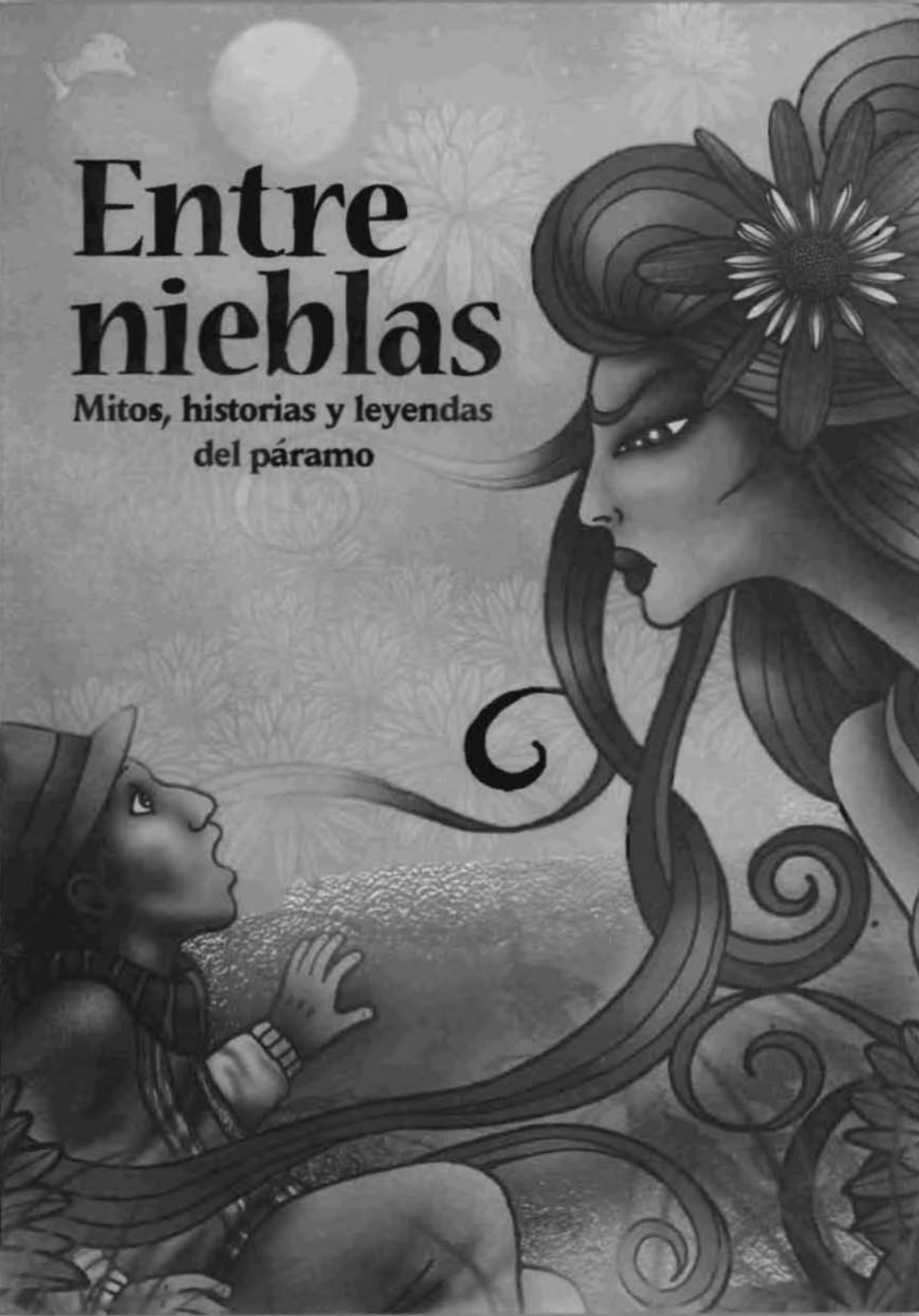


Entre nieblas

Mitos, historias y leyendas
del páramo



Entre nieblas

Mitos, historias y leyendas del páramo

Proyecto Páramo Andino
Conservación de la Diversidad en el Techo de los Andes

COMUNIDAD ANDINA
SECRETARÍA GENERAL



El Proyecto Páramo Andino es una iniciativa creada con el fin de conservar integralmente el ecosistema en los cuatro países que lo poseen en Sudamérica: Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú.

Ésta es una coedición del Proyecto Páramo Andino y la Editorial Abya-Yala.

Se sugiere citar esta obra así:

Mena Vásconez, P, H. Arreaza, T. Calle, L.D. Llambí, G. López, M.S. Ruggiero y A. Vásquez (Eds.). 2009. Entre Nieblas. Mitos, Leyendas e Historias del Páramo. Proyecto Páramo Andino y Editorial Abya - Yala. Quito.

ISBN: 978-9978-22-794-7

Diseño y diagramación: El Antebrazo Taller de Comunicación.

Ilustración de portada: Eduardo Comejo.

Impreso en el Ecuador por Editorial Abya -Yala.

Quito, febrero 2009.

Índice

Mapalina, la diosa de la niebla	11
Dedicatoria	13
Unas palabras para comenzar	15

Paisajes, cerros y malos vientos

Otra vez... el páramo	27
Colombia	
Valle Encantado	29
Venezuela	
La Mama Tungurahua y otros cerros	31
Ecuador	
El mal viento	33
Ecuador	

Seres de otros reinos, reinos de otros seres

La nariz del oso de anteojos	36
Perú	
Los niños pastores y la perdiz	38
Perú	
Oso de anteojos	40
Perú	
Juan Osito	42
Ecuador	

Los lic-lic de la Jalca	45
Perú	
Animales que anuncian buenas y malas noticias.	46
Colombia	
Las malas...	46
Las buenas...	46
El zorrillo	48
Perú	
El zorro y el conejo	49
Perú	
El venado llamingo: la historia de un cazador	51
Colombia	
Los sapos y las lagunas de la jalca	53
Perú	
El pitu malhablado.	54
Perú	
El cóndor casamentero	56
Ecuador	
El cuento del pescado	57
Venezuela	
El oso	59
Venezuela	
El caminante y el quishuar	60
Perú	
Jardín de remedios.	62
Colombia	

I.	62
II.	63

Aguas vivas y bravas

Bachué	66
Colombia	

Lagunas Bravas	68
Colombia	

Encantos	70
Colombia	

Los talalanes de la jalca	74
Perú	

La campana de Mojanda	76
Ecuador	

La laguna del Inca	77
Perú	

Las Lagunas Verdes	79
Ecuador	

Laguna Verde	82
Colombia	

Las Velásquez	83
Venezuela	

Diablos, aparecidos y desaparecidos

El diablo y la mula	88
Perú	

El pacto de Rosendo Paredes	90
Ecuador	
Tesoros del páramo	92
Colombia	
El calabazo con oro	94
Perú	
Los ruidos de la mina	95
Ecuador	
El puquio	97
Perú	
El cerro malo	99
Perú	
La paila de cuatro orejas	100
Ecuador	
El Huiñaigüilli	102
Ecuador	
Eso ya no... ya nunca pasa nada	104
Colombia	
La loma de picola	105
Ecuador	
La piedra del Muerto	107
Colombia	
Duendecitos	109
Colombia	
Historias de duendes	113
Colombia	

El descansadero	113
El duende pescador	113
El duende y María Luisa	114
El duende	121
El duende en mi vida	122
El niño perdido	124
Venezuela	
El Arco Caté	127
Venezuela	
La vieja agüera de Las Piñuelas	129
Venezuela	
Hombre encantao	131
Venezuela	
La sábana blanca	133
Venezuela	

Historias de la gente de altura

Historia de Cushunga	139
Perú	
Los nombres de los caseríos y los hacendados	141
Perú	
Ni can, ni pay, ni ñuca	143
Ecuador	
Maticas misteriosas	145
Venezuela	
La Reforma Agraria en la jalca	147
Perú	

Mana Chona	149
Venezuela	
Las médicas tradicionales y la Yamata	151
Colombia	
¿Cómo es la historia mía? Es un poco, bastante larga	152
Colombia	
Mi papá	152
El tractor	154
El agua	155
Los animales	155
La papa	156
El páramo	158
Don Eduardo	160
La vida del páramo	162
Origen del Nombre de la Comunidad del Salado	163
Ecuador	
Molino Dráulico	164
Ecuador	
Chon Fósforo	167
Venezuela	
Bruno Gavidia y la Piedra del Hombre	168
Colombia	
Mitología de Don Juan Chiles	170
Colombia	
Muchas gracias.....	173

Mapalina, la diosa de la niebla...

aparece cuando una persona

se entromete en el páramo sin pedir permiso.

Ante la presencia de algún intruso, la diosa se enfurece

y comienza a llenar de niebla la inmensidad del páramo...

(Mito del páramo colombiano)



Dedicatoria

A esas voces andinas que cuentan sus historias.

Historias que brotan de la experiencia de sus vidas, entre la niebla de los páramos, con un destino común y un sueño reconstruido desde las raíces mismas del tiempo.

Historias cargadas de esperanzas y desconsuelos, de alegrías y lágrimas, de corajes y miedos...

Rescatadas del ayer para que permanezcan mañana, en el inmenso y silencioso paisaje de los páramos andinos...

Unas palabras para comenzar...

Los mitos y leyendas producidos por las distintas poblaciones humanas pueden ser mirados de diferentes maneras. En este caso, me parece importante hacer énfasis en mirarlos como un discurso que corresponde a arquetipos relacionados con la forma en que estas poblaciones se representan, y a su relación con diferentes objetos mentales o materiales, como parte de lo que se podría denominar un imaginario colectivo.

En este sentido, cabría preguntarse acerca del sentido o utilidad práctica de hacer este tipo de ejercicio intelectual. ¿Cuál es el sentido y la importancia de estos discursos? ¿El recogerlos significa, solamente un puro deleite intelectual, o esto tiene algún tipo de implicaciones en la cotidianidad de la práctica social? ¿Estos discursos tienen o han tenido alguna implicación en la direccionalidad de las conductas, respecto de los objetos representados o referidos?

Siguiendo este orden de ideas, desde una perspectiva pragmática o materialista de la cultura, pueden entenderse como un producto histórico. Lo que nos lleva a pensar que las culturas, entendidas como estrategias de adaptación humana a las condiciones del medio natural en que están inmersas, construyen objetos materiales y mentales que expresan deseos y/o realidades correspondientes a los cambios producidos en los ecosistemas o la valoración que de ellos se hace en función de su necesidad de conservación.

Estas representaciones, discursos o institucionalidades, buscan dar una direccionalidad conveniente a las conductas en relación con la supervivencia de estas poblaciones. En este caso, los mitos y leyendas construidos sobre este objeto que es el ecosistema de Páramo, son fundamentales en la comprensión del valor y sentido que diferentes poblaciones humanas en

nuestros países han dado a su relación con estos ecosistemas en distintos lugares y momentos históricos.

Estos ecosistemas, desde el punto de vista de la ciencia occidental y del imaginario colectivo de diferentes pueblos, desde otros campos del saber o formas de conocimiento, han sido reconocidos como vitales y fundamentales en la producción del agua, elemento vital.

La recopilación hecha en este libro es precisamente la puesta en evidencia de este hecho común. El hacer relevante esta situación adquiere una gran importancia práctica y pedagógica. Las reglas y restricciones, temores o indicaciones que surgen de la lectura de los diferentes mitos y leyendas referidos, nos evidencian la necesidad de su conservación y manejo, como condición esencial de la supervivencia y autonomía de nuestros pueblos.

Finalmente, vale decir, que estos mitos y leyendas adquieren en este contexto un carácter pedagógico de gran importancia para todo tipo de planteamiento que busque la conservación y el uso sostenible de estos ecosistemas.

Este libro muestra, al ponernos al frente estos discursos, lo que han significado y significan los ecosistemas de Páramo para las culturas Andinas. Esto nos muestra que la articulación y construcción de un discurso sobre la conducta a seguir en relación con estos ecosistemas, están presentes desde tiempo atrás en la historia de nuestros pueblos, que no necesariamente están ubicados en la visión científica de la modernidad, pero que, sin embargo, son conscientes de su importancia.

Debemos escuchar, en consecuencia, este clamor mítico y legendario que se une a las voces de la ciencia moderna para continuar trabajando en aras del respeto, estudio, conservación y uso sostenible de este patrimonio natural y cultural representado en los Páramos Andinos.

Francisco González L. de G.
Director – Instituto de Estudios Ambientales para el Desarrollo,
Pontificia Universidad Javeriana.
Colombia.

Mientras para algunos los páramos son parajes misteriosos, bellos e importantes para la vida, para otros no son más que espacios fríos, yermos y vacíos.

Como toda la geografía del planeta, están cada vez más amenazados: intentos por convertirlos en “áreas productivas” obligan a enfrentarnos al urgente reto de defenderlos, de mantenerlos como uno de los ecosistemas más valiosos de nuestra América andina.

Fábricas de agua para campos y ciudades; almacén importante de carbono que contribuye a mitigar el calentamiento global; cuna y crisol de una biodiversidad sorprende: chuquiraguas, mortiños, cóndores y quindes estrella son sólo algunos íconos de una variedad asombrosa; marco de paisajes volcánicos y glaciares soberbios en la mitad del mundo. Y mucho más que eso.

Por miles de años han sido habitados por gente que los ha usado con respeto, como sitios de paso o miradores estratégicos. Han sido refugio de miles de personas, muchas de ellas marginadas y que sufren aún los estragos de una historia de inequidades, en medio de parajes bellamente tenebrosos, desde Venezuela al Perú.

Este ecosistema ha sido la base de su cultura, su comida y sus acentos, de sus casas y sus vestidos, de su religión, sus creencias y sus tradiciones, y, por tanto, de historias y anécdotas que cada vez se acercan más a lo mítico y legendario.

Un ecosistema que quema al mediodía y congela en la madrugada, que riega su agua a diestra y siniestra. Paraje repleto de niebla, plantas fantasmagóricas, lagunas vivas y animales fabulosos. Estas páginas recogen una

pequeña pero rica muestra de la relación dura, profunda y ancestral de la gente con el páramo, desde los frailejonales de Mérida hasta las *jalcas* de Cajamarca, pasando por Rabanal, Chiles, La Esperanza, Mojanda, Jimbura y Piura.

A lo largo de los Andes norteños, estas imágenes tratan de descifrar la realidad compleja y multifacética de quienes lo habitan.

Que el mundo reflejado en estas páginas sirva para que la sociedad andina se vuelva más incluyente, solidaria, respetuosa, democrática y, en una palabra, más sustentable.

Que estas narraciones ayuden a revalorizar y difundir una cultura ancestral rica en pluralidad, orgullo, historia y ganas de vivir.

Yolanda Kakabadse.
Ex-presidenta mundial de la UICN.
Ecuador.

Cerremos los ojos e imaginemos a un grupo de personas sedientas, viviendo en un desierto, con fuentes de agua escasas y sufriendo las consecuencias del cambio climático... Imaginemos ahora su felicidad al encontrar una pequeña esponja de agua, capaz de saciar su sed... pero sólo si son capaces de cuidarla.

Pensemos ahora en este grupo de personas gozando de las bondades curativas y sanatorias de una laguna sagrada, en un ecosistema mágico. Abramos los ojos y pensemos si todo ello no es más que un sueño.

Es un sueño, pero un sueño hecho realidad. Una realidad que la naturaleza en su sabiduría nos provee, para saciar la sed en una costa que, como la peruana, es árida y desértica. Una realidad alentadora, que frente a la adversidad del cambio climático, nos anuncia su presencia, pero nos demanda su cuidado. Es el páramo y su ecosistema vecino la jalca, en Piura y Cajamarca. Ambos capaces de proveer los servicios ambientales, que el planeta hoy más demanda: provisión de agua en cantidad y calidad y almacenamiento de carbono. Capaces de brindar la paz que la sanación requiere, con la valeriana y sus efectos medicinales y, a su vez, con lagunas como Las Huingas o también de mostramos especies tan emblemáticas, pero en riesgo permanente, como el tapir del páramo.

Plantea el dicho popular que “lo bueno viene en frasco chico” y para el Perú ese es el páramo, un ecosistema que con la jalca ocupa una porción pequeña del territorio y quizás por ello su desconocimiento, poco estudio y el poco interés hasta ahora mostrado.

Pero este maravilloso ecosistema ha tenido la paciencia del sabio, para darnos su mensaje en silencio, “entre nieblas”.

El mensaje del ecosistema que se sabe fuente de agua, fuente de biodiversidad, en resumen: fuente de vida, pero que no tiene que gritarlo. Tiene en el Santuario Nacional Tabaconas-Namballe una pequeña expresión del cuidado que debiera merecer, pero que sufre en silencio el daño que produce la indolencia.

Que las historias, leyendas y cuentos que reconocen la existencia del páramo sean una oportunidad para encontrarnos con él, en una simbiosis de vida, de esperanza.

Manuel Pulgar-Vidal.
Director Ejecutivo de la Sociedad Peruana de Derecho Ambiental.
Perú.

Esta recopilación de relatos nacidos en los páramos andinos será apreciada por todos: niños y niñas; madres y padres; abuelos y abuelas. Gente del páramo y gente de otras latitudes abrirán sus sentidos a las voces de estos escritores natos, tan ricos en vivencias como en sensibilidad narrativa.

¿Cuántos narradores, a la luz y el humo de los fogones parameros, han relatado historias que ocurrieron en el espectacular paisaje de los Andes? ¿Cuánto se habrá perdido y cuánto perdurará de esa fabulosa literatura?

Importante misión es la de lograr que estas leyendas resuenen, despejando para el mundo el nublado silencio de los páramos.

No menos importante será la constatación de profundos nexos simbólicos entre los pobladores de los diferentes países de la cordillera, hermanados por una narrativa andina que se desplaza rompiendo fronteras.

Quebrantar el silencio es el mejor homenaje que se puede rendir a todos aquellos que no tuvieron en su vida dos armas fundamentales: un lápiz que zigzaguea y un cuaderno que escucha. Es permitir que la sonoridad de sus palabras se guarde en la memoria del planeta, para aquellos que aún no han nacido.

El paisaje también se nos devela en esta obra, magistralmente captado por la visión y compenetración anímica de los ilustradores, quienes han sabido plasmar la diversidad ecológica y la magia del paisaje andino en sus blancos picos que limitan con el azul del cielo, en los frailejones que se empinan para trepar las altas cumbres, en las misteriosas lagunas que nos miran desde sus ojos de agua, en los Encantos -con múltiples formas- escondidos tras la neblina, entre las piedras.

Desde ya celebramos la edición de *Entre Nieblas* y le auguramos el más feliz de los destinos.

***Maximina Monasterio.
ICAE, Universidad de los Andes, Mérida, Directora del PPA.
Venezuela.***

*Paisajes, cerros
y malos vientos*



Otra vez... el páramo

Colombia

Recuerdo todavía las hojas peludas de mi primer frailejón, en una cor-tísima parada del bus del colegio, que aquel primer año de primaria nos llevaba en excursión hacia “lo que había detrás de las montañas de Bo-gotá”. No íbamos al páramo en esa ocasión, y me imagino que tardaría muchos años en darme cuenta que aquel golpe de frío y llovizna, aquella tierra blanda sobre la que transité, aquellas plantas extrañas serían parte de un escenario cada vez más familiar. Caminos reales de piedra, llenos de musgos resbalosos, visiones de parches del mundo desde dentro de la nube misma, sorpresa con la laguna y el silencio. Silencio. Conciencia del viento y la voz de los arbustos.

Nada sería tan importante para consolidar una imagen propia de las altas montañas de los Andes como las caminatas por Mucuchíes y Mucubají, de la mano de Maximina Monasterio: arenales pardos y grises movidos por ese viento helado, contra el cielo extremo azul, muy lejos de la persistente neblina húmeda que extravía a los montañistas. Arenales que sólo se vuelven a ver al sur, en las tierras de Máximo Liebermann, con quien aún aspiro reencontrarme para visitar los magníficos salares bolivianos... Otras montañas, de las muchas que quisiera recorrer, en búsqueda de aquellas verdades que nos enseñan a otear la ciencia; verdades cada vez más pequeñas, más complejas, más cercanas al misterio. Así viajé a los tepuyes y encontré el páramo del Amazonas en sus topes rocosos, y viajé por otras montañas, caminando con mis pies y a través de otros maestros para entender un poco la noción de equivalencia ecológica: la existencia de las rosetas neozelandesas. Y el carácter sagrado que las alturas desencadenan en las mentes de los pueblos... y que nos deja tan fácilmente.

Hoy vuelvo al páramo y a las historias que de él teje este libro, como un pequeño homenaje a quien, anónimo, encontré hace muchos años sepultado en musgo húmedo, llenando su pequeño cráneo adolescente per-

forado por un tiro de gracia, en medio de las flores y las plantas sencillas que pronto cubrieron su muerte. Una huella más de las violencias que nos cubren a nosotros de maneras más aterradoras, y que dejamos atrás, ese día con una oración no pronunciada y un silencio mayor de muchachos perdidos en la montaña.

Largas cabalgatas por los riscos, la visión de un águila ocasional llevada por el viento. El acogedor refugio del campesino paramero y del caldo de papa. El baño gélido en la laguna de cristal, la cuna de los mitos, el origen. La ventisca y el sol y el cielo quemantes y helados al norte y al sur, no tan lejos del Ecuador húmedo, y la sensación de infinito de las cumbres, no tan altas para encegucerse en la nieve o dejar atrás el verde, suficientes para sentir la cercanía de las puertas del mundo de arriba, el mundo donde ser es volar, donde necesariamente uno se pregunta por el espíritu, cualquier cosa que ello signifique.

**Contado por Luis Guillermo Baptiste.
Bogotá, Colombia.**



Valle Encantado

Venezuela

Este pueblito, Valle Encantado, queda a unos treinta minutos de Mucuchíes, esta larga distancia donde usted encuentra una hermosa experiencia.

Este relato es para empezar poniendo en cuenta que cuando lo visite, vaya bien abrigado y despacio, porque este valle... ise encuentra a 3.200 metros de altura! Pero no se preocupe. Prepárese a disfrutar de una belleza espiritual y del silencio, que lo irá envolviendo. Lo atraparán el canto de la naturaleza, los precipicios -que dejan vacío en el estómago-, el verdor de las montañas y de repente, el brillo de los trigales tranquilos.



Lo más importante está en la entrada del pueblito: hay piedras enormes, de color negro, blanco y enrojecido. Por la flora que se encuentra en las laderas en tiempo de invierno, deténgase un poco y contemple la belleza del valle encantado.

¿Alguna vez ha visto un *moai*?¹ ¿Esas figuras enigmáticas como la Peña de La Virgen y la Peña del Letrero? Frente a ella se levanta una capillita muy pequeña en honor al Santo Niño de Atocha, donde es bueno que se detenga para que le dé gracias por haber llegado sano y salvo.

Más adelante se encuentra con la pequeña carretera que pasa por el medio de esas enormes peñas, y se ve la profundidad del río que pasa por el callejón. Puede contemplar el agua cristalina y limpia, pero se piensa dos veces para tocarla, porque a esta altura ¡es muy fría!

Continuando el camino, como cerrado de repente, se abre y sale usted al valle, donde puede ver las casitas a lo lejos; la quebrada que pasa por el medio de todo el valle. Allí se encuentra con los agricultores que siembran la papa, el ajo y muchos muchachitos con ojos muy lindos, además de bellas mujeres que trabajan para el mantenimiento de su hogar.

Si se detiene un poco, puede conversar con personas de este pueblo. Gente sencilla, que le puede contar historias muy bellas, de cómo se fue sembrando, y enseñarle por dónde era el camino viejo que todavía se ve por lo Alto de los Encinillos y el Alto de las Cruces. Además, puede hacer un paseo muy bello al sector Micarache y Las Piñuelas. Este valle encantado, se llama Gavidia.

Contado por Cantalicia Torres de Torres.
Venezuela.

¹ Pared de roca, piedra de gran tamaño.

La Mama Tungurahua y otros cerros

Ecuador

Los cerros, aunque lo parezca, no son sólo cerros: son hombres o mujeres, son buenos o malos, celosos o *bandidos*², jóvenes o viejos, sabios poderosos o divinidades menores y mezquinas. A ellos se les agradece cuando las cosechas producen bien, se les pide para asegurar la buenaventura de los recién nacidos y también de los recién casados. Se les achacan los años secos, los muy lluviosos, los terremotos y, aunque no ocupen ningún nicho en la iglesia, a ratos en cuestiones de influencia estos cerros o *Apus*³, como se les llama con reverencia, se disputan el puesto con los santos católicos.

Si se nublan están *malgenios*⁴, si caen truenos en sus cumbres están iracundos. Andan rodeando los valles con apariencia de comunes mortales y recompensando la bondad o castigando la avaricia de la gente con la que se topan. Si hay un deslave en sus laderas es porque algún advenedizo estuvo a punto de encontrar los tesoros que con recelo ocultan. Son capaces, según dicen los mayores, de demostrar infinita ternura o terrible enojo.

Cuentan estos mismos mayores, que cuando joven el Imbabura correteaba a las lindas *guambritas*⁵, de entre todas ellas se casó con María de las Nieves Cotacachi. De esa unión nació un guagua que no ha acabado de crecer; por apelativo lleva el de Yanaurco y por apellido el de Piñán, está al lado de su madre y juega entre lagunas, montes y nieblas. Ficticia o no la fama de *huaynandero*⁶ de este cerro, parece que hubo muchos vástagos más. Hasta hace poco era cosa común entre las longuitas responsabilizar al taita Imbabura por preñeces incómodas de explicar de otra manera. Ahora

² En este contexto, pícaro o mujeriego.

³ Espíritu o dios quechua/kichwa de la montaña.

⁴ De mal carácter, enojado, disgustado.

⁵ Mujer joven.

⁶ Quichuismo que significa mujeriego.

el Imbabura ha madurado y la paternidad de los guaguas, cuando no hay más recurso, se endilga a otros seres mitológicos como el *Chuzalongo*⁷. A esta montaña la ve la gente común como a un protector y los *yáchak*⁸ como a un poder superior capaz de inspirarlos y guiarlos.

El Chimborazo, pese a ser el más grande, no tiene el mágico poder que posee el Imbabura. Aunque cuentan, los que así lo oyeron, de su inmensa fuerza, demostrada a las claras cuando hace mucho tiempo su mujer, la mama Tungurahua, poseedora de un carácter eruptivo, y según parece algo fogoso, tuvo un romance con el vecino Altar. Parece que les resultó difícil ocultar el secreto idilio, sobre todo tomando en cuenta que el agraviado es tan alto que todo lo ve.

Más temprano que tarde, taita Chimborazo se dio cuenta del engaño y descargó toda su furia contra el inoportuno que le robaba los cariños de su amada. El desdichado Carihuairazo salió en mala hora a favor del Altar, que iba recibiendo la peor parte en la contienda. Pero ni entre los dos, pudieron contra el poderoso y celoso Chimborazo. Desde entonces, ambos perdedores lucen maltrechos, sus cumbres derrumbadas y su gallardía apabullada. La Tungurahua, inconforme, lanza humos y fuegos cada vez que se acuerda de su frustrado romance.

Recogido por Jorge Juan Anhalzer.
Ecuador.



⁷ Duende del páramo considerado maléfico y que persigue a las mujeres.

⁸ Sabio, en kichwa.

El mal viento

Ecuador

El viento que recorre páramos y valles no es uno solo, son varios, son una familia entera, numerosa y variada. Como en toda familia hay miembros buenos... y otros que no lo son tanto. Está el viento del cerro que sopla en las alturas y causa el soroche, más conocido como el mal de montaña. Otro es el viento de la muerte o *Wañunahuaira* que precede al muertito que viene con permiso del más allá, a cenar en la casa de su viuda la noche de difuntos. Este viento es el que abre la puerta por donde luego ha de pasar el difunto, es el que anuncia a las almas en pena, cuyo silbido es capaz de helar la sangre hasta al más valiente. El *Ninahuaira* habita en todo lado, se introduce en la gente que se encuentra débil, abrazándolas con fuertes fiebres.

De toda esa familia de vientos, el más soplador y, por lo tanto, el más conocido, es el mal viento o mal aire. Habita quebradas lúgubres y casas abandonadas, es un vaho, una fuerza mágica y maligna, capaz de enfermar a la gente con dolores de cabeza, cansancio y mareos. No lo curan los doctores sino los yáchak pasándole al enfermo un huevo o el cuy junto con la ruda y la chilca; las plantas ayudan a que el animal o el huevo absorban los males del paciente. Después, para completar el tratamiento, hay que abrazar a un *chigualcán*⁹, al cual hay que saludarlo respetuosamente como "compadre chigualcán" y, así abrazado, de alguna manera demostrando el mismo respeto... hay que orinar contra su tronco. Para terminar este asunto, hay que persignarse con una moneda de poca cuantía y botarla sobre la espalda sin regresarla a ver.

⁹ Planta andina pariente de la papaya (*Vasconcella heilbornii*). Produce una leche que escaldada la piel.

Pero el peor de toda la familia de vientos es el Acapana o *Yanahuaira*. Este es un diablo y como tal viene bailando y levantando polvo por los caminos en forma de torbellino. Es el más bravo de todos porque no ataca al cuerpo sino al alma de las personas.

Recogido por Jorge Juan Anhalzer.
Ecuador.



*Seres de otros reinos,
reinos de otros seres*



L *La nariz del oso de anteojos*

Perú

El oso de anteojos es el animal con el cual hemos compartido el bosque y el pajonal desde tiempos inmemoriales. Él se da cuenta cuando le tenemos miedo. Cuando le gritamos, se levanta y se pone como persona de pie, y queda listo para pelear.

Una vez, hace mucho tiempo, a un hombre que estaba *rozando*¹⁰ el bosque del sector Totora se le apareció el oso para defender su territorio, y como el hombre no le tenía miedo, se pusieron a pelear puño a puño.

El oso de anteojos iba ganado la pelea, a pesar de que luchaba con una sola mano, porque con la otra se tapaba su nariz.

El hombre, casi vencido, saco raza y mucha fuerza, y logró darle un golpe con el palo del calabozo en la nariz. Por ser la nariz del oso su parte más débil, perdió la pelea y se fue...

Seguro que si la pelea la hubiera ganado el oso de anteojos, hoy tendríamos más área de bosque...

Contado por Bernardo Neira, Caserío Totora.
Distrito de Pacaipampa, provincia de Ayabaca.
Recopilado por Jorge Mija, Perú.

¹⁰ Labor agrícola para preparar el suelo utilizando la quema para sacar la maleza.



Los niños pastores y la perdiz

Perú

En una de las quebradas de Alto Porcón que terminan en los extensos pajonales de la *jalca*¹¹, vivía una familia de pastores que tenía varios hijos; dos de los más pequeños se dedicaban al pastoreo de un rebaño de ovejas, un caballo, un burro y tres alpaquitas. Los niños al mismo tiempo que cuidaban de su rebaño, jugaban alegres entre los pajonales y gozaban de los saltos y movimientos de sus animales.

Un día de abril, cuando las lluvias se estaban retirando, dejaron sus fiambres debajo de un arbolito de *chimchango*¹², pero después de mucho jugar y cuando hacía hambre, fueron a buscar la alforjita del fiambre y se encontraron con que ésta había desaparecido. Llorosos, buscaron su fiambre sin encontrarlo, probablemente habría sido robado por otros pastores, por los zorros o por los perros mañosos.

Muertos de hambre, los niños se pusieron tristes; todavía faltaba medio día para regresar a la casa. Cuando estaban atajando el rebaño que estaba entrando a una de las quebradas con bosques, salieron de dentro del pajonal tres perdices silbando. Ellos corrieron detrás de ellas: ieran una madre perdiz y sus dos polluelos! Trataban de perseguirlas a pedradas para matarlas y luego asarlas, mas de pronto... oyeron que la perdiz mamá casi habló con ellos y les pidió que no mataran a sus polluelos y que ella los llevaría donde había muchos nidos llenos de huevos de perdiz.

¹¹ Nombre con el que se conoce al páramo en el norte del Perú. Hay cierta discusión técnica acerca de si es una forma diferente de llamar al mismo ecosistema o si es un ecosistema distinto, una especie de transición entre el páramo del norte y las punas del sur.

¹² Arbusto propio de la jalca del género *Hypericum*, con flores amarillas y usado para tinturar.

Los niños se asustaron y dejaron de tirar piedras a los polluelos. Entonces, la perdiz volaba delante de ellos hasta que llegaron a unas matas de chimchango donde encontraron muchos huevos de color marrón, ligeramente morados y brillantes, que fueron recogidos por los niños, pero no de todos los nidos; solamente tomaron los once huevos de un nido, con los cuales saciaron su hambre luego de sancocharlos con la paja húmeda.

Al ver que no recogieron todos los huevos, una de las perdices se acercó silbando y les propuso que si ellos respetaban a los polluelos, ellas les darían los huevos a cambio.

**Contado por Pablo Enrique Sánchez Zevallos.
Recopilado por ASPADERUC, Cajamarca, Perú.**



Oso de anteojos

Perú

Una vez una mujer joven y bonita del caserío, se fue al bosque a ver su ganado, mas como no lo encontraba, se internó en la espesura del bosque y se perdió. El bosque era tan denso que ni el oso de anteojos la podía encontrar. Sin embargo, el poderoso olfato del animal le ayudó a encontrarla ya que la mujer estaba menstruando, él la capturó y a la fuerza se la llevó a vivir a una cueva.

Para que la joven mujer no escapara, tapó la entrada con una enorme roca, que sólo él la movía cuando entraba o salía de la cueva. La familia y demás gente del caserío la buscó por todo el bosque, pero no la encontraron. Ni siquiera escucharon los gritos de auxilio, que ella emitía desde la cueva.

Después de varios días, el oso de anteojos y la mujer pudieron entenderse en un lenguaje. El oso comprendió que la joven tenía mucha hambre y le llevó variados frutos, flores y raíces del bosque para que comiera.

Luego de algún tiempo, la joven mujer y el oso de anteojos llegaron a entenderse tan bien que hasta tuvieron un hijo osito. Pero el oso no dejaba que la mujer saliera de la cueva.

Mientras el pequeño osito crecía, uno de sus juegos y ejercicios era mover la roca que tapaba la cueva. Un día el pequeño tuvo la fuerza suficiente para mover la roca de la entrada. Aprovechando esto, su madre y él escaparon hacia el caserío.

En el caserío la mujer contó lo que le había pasado. Mientras tanto, el oso de anteojos regresó a la cueva y no encontró a su familia. Salió a buscarlos, gritó y caminó por todo el bosque y el pajonal. Recorrió cerros y más cerros montañosos y no los encontró. Y desde allí, está muy solitario y sigue recorriendo extensas áreas sin encontrar a su familia.

**Contado por Bernardo Neira.
Caserío Tora del Predio, Distrito de Pacaipampa,
provincia de Ayabaca, Departamento de Piura.
Recopilado por Jorge Mija, Perú.**



Juan Osito

Ecuador

Dicen, pues, que en Oyacachi, una comunidad muy lejana, hubo una pareja que hizo un viaje de trabajo. Mientras caminaban, la mujer se cansó y se retrasó de su marido. En un momento, la mujer se encontró en el camino con un oso que la cargó hasta su cueva. El marido no se dio cuenta de esto hasta el día siguiente. Regresó al bosque a buscar a su esposa, pero no la encontró. Mientras tanto, la pobre mujer estaba desesperada atrapada en la cueva del oso.

El oso salía al bosque en busca de alimento, en especial de carne, pues al oso le gusta la carne de caballo, de vaca, de *danta*¹³ y de otros animales. Regresaba con sus presas a la cueva para alimentar a la mujer; sin embargo, ella no comía la carne porque estaba cruda. Entonces, como el oso no es una persona sino un animal salvaje, la obligaba a comer la carne cruda. La pobre mujer padecía de hambre y de todo. Después de un tiempo, ella quedó embarazada y el oso tapó la entrada de la cueva con una piedra grande.

La mujer dio a luz y tuvo un hijo. Como el oso traía mucho alimento, el hijo creció rápidamente. Alcanzada más edad, el niño ya tuvo fuerza como para mover la piedra. Seguramente su madre le enseñaba a moverla para salir de la cueva, para no sufrir en esa vivienda e irse a su propia casa. Pero como aún no tenía la fuerza completa, la piedra no se movió y continuaron encerrados. El oso padre siempre estaba buscando alimento y a veces se demoraba días en regresar.

Un día el osito joven se puso a mover la piedra nuevamente. Esta vez sí pudo moverla, pues ya era suficiente su fuerza. Cargó a su mamá y se

¹³ Tapir lanudo (*Tapirus pinchaque*) que habita en los páramos y los bosques andinos.



fueron de la cueva. Luego de un largo camino se encontraron con un río grande. En medio del río estaba el oso padre bien cargado de alimento. Cuando vio a la madre y al hijo, les ordenó que se detuvieran. Entonces, la madre y el hijo se pusieron a pelear con el oso padre y lo mataron. Cuando iban a llegar a su casa se encontraron con el Chuzalongo y el *Aguaruna*¹⁴. También tuvieron una pelea y Juan Osito mató a estos dos seres malignos en frente de la comunidad, cosa que le hizo merecer la admiración y el respeto de la gente.

Cuando llegaron a la casa descubrieron que el marido de ella se había casado con otra mujer. El hombre se asustó y lloró porque su mujer se presentó con Juan Osito. Estuvieron en la casa por unos días y Juan Osito se presentó a la escuela para la matrícula. El osito entró a la escuela, en donde se divertía jugando con los niños. A veces, cuando se enojaba y peleaba con sus compañeros, los dejaba medio muertos de los golpes que les daba. La profesora le halaba la oreja para que no hiciera eso, pero un día Juan Osito le cogió la oreja a la maestra y se la arrancó.

Por este problema en la escuela, la gente se enojó con Juan Osito. Acordaron mandarlo al cuartel para que fuera a la guerra. Entonces, el osito le pidió a su mamá un arma para luchar contra la gente enemiga. Juan Osito se puso al frente y triunfó en la guerra. Dicen, pues, que volvió a la casa como un campeón, triunfante. Él daba sus golpes con tanta fuerza que las personas quedaban medio muertas. Juan Osito se había hecho un forzado. Cuentan que de la cintura para abajo era peludo y que de la cintura para arriba parecía una persona.

**Contado por Zoila Ascanta y Manuel Parión, Oyacachi.
Recopilado en "Relatos de Oyacachi", Ecuador.**

¹⁴ Personaje del páramo considerado maligno.

Los lic-lic de la jalca

Perú

La gente del páramo jalca cuenta que hace muchísimos años, en estos pajonales y en ciertas lagunas, existían abundantes patos, chinas lindas que comen gusanos, y también, de vez en cuando, llegaban los gansos de los Andes o guallatas, de plumas blancas y negras en las alas, que graznaban fuertemente al asentar o al volar.

Ocurrió que un día de enero cayó una fuerte granizada que duró muchas horas y cubrió casi todos los pajonales con blanco granizo.

La gente ya estaba sufriendo porque el granizo no se derretía, pero cuentan que en la madrugada el granizo se convirtió en blancas gaviotas que, al alzar el vuelo, gritaban lic lic lic. Así surgieron los *lic-lic*¹⁵ o gaviotas de los Andes que, según decían, se alimentaban de gusanos y también de los granizos, que era de donde habían salido.

Hace muchos años que ya no caen estas granizadas tan fuertes y, por lo tanto, los lic-lic están desapareciendo y con ellos también la abundante vegetación de la jalca.

Contado por Belisario Samán, Cajamarca.

Recopilado por Pablo Enrique Sánchez Cevallos, ASPADERUC, Perú.

¹⁵ Ave como una gaviota que vive en la jalca y que cuando levanta vuelo grazna "lic lic lic lic lic" (posiblemente *Vanellus resplendens*).

A animales que anuncian buenas y malas noticias Colombia

Las malas...

El *cuscungo*¹⁶ viene a media noche y hace “uhhhuhhh” y así tres o cuatro veces. Es del tamaño de un gavián y parecido a la lechuza, cuando canta es para traer malas noticias, sea muerte o alguna desgracia, sea en la familia o de algún vecino.

El murciélago es también de malas noticias; a veces entran y se pegan en las casas y, cuando eso pasa, es conocido que se va a morir la gente de la casa.

El *quinde*¹⁷ y el abejón lo mismo, cuando vienen y se pegan de las puertas o a la gente y braman duro, anuncian muerte.

En cambio, cuando canta el gallo pasadas las cinco de la tarde, está anunciando desgracias comunitarias y peor que cante una gallina como el gallo, ¡ahí sí es pa'una desgracia más peor!

Las buenas...

Nosotros aquí en Chiles recibimos las buenas noticias anunciadas por los animales: cuando las *curiungas*¹⁸ vuelan o están cerca de nuestras

¹⁶ Búho grande y con “orejas” o “cuernos”, propio de las alturas andinas aunque con una distribución amplia en las Américas (*Bubo virginianus*).

¹⁷ Colibrí, en kichwa.

¹⁸ O curiungue, ave propia de los páramos (*Phalcoboenus carunculatus*). Frecuentemente se los ve volando en parejas y pueden cazar o comer carroña.

*chagras*¹⁹, es para tener buenas cosechas. Y cuando se ponen junticas en el aire cerca de nosotros, es para tener noviazgos o matrimonios. Una vez cuando yo fui a sembrar unas papas negras, tuquerreñas y curipambas, al monte en el sector El Pacho de la vereda Cristorey, con mi suegra, mi compañera y mis cuñados, en ese momento se acercaron un par de curi-kingas, se asentaron en el chaparro a comer y luego volaron alrededor de onde estábamos sembrando y luego se fueron.

Entonce pues, según la creencia que hemos tenido, dijimos:

-¡Va'haber buena cosecha!

Y realmente cierto: cogimos buenas papas, d'eso yo hice una buena venta y tuve unas buenas ganancias con las que empecé a parar mi casa.

Cuando estamos velando el cuerpo de algún familiar y entra una mariposa blanca y vuela alrededor del cuerpo, nosotros decimos que's porque el espíritu de la persona que estamos velando nos ha venido a visitar.

Y hablando de visitas, también creemos que cuando chillan los cuyes en la casa es porque va a llegar gente. Y también tenemos animales de buena suerte, como el zorro, cuando nos lo encontramos es buena suerte, y si nos mea mejor, pero que no nos alcance los ojos, entonces es muy bueno pa'nosotros, nos cura de enfermedades y nos protege de todo maleficio que nos quieran hacer.

Contado por Eulalia Ruano Chuquizán y Teófilo Moreno,
indígenas Pastos.
Páramo de Chiles, Nariño, Colombia.



¹⁹ O chacra, terreno familiar para cultivo.

El zorrillo

Perú

En la parte alta de Cushunga hay un cerro que se llama Surrucuna. Yo pregunté a mis abuelos porque le llamaban el Surrucuna y ellos me dijeron que ahí, en ese cerro, *aumentan*²⁰ los zorrillos.

Mi abuelito me dijo que su compadre en Cajamarca quería un zorrillo y que a cambio nos daba pancito. Yo le dije que ya, pero que cómo lo atrapo, ime va a mear! Mi abuelo me dijo que me tape con el plástico y que ponga cuatro clavos cruzados en la punta de la garrucha para que le tuerza su cola, y que le haga que se canse de orinar. Yo hice eso, y además, al ver que ya no orinaba más, yo le oriné y lo tranquilé al zorrillo, lo amarré con la sogá y lo traje, y mi abuelito lo llevó a Cajamarca a cambiarlo, pero no sólo le dieron pan, sino también *chochoca*²¹ y arroz.

Los días siguientes seguía cazando zorrillos y un día una niebla me tapó y estaba solito. A los lejos se veía un zorrillo *cholote*²², y me fui por su tras con mi garrucha para atraparlo. Entre la niebla, los zorrillos me rodearon, no me dejaban salir, casi me muero del susto... ¡Y grité!

Desde ahí jamás volví a cazar zorrillos.

Contado por Víctor Alva Lescano.
Distrito de Cajamarca (caserío Cushunga), provincia de Cajamarca.
Recopilado por Miguel Ángel Chuquiruna
y Edilberto Huamán Torres, Perú.

²⁰ Abundan.

²¹ Harina de maíz sancochado seco y molido (en el Ecuador se dice "chuchuca").

²² Cholo es mestizo; en este caso el aumentativo se refiere al porte grande del zorro.

El zorro y el conejo

Perú

El zorro estaba paseando y encuentra debajo de una piedra al conejo sentado. El conejo saluda a su tío zorro y el zorro le dice:

-¡Cholo conejo, ahorita te como!

El conejo le pide que no lo coma y le dice que está sujetando la piedra, pero el zorro no entendía. Entonces el conejo le dice que no lo coma y que le va a traer un regalo. El zorro pregunta qué regalo y el conejo le responde:

-Un par de quesillos.

Pero antes le pide a su tío zorro que sujete la piedra para que no se voltee. Entonces, el zorro se pone debajo de la piedra y manda al conejo en busca de los quesillos. El conejo le dice que volverá enseguida, pero las horas pasaban y el conejo no aparecía; entonces, el zorro, cansado de sujetar la piedra, da un salto y deja de sujetarla, se da la vuelta y se da cuenta de que la piedra no caía: era una cueva; el zorro se dio cuenta de que había sido engañado.

Enfurecido va en busca del conejo y lo encuentra comiendo pastito en la orilla de una laguna. Se acerca y amenaza al conejo con comerlo por haberlo engañado. El conejo le dice:

-Tío, no me comas, los quesillos se cayeron a la laguna. Hay que tomar esta agua y sacamos los quesillos.

Pero, en realidad, no era ningún quesillo sino era la luna que se reflejaba en la laguna.

El zorro comenzó a beber el agua, mientras el conejo fingía tomarla. El zorro ya no podía almacenar tanta agua en su cuerpo y el agua empieza a salir por la cola del zorro. El conejo, al ver esto, anima al zorro para que siga tomando el agua. En eso revienta la panza del zorro, el conejo destripa al zorro y coge la tripa gruesa y la hace su flauta. Tocando la flauta se iba el conejo cantando:

-Tilililu tilililu vachalanga reventaguée...

Así el conejo iba cantando todo el camino.

**Contado por Catalino García Chugnas.
Cuenca alta del Jequetepeque, distrito de Magdalena
(caserío Capulipampa), provincia de Cajamarca.
Recopilado por Ediilberto Huamán Torres
y Miguel Ángel Chuquiruna, Perú.**



***E*l venado llamingo: la historia de un cazador**

Colombia

Lo que les voy a contar jue verídico. Una vez que salimos a cazar al venado, jue madrugado que nos juimos; jue con otro muchacho, yo, el tío Wilian y otro muchacho que se llama Parmesio y los perros. Llevamos tres armas: una la calibre 20 y las otras dos eran calibre 28, y cuando llegamos a Potrerillos, a la primera no levantábamos nada... los perros no levantaban nada.

Entoces, el tío Wilian estaba sentado en una peña y yo estaba más allacito, cuando él miró pa'bajo y me llamó, dijo:

-Andrés ve allá un venado. ¡Qué lindo!

Y cuando lo miré tenía la cuernamenta de catorce puntas, pero desde los cascos era lanudo como *llamingo*²³, y entoces dijo:

-¡Ese venado ya es nuestro! ¡Nos lo llevamos a la casa!

Y entonces, así que le disparó el primer tiro, y el venado cuando así que le disparan sale corriendo o muere ahí mismo, pero éste sólo sacudía la cabeza, raspaba y pateaba.

Entoces, el tío dijo:

-Voyme a cuadrar de acá d'esta loma! ¡Y de acá si le pego más bien!

Y entoces él se cuadró di'allá y él, comu'es bueno pa'la puntería dijo:

²³ Otra manera como se le conoce a la llama (*Lama glama*, camélido andino).

-De aquí sí lo mato.

Pero entoces, cuando le pegó se hizo lo mismo, y acabamos dieciocho tiros y nada; entoces él dijo:

-¡Este nu'es venado! ¡Este qué va'ser venado! ¡Este's el diablo!

Y así que dijo "este's el diablo", el venado llamingo se jue, pero, la cara no era de venado mismo, era más café oscuro, más como negro era, y así que se jue, le soltamos los perros y en vez de seguirlo, se empezaron a arrinconar onde estábamos nosotros y empezaron a aullar y a meterse debajo de las piernas de nosotros, o sea, eso ya nu'era des'to, o sea ya nu'era algo natural.

Después el venado, llamingo jue y se metió a una quebrada; se nubló y empezó a caer una tempestá de truenos y rayos; eso nunca nos había pasado jamás en nuestra vida; y disde eso dejamos de salir a la cacería, porque más antes era cada ocho que salíamos, éramos bien aficionados a la cacería. Entoces disde eso ya dejamos, era de pronto una vez al mes que salíamos y ahora ya no salimos.

**Contado por Andrés Arteaga, indígena Pasto.
Páramo de Chiles, Nariño, Colombia.**



Los sapos y las lagunas de la jalca

Perú

Hace mucho tiempo, en todas las *jalcas* había abundantes lagunas como la de Chamis y Milpo, pero ahora muchas han desaparecido. En aquellos tiempos, estas lagunas eran pobladas por gran cantidad de sapos que no permitían la vida de peces ni de otros animales acuáticos, por lo que el *Dios Catequil*²⁴ pidió a los sapos que no podían seguir reproduciéndose en la forma tan grande como lo hacían y consumir toda el agua de las lagunas, y que permitieran la vida de peces y de otros animales; pues ellos no sólo habían crecido en número sino en tamaño, e inclusive devoraban animales más grandes que ellos.

Reunidos los sapos en gran y bullanguera asamblea, decidieron no hacer caso a Catequil, su Dios. Enterado Catequil de tan grave desobediencia, se alió con el Dios Sol, denominado Inti, y la *Mama Pacha*²⁵ para secar las lagunas. Pues se abrieron profundos huecos cavados por Catequil, El Rayo, y el sol secó la mayor parte de las lagunas quedando muy pocas de ellas. Como consecuencia, los enormes sapos quedaron reducidos a pequeños animalitos, muchos de los cuales tuvieron que cambiar de color y teñirse de amarillo como las hojas y flores del pajonal, como son ahora los que aún subsisten. Mucha gente afirma que los *talalanes*²⁶ se han formado por culpa de los sapos; es por ello que, en las épocas de lluvia, los sapos croan desesperadamente pidiendo a Catequil que les devuelva sus lagunas.

Contado por Celestino Raico.
Recopilado por Pablo Enrique Sánchez Zevallos, ASPADERUC,
Caserío de Secsemayo, distrito de Cajamarca, Perú.

²⁴ Dios inca del trueno y el rayo.

²⁵ Madre Tierra, deidad madre de los Quechuas (en el Perú) y Kichwas (en el Ecuador y Colombia).

²⁶ Hoyos profundos que forman las rocas calcáreas cársticas, donde se sume el agua de lluvia y a veces caen los animales que llegan a su borde.

El pitu malhablado

Perú

En los altos Andes hay un ave cuyo nombre vulgar en nuestro quechua o runa simi es pitu o, por defecto de pronunciación, pito. Asimismo, existen pueblos cuyos nombres son: Pitumarka, Pitucancha en el Departamento de Cusco, así como Pitupata en Ayacucho, y bastantes otros lugares cuyo prefijo es precisamente esta palabra, que nos indica la abundancia anterior o por lo menos la presencia actual de la especie, en estos sitios.

El *Apu* tutelar de Calca se denomina Pitusiray, palabra cuya traducción más próxima es “donde canta el pito” y su importancia es tal que, revisando el libro de Felipe Guamán Poma de Ayala, encontramos la figura de este cerro sagrado.

Tiene otros nombres: *acara*, *pitu* (pito), *jakachu* (*jakacho*, *hak'achu*), *akajillo* (*jakajillo*, *acaglio*, *acaclo*), gargacha y carpintero terrestre (en el Perú); pitío del norte (en Chile), carpintero de las piedras (en Chile y Argentina) y *Andean flicker* en inglés.

Su distribución abarca los territorios de Perú, Bolivia, Chile y Argentina. En la cultura andina se puede encontrar una variedad de relatos referidos a la fauna, entre los que se encuentran algunos que tratan de explicar aspectos de la coloración, como por ejemplo la mancha roja de la nuca que ostenta esta especie.

Un cuento recogido en Calca (Cusco, Perú) relata que esta ave era muy conocida por que hablaba mal de otros animales; entonces el *Apu* (dios), bajando de los cielos, se le apareció y le hizo una severa advertencia: que si lo volvía a hacer, le daría un castigo ejemplar. El ave olvidó esta mala costumbre por un tiempo, pero luego de unos días volvió a hablar mal.

Entonces, el Apu, como castigo ejemplar, le sacó la lengua por la nuca. Se cuenta que desde ese entonces fue marcada para que todos aprendan a no cometer ese desatino. Como prueba tiene esa característica mancha roja en la nuca, que es bien notoria.

Contado por José Luis Venero Gonzales.
Perú.



El cóndor casamentero

Ecuador

Elegantemente vestido, negro el traje y negro el poncho, blanca la bufanda, medio colorado el sombrero y de cuero pelado el zamarro que cubría las piernas. Así se asomó el desconocido, hombre grande y silencioso, al filo de la acequia. La pastorcita, que venía ya preocupada pensando en cómo iba a hacer para cruzar con el rebaño, se alivió cuando él propuso ayudarle.

Poniendo un pie a cada lado de la acequia, el hombre de negro pasó una a una las llamas, también agarró al perro y lo puso en la orilla contraria; por último, tomó en brazos a la joven. Entonces, de pronto se sacudió, su poncho se levantó como que se lo llevara el viento y se transformó en unas enormes alas. En vez de poner a la *longuita*²⁷ junto al rebaño, se la llevó por los cielos. Se elevó cada vez más alto, cruzando las nubes y remontando los vientos hasta una peña en el altísimo Iliniza.

El perro se dio modos para ir a avisar a la casa de la pastorcita lo acontecido a la joven. Los padres la buscaron sin descanso, hasta que un día lograron verla en el nido en lo alto de la peña. El cóndor la había hecho su mujer y ellos, resignados, se dieron cuenta de que no podían subir hasta allí a rescatarla.

Cuento de Cotopaxi y Tungurahua.
Recogido por Jorge Juan Anhalzer, Ecuador.

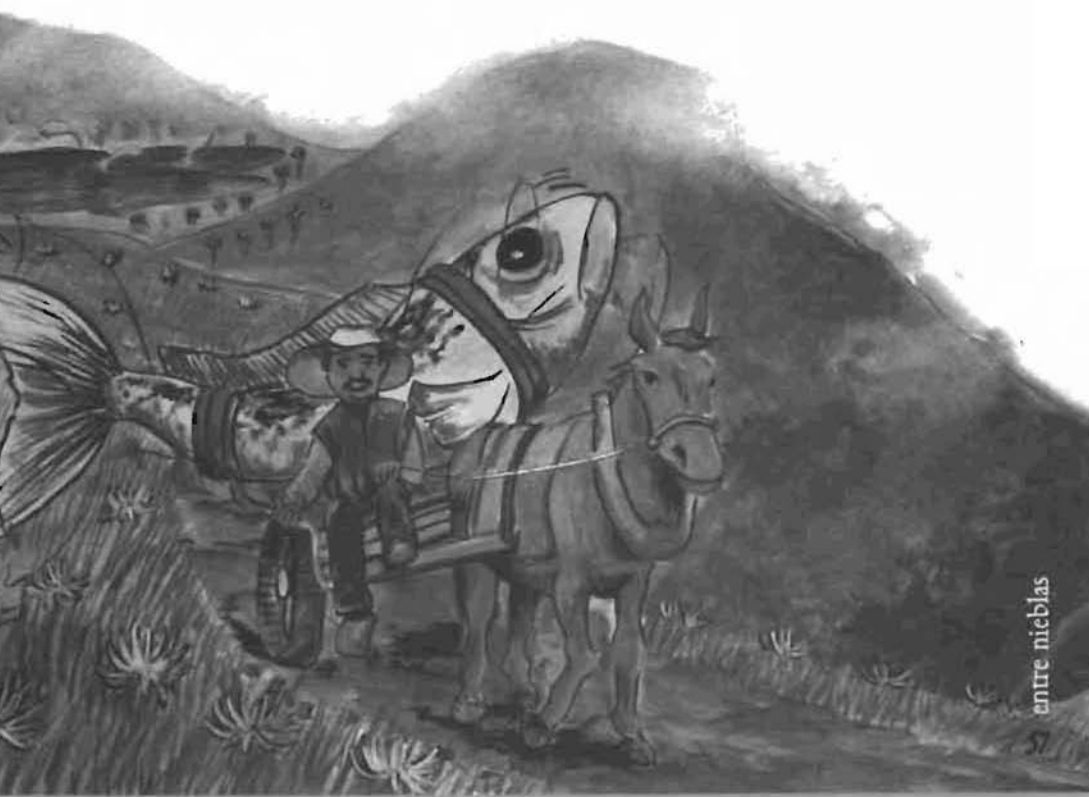
²⁷ Joven mujer, en kichwa.

***E**l cuento del pescado*

Venezuela

Vamos a echarle un cuento de Chon Fósforo, que así llamaban a aquel señor Asunción, contador de cuentos y de historias. Vamos a echarles el cuento del pescado.

Esta era una vez que venía Chon Fósforo por aquí mismo, por este páramo. El traía una mulita, donde traía la carguita, cada vez que salía de la Arenosa. Entonces, iba por la laguna de Mibabó allá arriba, cuando entonces vio que brincó un pescado que salió de la laguna; era un tremendo pescado, ienorme de grande! No tenía anzuelo ni traía nada y entonces lo



que hizo fue cortar un *garabato de quigüe*²⁸ y quitar el cinchón que traía amarrando la carguita.

Entonces le puso un pedazo de palo y lo *zumbó*²⁹, al mismo momento cayó el garabato y el pescado le pegó el brinco, y entonces de una vez agarró y empezó ese pescado a templar, templar, templar pa'dentro. Cuando acordó se lo estaba llevando a él también pa'la laguna. Como pudo le echó mano al machito y lo arregló, lo amarró y ahí sí le cayó a echale cuero al macho con un *mandador*³⁰ y hasta que sacaron el pescado.

En eso, de una vez sacó el pescado y le cayó a piedras porque eso era demasiado grande; le cayó a piedras hasta que lo mató. Como pudo lo montó en el *machito*³¹ y se lo trajo. Cuando bajaba por la Laguna Ciega, el pescado echó una corcoveada, no se había muerto nada, y cayó el macho sentado. Bueno, siguió de todas maneras, paró el machito como pudo y se trajo el pescado, vivo, eso y que seguía corcoveando hasta que se murió.

Eso era tan grande que le arrastraba la cola por este lado y la cabeza caía del otro lado. Montado así lo traía en el macho y entonces era Semana Santa -porque las cosas se le venían a él cuando eran Fiestas- entonces lo llevó a un señor Mario Suescún y lo midieron. Allí lo pusieron en el mostrador de punta a punta el pescado. Y el señor dijo:

-Es largo, tiene tres metros.

Entonces de una vez la gente empezó a comprar pescado y él a vender y a vender; con lo que vendía iba haciendo mercado, con la plata que le daban del pescado. Y cuando acordó fue a ver y eso le quedó como una arroba de pescado para llevar a su casa, además del mercado que había hecho.

Contado por Santiago Parra.
Gavidia, Mérida, Venezuela.

²⁸ Palo o bastón hecho de la madera de este arbusto

²⁹ Lanzar, arrojar violentamente.

³⁰ Fuede para manejar bestias de carga.

³¹ Mulo, bestia de carga.

E₁ Oso

Venezuela

En la montaña hay muchos, más ahorita que la cuidan. Páramo adentro uno ve huellas de oso y de león, de leopardo. Un día que váyamos para allá y bajemos hasta la Negrita, usté va a ver la parte dónde él subsistió.

Aquí cerca no se ve, pero en el páramo sí. En las Escaleras había un señor que se llamaba Anacleto y ya murió; ese señor mató cuarenta osos. Peleaba con esos bichos, no sé si es verdad pero tenía chistes él también de eso. Una vez la gente de *INPARQUES*³², cuando vinieron a traer el cóndor y el oso frontino que ahora íbamos a cuidar, le dijeron:

-Anacleto, ya sabemos que usted lleva cuarenta osos muertos, pero ahora los va a cuidar, no puede matarlos más.

Yo comí carne de oso, sí, una carne que nos trajo ese señor porque él tenía posada aquí, aunque supuestamente era de El Carrizal. En donde se posaba el traía de avío carne de oso, sabrosa, como carne de ganado. Al oso le gusta comer piñuela, una que es como una piña.

Contado por Carlos Eduardo Dávila.
Mixteque, Mérida, Venezuela.



³² Instituto Nacional de Parques de Venezuela.

*E*l caminante y el quishuar

Perú



Cuenta la historia que en una tarde de marzo, iba un caminante por la ruta de Cajamarca a Chetilla, y más allá del Cumbe se produjeron fuertes lluvias y vientos. A la distancia, avizoró a dos jinetes a caballo; la gente decía que si eran de buenas monturas y de brillantes estribos y espuelas, seguro que eran asaltantes, los que abundaban mucho por esos lugares.

El viajero, que sólo llevaba su alforja con el dinero de la venta de sus ovejas en Cajamarca, tuvo mucho miedo, pero cerca del camino oyó que alguien lo llamaba con una voz muy baja. Volteó la cara y vio que desde donde lo llamaban era de debajo de un pequeño bosque de *quishuar*³³; el caminante, sin pensarlo dos veces, se encaminó hacia los buenos árboles de quishuar que sintió como que lo abrazaron para protegerlo.

Los jinetes se acercaron al pequeño bosque porque habían visto que por allí se había perdido el caminante, pero el viento arreció. Y cuentan que todas las hojas del quishuar se voltearon mostrando el envés de las hojas plumizas cambiando de color al bosquecillo, de verde intenso a blanco plumizo.

Por lo que escuchó luego el caminante, uno de ellos le decía al otro que se habían confundido de lugar, pues el bosque en el que se había perdido el caminante era verde y no blanco. Luego de conversar entre ellos y asegurar que la lluvia los había confundido, se alejaron por la ruta hacia Cajamarca.

Ocurrió luego que la lluvia pasó y las hojas de los árboles de quishuar tomaron su color normal quedando de color verde intenso. El caminante, aún asustado, agradeció a los árboles de quishuar y prometió no dejar que corten a estos árboles amigos, protectores de los caminantes.

Contado por Manuel Chamán.
Recopilado por Pablo Enrique Sánchez Zevallos, ASPADERUC,
Noroeste de Cajamarca, distrito de Chetilla, Perú.

³³ Árbol del género *Buddleja* propio de las alturas andinas, con flores anaranjadas y hojas claras en el envés y más oscuras en el haz. También se conoce como Colle o K'olle.

Jardín de remedios

Colombia

I.

En el cerro de Chiles existe un jardín botánico. El jardín de los remedios de Juan Chiles es de propia naturaleza, nuestros antepasados lo dejaron allá y existe hast' hora. Hay tres sillones en cojines naturales, donde los Taitas sabedores se reunían pa' curar, volar, adivinar y todo lo que ellos tenían que hacer. Es todo cerradito de chilcuara, que es una planta muy bonita. En la puerta de entrada del jardín hay un reptil, que cambia de color: cuando está azulito se puede entrar y cuando está de color rojo toca regresar, está bravo y no deja entrar. Eso es una cosa misteriosa, por eso toca ir sin ningún mal pensamiento, a conocer nomás, no se puede arrancar, ni traer ninguna planta, sólo se puede mirarlas. Para llegar allá el mismo *jerje*³⁴ lo dirige, el propio aroma lo va llevando hasta el jardín, pero no todos pueden encontrarlo porque está encantado.

Cuando mi papá, José Domingo Chiles, me llevó a conocer el jardín de los remedios, yo pensé coger una florcita y cuando yo fui a cogerla se me voló para un lado como mariposita; mi papá me dijo:

-No la toques porque esa planta no es de tocar quien quiera.

Esa planta era propiamente del color y forma del *díctamo*³⁵ y existe en la entrada del jardín y d'ella se alimentan los venados.

Contado por Bolívar Chiles, médico tradicional Pasto.
Páramo de Chiles, Nariño, Colombia.

³⁴ Aroma de varias plantas juntas.

³⁵ Planta rastrera.

II.

Del jardín botánico de Juan Chiles hay algunas cosas que sí se saben ¿no? Mi papá, Rafael Arteaga, tenía por costumbre ir a coger flores al jardín botánico al nevado de Chiles; cada ocho días iba a traer su morral de flores y él iba a vender al Ángel, a San Gabriel, a Tulcán, a Samaniego y así a muchos pueblos, porque pues en ese tiempo se curaba las enfermedades con plantas.

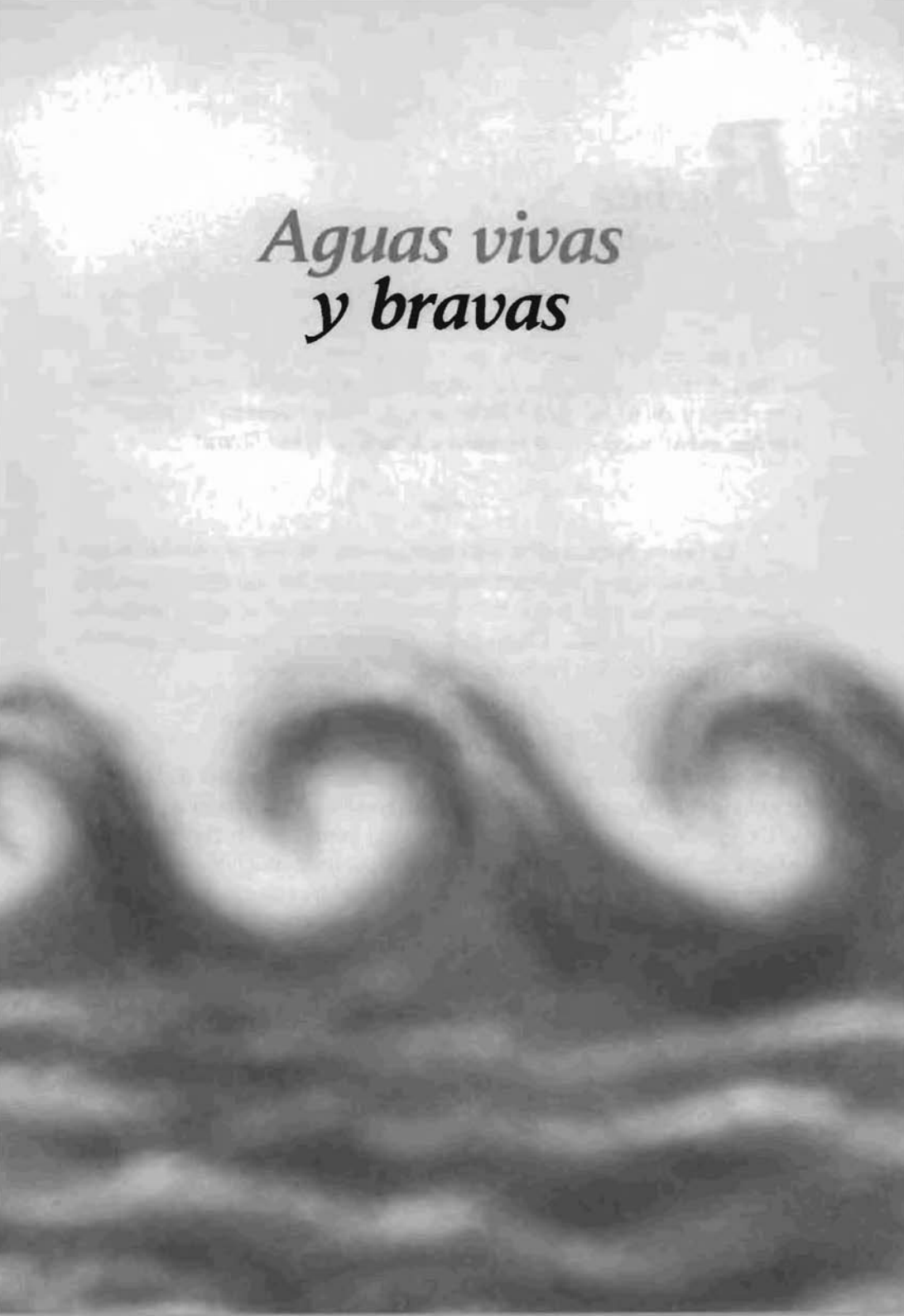
Entonces él tenía por costumbre de ir allá, pero hubo un día que amaneció bien despejado ¿no?, por la mañanita. Él madrugó para amanecer allá en el jardín botánico, y al estar cogiendo las flores oyó una banda que jamás había oído, de tocar tan lindo en el volcán, entoce él, como era endiosado, dezech dijo:

-Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal esto nu'es d'este mundo, ¿esto qué será?

Y bueno, con las flores que tuvo cogidas, con esitas echó trote acá'bajo a la casa, y de ahí ya no volvió más a coger flores, porque creo que eso lo asustó.

**Contado por Reinaldo Arteaga, indígena Pasto.
Páramo de Chiles, Nariño, Colombia.**

*Aguas vivas
y bravas*



Bachué

Colombia

“La historia de *Bachué*³⁶ fue, según me informan, ¿no?, fue que Bachué se casó, el marido se murió y fue con el hijo y se botó a la laguna, se reunió con el hijo y ahí fu pa’, mejor dicho se volvió como *morraco*³⁷ o sea oro. Y eso fue, me imagino que se botaron a la laguna” (*Uriel Rivera*).



“...La madre Bachué vivía aquí, había tenido un hijo. Vivían los indios chibchas todos aquí y luego los llegaron a bautizar los españoles y que'llos no se dejaban bautizar y que tal vez la madre Bachué se volvió serpiente por no dejarse bautizar... Dicen que el hijo está en lla laguna el Cazadero y en la llaguna de San Pedro está ella” (*Belsamina Pineda*).



“Que había una vez una señora llamada Bachué. Ella salió de la laguna y tuvo un hijo y con el mismo hijo tuvo muchos hijos y bajó a la vereda el Cerro y Vergara a trabajar. Hacía muchas cosas con las piedras: pozos, ollas, todo con las piedras y subió después pasando muchos años, subió a la laguna y ya cuando tenían hartos hijos con el hijo de ella, se metieron a la laguna y se convirtieron en serpientes. Y dicen que dentro de la laguna hay muchísimo oro y que la laguna va a *totiar*³⁸ en el pozo de Donato en Tunja... Y que las personas que tienen suerte que se les presentan los barriles en la laguna, son tres, y que la gente cuando va echa monedas y piden deseos” (*Maritza Reyes, joven estudiante grado 9º*).

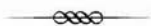
³⁶ Madre del género humano en los mitos chibchas, pueblo amerindio que habitó extensas zonas de Colombia.

³⁷ Muñeco (que puede ser de oro), figura antropomorfa inanimada; en lenguaje callejero ha referencia a un muerto.

³⁸ Reventar.



“...Lo único que he escuchado yo es que salió, Bachué salió de la laguna con un niño y se vino por aquí a todo este territorio, y eso se trasladó hacia Bogotá y todo. Ya crecido el niño, tuvieron muchos hijos. Cuando ya fueron viejos se vinieron otra vez a recordar de donde salieron y se metieron allá y al metersen allá se formaron dos serpientes. Eso es lo que dicen pero yo no vi” (*Juan Bautista Ruano*).



“Ella no era madre Bachué... era la madre de la paz, por eso es que Iguaque es demasiado de paz, porque ella era la madre de la paz, la madre Bachué...” (*Belsamina Pineda*).

Recopilado por Gloria Liliana Bravo.
Iguaque, Boyacá, Colombia.

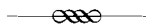
Lagunas Bravas

Colombia

“...Por allá en esos tiempos no había turismo y el agua pu'allá en la laguna era agua encantada, una laguna brava. Allá cuando subían de paseo tenían que no acercarse a la laguna ni mucho menos botarle piedras porque prontito se venía una borrasca de agua...” (*Joaquín Amado*).



Ya no se pone braval “porque ya la amansaron, porque todos los días la visitan... La primera vez que yo fui, le lancé una piedra y también se vino el agua” (*Bautista Ruano*).



“Eso oía de la Bachué y de la Bachué con su niño. Estaba ahí en esa laguna, la laguna de Bachué que se llama, que llaman, y esa laguna bastante encantada que'so no se podía meter era nadie, nadie nadien. Yo cuando era pequeñito, yo no conozco la laguna propiamente allá, un día me asomé donde se alcanzaba a ver -yo era pequeñito-, de allá donde se alcanzaba a ver, entonces se veía allá como oscuro, con tomados; entonces yo me vine, me dije eso, -yo me voy es sólo-, pero esa laguna era bastantísima encantada, bastantísima encantada y era cierto, era cierto. Que fueran por allá y medio la *toriaran*³⁹, eso era aguacero de nube de agua, eso sí era cierto, eso sí era cierto, que la laguna era encantada” (*Joaquín Amado*).



“Primero acostumbrábamos a irlle a echar piedras a la laguna pa' que lloviera, ahora no. En los tiempos de verano nos íbamos arriba y... ponerle piedras y hacía llover. Ahorita en este tiempo vaya uno y hasta de pronto no, ya no llueve, ya se amansó” (*Uriel Rivera*).

³⁹ Torear, evitar.

“Yo estuve tres ocasiones en la laguna, pero ya hace... la última hace como veinticinco años. La última vez sí llevaba una escopeta y salieron patos y le hice un disparo al pato y eso se nubló inmediatamente. Se puso brava la laguna, se vino un aguacero durísimo, eso estaba calentando así... Y eso más despejado... Y el agua no alcanzó sino hasta por allí... Eso se oscureció allá” (*Bautista Ruano*).



“Cuando antes sí se ponía brava, yo que recuerde que tenía una edad de unos doce o trece años, quince años creo, hace unos cincuenta y cinco años. Lo que sí recuerdo yo de esa laguna, se sienta uno hacia arriba... Dentro de la laguna había un barril grande de varios colores y nadaba por encima un barril que se vía de oro posiblemente, rojo, azul, amarillo; y mis ojos que han de *ir a comer tierra*⁴⁰, eso sí lo recuerdo yo, y unas varillas que se vían amarillas, rojas, azules, azules, unas así de gruesas (señala un tubo en el piso); había de varios tamaños, que eso era propio oro seguramente. Y que conversara uno duro o se le botara una piedra, eso sí inmediatamente se neblaba, si estaba haciendo bueno o estaba calentando, inmediatamente se neblaba y empezaba a nevar; ahora no porque tal vez ha venido gente, mucho turista, gente estudiada de otras partes y le han sacado posiblemente los tesoros que habían ahí. Mermó el agua y ahora no es delicada, no es brava” (*Ismael Suárez*).



[La laguna era encantada, pero] “cuando echó a llegar tanto turista, tú esos turistas, y es que vino hasta un sacerdote de por allá, no sé que más la bendijo y no sé qué más le hizo. Que’s que le echaron sal, dicen; yo no sé qué más le echaron. La laguna de ahí para acá ni más lluvias, se mermó el agua en todo, de eso fue que se mermó el agua. Eso aquí la quebrada de San Pedro era como medio río. Porque eso fue cuando salió el turismo, porque era que era mucho turismo” (*Dioselina y Joaquín Amado*).

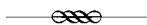
Recopilado por Gloria Liliana Bravo.
Iguaque, Boyacá, Colombia.

⁴⁰ Morirse, fallecer.

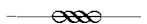
Encantos

Colombia

“...En la época de la conquista, cuando se vinieron los indígenas desde Tunja p’acá, ‘izque se trajeron de mano en mano, el uno le botaba al otro, y el otro al otro, hasta que llegaban a la laguna, botándose de mano en mano la riqueza. Era una cuadrilla de esas, ipero indios bravos!... Eso’stán entre la laguna, estarán entre la laguna...” (*Albertina de Amado*).



“Que tienen un pueblo dicen que para el lado de la campana, quien sabe si será verdad. Que’s que un maravilloso pueblo que’s que tienen allá. Sea una parte de la laguna, pero ¿quién los ha visto? ¿Cómo se mantiene esa gente?” (*Uriel Rivera*).



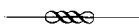
“Así saldrán a media noche o saldrán aclarando el día” (*Albertina de Amado*).



[La lagunal “eso era encantada y se habrá bajado algún Encanto, sí, un tesoro, un tesoro y ahí cuánto se fue en eso y pu’hay cuando bajaba grande la quebrada uno no se daba cuenta. Cuando ya’staba yo aquí, toavía bajaba la quebrada grande, eso bajaban esos quebradonones, ino! grandototota, eso seguro se bajaba algunos toros. Llovía hartísimo aquí, porque en esas lluvias era cuando se iban los encantos. Bajaban en forma de *morracos* que bajaban como una persona, como un niño que corría. Ahora ya no, ya se acabó eso” (*Dioselina y Joaquín Amado*).



“Una vez quis’ que llovió un aguacero durísimo, durísimo, un aguacero y una granizada, que’s que bajó la quebrada pero grandisísima, grandisísima, pero dizque muchísimo grande (quebrada de San Pedro) y un señor que’s que vio un toro, que salió de por aquí abajito, y bajó por junto a la casa d’él. Un toro colorado con los *jechos*⁴¹ que le *arremuraban*⁴², le brillaban. Se entró pa’dentro a sacar el rejo y matar el toro, qui’ba por allá abajotote y se le fue al pie, el toro quizque se perdió por allá abajo en la cañada del aliso, allá en esa cañadita abajo se perdió. Ahí dizque se perdió el toro, eso contaba, que’s que mucho el lujo bonitiquitico” (*Dioselina y Joaquín Amado*).



“Era que mi abuelito hacía unas casas de barro, unas chozas y ahí tienen un aljibe donde toda la familia saca agua de ahí y nunca se ha secado, y de ahí salía un toro y todas las noches le rompía las chozas y al otro día las paraban y volvía y las rompía y un día se fueron a cogerlo y se metió al pozo y después salía un gallo y todas las mañanas los despertaba. Y el pozo es un aljibe chiquito y lo cercaron y nunca se ha secado” (*Yohana Cárdenas, Grado 9º*).



“Como en la casa de nosotros, mi abuelito, veníamos con mi abuelito, en el pozo de la casa había un niño chiquito amarillo bañándose, y llegó mi abuelito y llegó y me dijo que me fuera por sal para echarle, y era el oro, l’agua es amarilla en el pozo de nosotros, y como eso salían encantos llegó y me dijo que fuera y que trajera sal y le echó en la orilla y se vino el niño, y a lo que le echamos la sal encima, estaba bañándose, lo encontramos ahí bañándose y se estaba bañando y se convirtió en una piedra de oro, el niño se convirtió en piedra, quedó en mera piedra. La tenemos en una caja para venderla, la vamos a vender, es grande el niño. Pu’ hay los últimos de enero la encontramos” (*Carlos Amado, niño*).



⁴¹ Ojos.

⁴² Brillar.

“Ahí en el nacimiento de agua El Santuario. Ahí dicen que de ahí para abajo tenían un camino por entre el río, por entre el centro del cerro y que’so taparon ellos cuando ya llegaron a bautizarlos y que se enterraban” (*Belsamina Pineda*).



“En Río Abajo también hay dos rocas en la montaña que llaman el Santuario. Una vez un señor se metió y había una ciudad de oro por dentro y habían hartos indios y los indios le dieron un bordón de oro pa’que se pudiera salir y que le advirtieron -los indios- que si se contaba que los indios le habían dado ese bordón, se moría y que el señor salió y que se murió. Ese hueco va a dar a Villa de Leyva, que era un viejo camino de los indios, es un túnel. Que también dicen que una vez se metió un señor y que las dos piedras se cerraron y que lo mataron, se unieron las dos piedras y lo dejaron espichar” (*Nairo E. Ruano, Grado 9º*).



“En la laguna, los indios chibchas celebran la fiesta de San Pedro, toda la vida, las noches de San Pedro mucha belleza pa’ver. Pero eso tiene que’star muy secreto, sino de verdad se lo puede sorber a uno la laguna. Nosotros nos subimos una vez con un señor llamado Israel, nos fuimos que a mirar, eso era mucha lindura de fiesta, hermosa, po’allá una música que tal vez nosotros ni la entendemos. Eso se vía cruzar los bultos de lado a lado de la laguna como en un baile, así la misma vaina, unas sombras y nosotros éramos asustados” (*Uriel Rivera*).



“...Todo esto, todas estas lomas son los páramos... Yo comprendo que un páramo lo llaman es por lo helado, por lo frío, entonces se dice es paramoso, sí... La papa aquí p’al páramo se demora hasta seis meses” (*Puno Amado*).



“...Como allá arriba hay tierras buenas al lado del páramo... Aquí los páramos son hacia arriba, la cabecera... To’á esa pileta que se llama Lomalta. La papa es de bastante humedad, por eso es que en los páramos la papa se da bastante porque allá no hace falta el agua, aunque sea la humedad, cae el rocío, cae niebla y el rociito se mantiene y cuando llueve tons’ llueve más durito por allá, por el lado del páramo... Sí todo esto de pa’ allá de para arriba, Cerro y Vergara... Eso se cultiva la papa allí desde el lado del pueblo hasta dar la vuelta a Llano Grande, da la vuelta por allá por Carizal, por el Tumal, por Vergara y vuelve a Cerro. Todo eso es tierra de frescas...” (Joaquín Amado).



“...Uno aquí dice pero por qué, cómo allá arriba hay tierras buenas al lado del páramo, y uno dice pero por qué quedaríamos aquí, esto tan reseco, esto hay veces que se pone como triste y pedregoso, pero tampoco es por un tiempo muy largo” (Joaquín Amado).

Recopilado por Gloria Liliana Bravo.
Iguaque, Boyacá, Colombia.



Los talalanes de la jalca

Perú

En el páramo jalca hay extensas áreas con depresiones a manera de embudos donde se sume el agua a grandes profundidades y no se sabe a dónde se va a salir.

Según cuenta la gente eran pequeñas, medianas y grandes lagunas que por efecto de los rayos y los temblores, el agua se sumió llevando inclusive los animales y la gente que estaba cerca de las lagunas.

Son muchas las historias que se cuentan acerca de estos talalanes, pues se denominaban así porque cuando uno bota una piedra, el ruido que hace al hundirse es talalán, talalán, talalán...

Se cuenta asimismo que si un animal se cae dentro de un talalán no se lo puede recuperar, lo mismo ocurre con los pastores y gente que se acerca mucho a sus bordes.

Hasta hace poco los pastores que vivían en esas áreas dicen que allí los hundían a las personas que eran asaltadas por malhechores para robarles sus pertenencias. Es por esto que la gente por esos lugares andaban siempre en grupos y trataban de tomar distancia de los talalanes. Son famosos los talalanes de las jalcas altas que están entre Cajamarca, Hualgayoc y Chota.

También se cuenta que en estos profundos hoyos eran botados abigeos y ladrones a los que los hacendados y los pastores lograban apresar; la gente afirma que muchos de estos talalanes son encantados, y que a veces atraen a la gente desde lejos y ciertos ancianos aseguran que en algunos de estos hoyos hay hermosas cuevas donde viven las brujas conjuntamente

con las personas que logran sobrevivir de la caída y que adentro los mantienen como esclavos, pues escuchan, de tanto en tanto, agudos gritos de desesperación.

Estos talalanes existen en todas las jalcas, en unas más que en otras, pero donde más hay es donde las montañas tienen caracoles fosilizados, que dicen que son los atractivos para que la gente se acerque más a los bordes de los talalanes.

**Contado por Segundo Villanueva Ayala.
Recopilado por Pablo Enrique Sánchez Zevallos, ASPADERUC,
Norte de Cajamarca, Perú.**



L *La campana de Mojanda* Ecuador

En el largo camino polvoriento, dos caballos cargaban, turnándose, una inmensa campana de bronce.

Era tan grande y pesada que en cada cuesta tenían que descansar. El destino de la campana era Otavalo, donde recién se había construido la iglesia.

Como eran tiempos de aguaceros, la lluvia detenía aún más el paso de los caballos. Al cruzar por la cuenca de la laguna de Mojanda, el caballo de turno resbaló y la campana salió rodando hasta las aguas heladas, donde desapareció sin dejar huella.

Nunca llegó la campana a su destino, pero cada vez que llueve a media noche, se escucha resonar su talán tilón, llamando a misa desde las profundidades de la laguna.

Recopilado por Joffre Chito.
Quito, Ecuador.



La laguna del Inca

Perú



Nuestros antepasados, los *guayacundos*⁴³, vivían en las alturas, entre los bosques y el pajonal. Cuando llegaron los incas, se enfrentaron con ellos en varias luchas y tiempos. Aún hay vestigios en las cuevas de huesos y calaveras, dicen que hasta ahora escuchan los ruidos de tambores y hondazos de esas guerras.

Los incas hicieron un gran camino real por el pajonal y una ciudad alrededor de la laguna, en cuyo centro sale una roca tallada que es la silla.

Cuando el Inca y su ejército pasaban por aquí, dirigía vistosas ceremonias religiosas, así mismo el Inca se florecía con las plantas medicinales de la zona y se bañaba en la laguna, llegando a sentarse en el centro de la silla, como un acto trascendente. Por eso le llamamos la laguna y la silla del Inca. Hasta ahora el que se baña y llega hasta la silla, como en aquel entonces (hace quinientos años) es señal que destaca y destacará en toda cosa buena.

También en la peña tallaron la cara de un Inca, que la vemos como alguien que nos está vigilando desde la montaña, pero cuando estamos arriba, nadie ha podido verla.

Cuando llegaron los españoles, que robaban y saqueaban nuestros pueblos, nuestros antepasados arrojaron todas sus pertenencias de oro, plata y otros en las profundidades de la laguna del Inca. Y los españoles a pesar de su avaricia, no pudieron llevarse nada. Esas riquezas aún se encuentran allí, pero nadie podrá sacarlas, porque están bien cuidadas...

**Contado por Benigno Huamán.
Caserío Totorá, Distrito de Pacaipampa,
Provincia de Ayabaca, Departamento de Piura.
Recopilado por Jorge Mija, Perú.**

⁴³ Guayacundos o Waya Kuntur, etnia preinca de origen jíbaro de la zona de Ayabaca y Huancabamba, Perú. Su nombre podría significar “cóndores dispersos” en quechua.

Las Lagunas Verdes

Ecuador

En las lagunas ha'bido muchas cosas. Cuando se construía la carretera dicen que de noche la gente oía que las máquinas trabajaban, los tractores, volquetas, todo mundo trabajaba de noche y nadie trabajaba, era cosa que las máquinas como que alguien las prendía y oían ruidos, sí.

Cuando ha sido el camino de herradura, dicen que no podían ni hablar, que era de pasar calladito, calladito ¿no?, y porque si hablaban se descargaban tormentas de rayos miedosos; algunos dicen que murieron de las grandes nevazones, pero después dicen que se celebró una misa, los padres jesuitas me parece, misioneros que entraron a Maldonado, celebraron misas, botaron sal y así se fue, como decir... dominando.

Incluso yo también soy testigo de un hecho que eso sí nos sucedió a nosotros, a ver... en 1968, la época en que trabajaba una compañía americana, pues estaba haciendo exploraciones de las minas de azufre para dizque sacar el azufre y exportarlo. Al principio ellos decían que había millones de toneladas de azufre de sacar y exportar.

Tonces nosotros, como diversión de las tardes, que a veces nos daban tareas y trabajábamos hasta la una, dos de la tarde, como diversión, teníamos una canoa hecha de tanques, de tambores, tambores de lata, bien amarradita y hasta sabíamos irnos a pasear en la canoa.

En la Laguna Verde con remos sabíamos remar y es bonito, pues, darse una vuelta, pero había un límite, había un límite que solamente era hasta media laguna, como decir ¿sí? ¿Se acuerda que en la mitad hay una isla? ¡Ya! Hasta cerca de la isla, nada más... y con otro compañero, una tarde, nos atrevimos, nos dijimos:

-¡Démonos una vuelta larga! ¡Diuna vez vámonos al otro lado! ¿no? Al otro lado de la isla.

Tonces como había viento, todo a nuestro favor, tonces nos llevó, nos empujó y casi nos damos la vuelta entera; pero cuando nos estábamos dando la vuelta, en el otro lado como en frente de una mina de lastre, oiga... ¡ahí un remolino pero lo hace... y así lo hace! (señala). A mí me revolucionó y nosotros asustados estábamos, estuvimos como una media hora, pues estábamos ya atormentados, ya no era posible resistir; nos cogíamos de los tablones, pero eso... ¡no! , ya no parábamos ahí, ¡no! Por suerte, pues él -un compañero-, el otro me decía a mí:

-¡Cogerase! ¡Agarrarase duro!

Yo también al otro preocupado:

- ¡Agarrarase duro!

-¡Sí! ¡Yo sí estoy bien cogido de la soga! ¡De los tablones!



Si eso a mil... Pero por suerte sopló un viento fuerte, fuerte, entonces eso nos ayudó a salir, salimos pero salimos ya casi siete de la noche y pudimos otra vez remar y llegar otra vez al pueblo donde habíamos empezado.

Eso nos pasó... eso sí hay misterios en la Laguna Verde. Entonces le digo esos tiempos que le cuento que ha sido brava, que no dejaba pasar, que nevaba y hasta la presente que nos pasó a nosotros.

Ahí cuentan que en la compañía también alguien apostó a nadar, a pasarse dos personas nadando y dicen que no avanzaron. El uno salió medio muerto, ya no hablaba nada, nada... el otro sí, en cambio, no se aventuró a entrarse mucho, se regresó rápido, ya vio que no se podía... Tons seguramente el que salió muerto parece que lo vieron que se perdió, que parece que llegó hasta ese remolino, lo vieron que se perdió y de repente vuelta fue a aparecer por allá, ichuta! ya casi muerto.

Contado por Oswaldo Chiles, Tufiño.
Recopilado por José Ascuntar y Patricio Ortiz, Ecuador.



Laguna Verde

Colombia

Bueno, la Laguna Verde, según cuenta la gente, dizque ella en un tiempo —ahora ya no porque hasta las historias han cambiado—, que comenzaba a nevar y a nevar y a nevar si usted se arrimaba allá, a la laguna, con malas intenciones, con el deseo de tumbar las matas, de tumbar frailejón para las candeladas; entonces, cuando uno arrimaba allá, que no iba pues con los deseos de turismo sino de traerse alguna planta, empezaba a nevar y empezaba a llover y la laguna comenzaba a tener olas y se salía de su cauce y ahogaba a la gente... Los asustaba a los que estaban lejos y a los que estaban cerquita se los sorbía. Y que aparecía una gallina de oro allá en el centro llena de pollitos y usted por la ambición y la avaricia quería meterse allá y se lo sorbía la laguna.

**Contado por Eduardo Moreno.
Páramo de Rabanal, Ventaquemada, Colombia.**



Las Velásquez

Venezuela

Estas fueron unas mujeres que llegaron a vivir después del *Bruno*⁴⁴. Hicieron la casita en un sitio llamado Las Piñuelas y, como quién dice, comenzaron a explotar y a conocer todas las bellezas de nuestra comunidad.

Explorando todo conocieron: lagunas, páramos, ríos, pozos y cascadas, hicieron caminos y les pusieron los nombres a los sitios y las lagunas. Cada que conseguían un sitio, le ponían el nombre de acuerdo a cómo era el lugar. Como donde hicieron la casa había piñuelas de oso, que es una mata conocida con ese nombre porque la come mucho el oso, por eso le dieron el nombre de Las Piñuelas y así sucesivamente nombraron a todas las cosas y lugares que conseguimos en nuestro territorio.

Estuvieron mucho tiempo las mujeres Velásquez viviendo en ese sitio. Estas damas llegaron de Ejido a este valle. Después vino con ellas un muchacho llamado Juan Reyes. Éste llegó junto a las Velásquez como *conchabao*⁴⁵. A éste le dieron el poder de salir a conocer las lagunas.

Un día, Juan Reyes se levantó de su cama y se fue a ver cómo eran las lagunas. Las lagunas se encontraban en los páramos llamados El Parche, el Santo Cristo, La Arenosa, el Pantano Grande y El Loro. Todos estos páramos tienen lagunas y Reyes se fue a verlos, pero como le era imposible ubicarlas porque había mucho monte alto, subió al Pantano Grande hasta que llegó cerro arriba y encontró un pozo que quedaba detrás de un cerrito.

⁴⁴ Simón Bruno Gavidia, según la tradición, el primer poblador de Gavidia, Mérida, Venezuela.

⁴⁵ Sirviente o esclavo.



Este pozo era azul como el cielo y Juan fue acercándose más y quiso darle un nombre porque era muy bonito. Le puso el nombre de Lago Pequeño. Luego siguió más adelante y consiguió otra laguna más grande. Reyes se quedó admirado de lo que había visto y pensó que podía haber otra más arriba y siguió paso a paso y detrás de otro cerrito había otra más grande todavía, más azul y daba visos de colores. Reyes volvió a quedar impresionado:

-¿Qué nombre le puedo poner a esta?

En vista que era tan hermosa le colocó el nombre de Añil, porque se le pareció al arbusto que de las hojas se saca una pasta colorante azul.

Pudo seguir más arriba y se encontró con otra no tan grande, pero muy hermosa y le dio el nombre de Los Camellones, porque se le pareció a la forma de un caballo y también porque él se quedó un momento y de repente no vio más agua sino lo que apareció fueron unos *camellones*⁴⁶ con sembradíos de cebollina.

Se paró enseguida y apresuró el paso por la cima de la montaña y de repente vio otra laguna. Se quedó asombrado porque habían tantas... A esta laguna le dio el nombre de La Galleta, porque consiguió muchas piedras en forma de galletas y el olor era como de galletas. Se quedó sentado y de nuevo volvió a mirar para la laguna y vio que se asomaba un esqueleto de puros huesos en medio de las aguas. Y dijo enseguida:

-Creo en Dios padre...

⁴⁶ Surcos paralelos en las tierras de cultivo.

Y salió corriendo para abajo. Pero de repente volvió a encontrarse con la primera laguna que había visto, pero esta tenía una vaca negra con un lucero en la frente, que se le llama un carbunco, y le dio el nombre de la laguna de La Vaca.

Siguiendo el camino se fue para la otra laguna, pero estaba que se suspendía el agua y casi se salía del sitio y Reyes pensó:

-Ahora sí sé que nombre le voy a poner a esta laguna: se llama La Brava.

Salió corriendo y bajó pensando que todas estas lagunas se le venían encima. Desde entonces les pusieron el nombre a todas de las Lagunas Bravas.

Contado por María Julia Moreno.
Gavidia, Mérida, Venezuela.



*Diablos, aparecidos
y desaparecidos*



***E**l diablo y la mula*

Perú

Una pareja de jóvenes se casan y al poco tiempo tienen un bebito; el padre del bebé le dice a la esposa que no hay plata para bautizarlo, por ello decide ir a trabajar a la playa.

El joven, ya en la playa, entra a una montaña y ahí se encuentra con el diablo; estaba montado sobre una mula muy arregladita. El diablo le pregunta al joven que adónde se va, el joven le cuenta y el diablo le ofrece trabajo, lo lleva en el anca de la mula y llegan a una quebrada del cerro. El diablo le pide al joven que cierre los ojos hasta que pasen la quebrada, el joven cierra los ojos, al volver a abrirlos se encuentra dentro del cerro. Miró cosas que jamás había visto... ¡Había un pueblo muy hermoso!

La hija del diablo se le acerca y le dice que afuera le van a decir que trabaje una semana, pero es mucho.

-Por eso tú vas a pedir tres días, porque aquí un día equivale a un año.

Entonces, el joven pide trabajo para tres años y se lo dan por tres días. Para que trabaje le dan unas mulas y unos machos.

El cuento dice que aquellos que no hacen una familia, que no tienen hijos, están dentro en el cerro. Esas personas son las mulas y los machos.

Le mandan al joven a cargar leña en las mulas y los machos, le dan cinco entre los dos y le dicen:

-Tú no vas a sufrir, sólo tienes que gritar ¡cárgate diablo, cárgate demonio!

Así lleva las mulas y los machos, mientras las culebras hacían sonidos.

En cuanto terminó, una mula se acerca a morderlo y el joven se defiende con un fierro que le habían dado para eso, y le da uno a la mula en el ojo y la mula le dice:

- ¡Ayáuu compadre!

Pasaron los tres días y salió del trabajo. Al pasar los días encontró a su comadre con un ojo tapado y la comadre le contó: su compadre le había dado un palazo en su ojo mientras estaba durmiendo.

Por eso se dice que las personas que no tienen hijos no son hijos de Dios.

**Contado por Catalino García Chugnas.
Cuenca alta del Jequetepeque, distrito de Magdalena
(caserío Capulipampa), provincia de Cajamarca.
Recopilado por Edilberto Huamán Torres y Miguel Ángel Chuquiruna, Perú.**



El pacto de Rosendo Paredes

Ecuador

La gente contaba que un señor *se compactó*⁴⁷ ¿no? Tonces hizo un tratado y hay unos testimonios en el volcán, en el cerro Chiles, hay, en tres o cuatro partes, escritos y firmas, incluso huellas digitales con sangre ¿no? Y allí está firmado como atrás en la roca, en El Frailejonal.

En El Frailejonal, en la curva, ahí usted entra para dentro y ahí está una cueva y ahí hay una piedra pizarra y en esa piedra está escrito: “Aquí entró en el año de 1914”, se lee clarísimo eso y hay dos firmas. “Aquí entró en el año de 1914” y a continuación están las firmas ilegibles, ipero no se borran con nada!, cosa que nosotros mismos, incluso, hemos tratado de borrar con frailejón, con lo que sea, pero no se borra, antes más se aclara.

Las que son hechas con sangre: una aquí en la laguna verde, que está ahí, está en mayúsculas R.P. ¿no? Eso está como haber hecho con cincel, sí, con punta y cabo; y al pie de las letras está la huella digital hecha con sangre.

Este señor, según lo que mi papacito contaba, tenía mucha plata, bastante plata, que como que había sido a cambio de darle dinero, incluso tenía fortuna, ganaderías y uno de los testimonios que dan cuenta ellos, de que sí fue cierto eso del pacto; así, casi solo él, llegó a poblar todo la extensión del páramo que tiene la comuna de ganadero. Tendría más allá de unas quinientas o seiscientas cabezas de ganado ¿no?

Dicen que se iba a Maldonado, se iba a donde los arrieros; la gente se mantenía casi en Maldonado, vendían en Tulcán, en Ipiales... Tonces él también iba para allá; todos dicen que en los caminos, cuando se queda-

⁴⁷ Hacer tratos.

ban, se hospedaban en una posada. Dicen que llegaban unos huracanes que era como que se los llevaban. Él desde que salía y gritaba duro, decía malas palabras y se retiraba y ya.

- ¡Aún no es hora!- desde que decía -¡No molestes! ¡Aún no es hora!- entonces así se calmaban los vientos.

Falleció de repente. Y que después que falleció, dice que el ganado se fue muriendo *violento*⁴⁸, así se encontraban reses muertas en la pampa, sí, mi papacito decía:

-Yo soy testigo d'eso -decía-. Me encontré una vaca recién muerta, una linda vaca gorda.

Tos ha dicho:

-Aquí esto se va a perder, me voy a llevar un pedazo de carne.

Y sacó un machete y le quitó la piel. Él iba a sacar un pedazo de carne, ya lo sacó y dice que no aguantaba la pestilencia, que se percibía a azufre y de todos los ganados que querían llevarse, nadie pudo comer porque todo percibía a azufre. Tos allí dejó muerto a todo el ganado. Así fue el fin.

Contado por Oswaldo Chiles, Tufiño.
Recopilado por José Ascuntar y Patricio Ortiz, Ecuador.

⁴⁸ En este contexto, rápido.

Tesoros del páramo

Colombia



Mi papá me contaba que un día que se fue para abajo a ver el ganado, y que va bajando, y ahí a la vuelta vio un perro bonito, tan bonito el *verriondo*⁴⁹ perro, y le mostró los colmillos, y eran puros amarillos y se volvió para decir al vecino que fueran y cogieran el perro, por los dientes amarillos y cuando volvieron nada de perro por ahí. Ahí si era algo de riqueza.

Y otro día fue - y eso sí fue en el lote que yo tengo- había una luz, y la luz todas las noches se presentaba. Entonces una tarde fue y cruzó mi tío Florentino por el lote, ahí y cuando menos se percató, como a las seis y media de la tarde, era una clueca con tres pollos a la pata y todos amarillos. Y él los fue a coger, y corra, y ya que les echaba mano, y fue a coger el

⁴⁹ Expresión colombiana que refuerza alguna característica de algo o alguien.

pollo, y se resbaló y se cayó y pa'levantarse no podía, embarrado, y cuando fue a mirar ni p'arriba ni p'abajo, pollos para ningún lado. Y nos dijo, -ahí abajo hay riqueza.

Porque yo cuando compré, llevé la máquina de sacar el *fique*⁵⁰ y la planté ahí en ese puesto y duramos dos días con ese motor ahí dándole. Y miré a ver si la tierra no se votó y se largó un derrumbe, y era tiempo seco, pero se largó el derrumbe y como más de veinte metros, pero nosotros como que nada vimos, quedamos así.

Lo demás no he visto nada... Primero, sí decían que se encontraban riquezas, pollos, o así, pero esos sí se los alzaban. Se ponían de acuerdo el día y la hora para ir a cogerlos y eso tenían que llevar agua bendita y apenas los cogía les echaban agua bendita. Lo que pasa es que si el animal lo picaba, duraban muy poco. Esos animales pican a las personas y los matan, y entonces ya para qué la riqueza.

Otros cruzaban por allí, yendo para los lados de Leyva, y cuando menos esperaban 'vían' un cabrito encima de una piedra, ahí echado. Y mientras iban a traer algo pa'cogerlo o volteaban a otro lado, iban a cogerlo y ya no estaba. Y eso era porque todo eso es encantado, todo eso arriba. Y eso sí es cierto lo que contaban, porque, por ejemplo, mamacita linda contaba que una vez iba por allá para Leyva, y tocaba ir por junto a la laguna y, cuando menos se percató, vio dos niñitos, que jugaban de un lado a otro.

Y era que se abrazaban, y entonces, ella espero a la otra persona que iba con ella, el otro compañero pa'llamarlo y se voltió a mirar al compañero que venía atrás pa'llamarlo, que le apurara, que mirara a esos dos niños jugando y a lo que se volvió atisbar p'allá, ya nada vio.

También a los que jugaban por la orilla de los caminos se le presentaba...

**Contado por Pedro Antonio Arévalo.
Páramo de Rabanal, Ventaquemada, Colombia.**

⁵⁰ Planta cuya fibra es utilizada frecuentemente para elaborar bolsas y otros utensilios artesanales (*Agave* sp.)

El calabazo con oro

Perú

Totora es un pueblito que se inició cuando unas familias de Tambillo y Chulucanitas cruzaron la quebrada y se fueron a vivir en la zona baja de un bosque grande, muy tupido y con niebla, que se movía formando diferentes figuras; en el centro había una laguna. Allí las familias soltaban su ganado para que pastara en el bosque y de vez en cuando iban a verlo.

Una vez, dos comuneros subieron a la montaña a ver el ganado. Llevaban fiambre y un calabazo con una bebida. En una zona del bosque encontraron una iglesia y en su interior un cura y un grupo de personas celebrando con mucho esplendor una misa.

Los comuneros, como eran de buen corazón, decidieron entrar y participar de la misa, y ya dentro se dieron cuenta que caían gotas de agua. Mientras estaban en misa, rezaron y recogieron el agua que caía en el calabazo.

Después de terminada la misa, salieron y grande fue su sorpresa porque la iglesia quedó convertida en una cueva con unas peñas muy altas y un bosque alrededor.

Se olvidaron del ganado y comenzaron a bajar hacia Totora, pero el calabazo pesaba demasiado y decidieron abrirlo y quedaron asombrados, porque lo que había dentro del calabazo era oro y como eran de buen corazón, y no les ganó la avaricia, pudieron llevarlo a su casa.

Contado por Andrés Meléndrez.
Caserío Totora, Distrito de Pacaipampa, Provincia de Ayabaca,
Departamento de Piura.
Recopilado por Jorge Mija, Perú.

Los ruidos de la mina

Ecuador

Llegó una máquina, una perforadora; llegó allí para perforar y determinar el volumen de la mina. Entonces, esa perforadora me la entregaron a mí, según la orden del gerente de la compañía. Tonces yo, por responsabilidad, me quedaba solito en las Lagunas Verdes, cuidando la perforadora, porque ya estaba trabajando arriba en la mina, por eso me quedaba solito todo el tiempo. Incluso, cuando estaba en el campamento, me tenía que quedar...

Tons' una ocasión, oí un carro ¿no? que pasaba, bueno claro eso era normal, pasaban los carros a Maldonado; tons' oí el carro que venía, un carro grande, era un camión que venía subiendo, dio la vuelta a las lagunas verdes junto al campamento y luego descendió abajo, a la huecada que hay, sí, pero se lo oía de igual modo al otro lado, como decir, ya subiendo esa cuestica de la mina, ya se lo oía, hasta que se perdía, ya daba la vuelta y regresaba por el camino. Tonces llegó el carro a la huecada, lo vía yo, de ahí ya no salió, tons' yo, como estaba hecho cargo de la perforadora, yo me imaginé que me iban a robar, porque ya en la ocasión anterior alquilaron ellos una perforadora y nos robaron. Era con brocas de diamante, tons'eso era carísimo, tons yo dije:

-Me van a robar y ahí sí... La compañía me tendrá que hacer algo o sacarme de mi trabajo.

Tonces, yo cogí un machete que tenía, una linterna y me subí a la mina, me fui arriba a la mina. Cuando ya iba cerca de la mina, cerca de la perforadora, de la máquina, tons no se podía moverla una vez que empezaba a perforar ¿no? Estaba allí, bien sujeta. Tonces oía yo que sonaban fierros, isonaban fierros! Tons yo con más seguridad -decía yo,- seguro me están robando, se están robando la tubería. Ya me acercaba masito y seguían sonando los fierros, los tubos de la tubería ¿no? Tonces yo pensé ¿qué hago,

qué hago? Decía ¡por Dios! si a lo mejor están armados, aquí me matan; pero tanto fue el valor que dije:

-¡Bueno pis!, de aquí me defiando con el machete hasta donde pueda ¿no?

Tonces ya me acerqué a la perforadora, ya no había ruidos ni nada. Tons' prendí la linterna, la linterna de tres pilas, prendí la linterna: ¡nada!, nada movido, incluso habíamos trabajado hasta las cinco de la tarde y tal cual habíamos dejado, todo organizado, las herramientas, todo organizado, todo, todo igual. ¡Chuta!

De ahí era terrible para bajar. Créame que no, no podía ni virarme, quería regresar de retro, ¿no?, el sombrero se me hacía así (señala como si se le alzara el sombrero). Claro, tuve miedo, como jamás habré tenido miedo ¿no? Parecía que me seguían. Tonces yo incluso -no lo niego- me vine de retro con la linterna prendida ¿no?, y ¡no! ¡No podía caminar! pues me trompezaba, me caía, pues de retro ¿no?

Bueno... ya pasado una huecadita que había un chorro, ya pude recobrar fuerzas y ya me vine, y eso estaba nubladísimo. Estado así el páramo como llovizna. Llegué a la casa y otra vez me metí a la cama y apenas me metí a la cama, no estaba dormido, ¿se supone que se va a dormir?, ¡se moría del frío! ¿No? Pero en seguida estuvo la pesadilla, lo que llamamos nosotros la pesadilla. Tonces cuando llegó el carro ahí al patio, ¡verá!, porque ahí era como garaje, junto al cuarto donde yo dormía, tons llegaba y se vía las luces por las hendijas de la puerta. Tonces llegó el carro y paró allí, la puerta: ¡bum! se abrió, y la puerta yo la tenía trancada con barras, cruzada una varilla de hierro y se abrió la puerta, ¿no? y en seguida me aplastaban, me aplastaban y me decían que por última vez me perdonan:

- No saben que'sto es mío, no sabes que'sto es mío, por última vez te perdono

Dicho eso, estuve completamente despierto y temblaba yo...

Contado por Oswaldo Chiles, Tufiño.
Recopilado por José Ascuntar y Patricio Ortiz, Ecuador.

***E**l puquio*

Perú



Es algo que me pasó. Yo nací en Shiracunga, tierra blanca. Mi papá me decía que no me acerque al *puquio*⁵¹, que se llama Shiracunga, porque era malo; si es que nos acercábamos cerca de las seis de la tarde, el puquio nos empuñaba. Yo tenía miedo, era pequeño, tenía siete años y soy el único varón.

Un día lunes, mis padres bajaron a Cajamarca a hacer compras; teníamos miedo; les dije a mis hermanas que esperaran y me fui a traer a mi tía para que nos acompañe; fui a eso de las cinco y media de la tarde y estuvimos de regreso a eso de las siete de la noche.

Como no habíamos cocinado nada, le dije a mi tía para ir a traer agua del puquio con mis hermanitas. Les dije a mis hermanas y a mi tía que ellas no se acerquen porque podrían preñarse del puquio; yo acerqué, saqué el agua en un *poronguito*⁵² y luego fuimos a casa y comimos.

Luego salí a dar de comer a los perritos, me levanté y quise abrir la puerta y vi un hombre grande parado, abierto de brazos. Avisé a mi tía y todos nos asustamos pensando que nos quería matar. Lloramos al lado del fogón. Entonces, mi tía me dijo que agarre el machete.

-Yo abro la puerta... ¡Y tú le das!

Yo ya estaba listo para darle al hombre. Abrimos la puerta y de pronto no había nadie, se desapareció. Era el Duende del Puquio.

Contado por José Humberto Silva García.
Cuenca alta del cajamarquino, distrito de Cajamarca
(caserío Secsemayo), provincia de Cajamarca.
Recopilado por Miguel Ángel Chuquiruna y Edilberto Huamán Torres, Perú.

⁵¹ Manantial de agua que brota de la tierra.

⁵² Recipiente de hojalata en el que se vende leche.

La paila de cuatro orejas

Ecuador



Lo que sí hay veracidad es de un señor que dice que en una ocasión en la Laguna Verde encontró una paila de cuatro orejas. Estaba casi a la orilla, casi a la orilla, la paila grande, una paila inmensa, de cuatro orejas. Imagínese, gigante ¿sí?

Tonces él, casi ingenuo, él se imaginó que alguien botó y se la encontraba. Entonces él sacó el cabestro -como estaba bien montado al caballo- dice que la enlazó ¿no?, enlazó la paila y la paila se dejó arrastrar hasta cerca de la orilla.

En cuanto ya estaba llegando a la orilla, dice que pegó un bramido la paila y pegó un jalón y casi lo bota a él adentro con todo y caballo. Tonces se rompió, por suerte se rompió el *cabestro*⁵⁴, ton' se escapó, tonces era algo que no era normal, algo que no era natural, ni nadie iba a olvidarse: la paila, era algo misterioso.

Contado por Oswaldo Chiles, Tufiño.
Recopilado por José Ascuntar y Patricio Ortiz, Ecuador.



⁵⁴ Cuerda hecha con cuero de toro entorchado que sirve para manejar a los caballos.

E1 Huiñaigüilli

Ecuador

Cuando las madres quedan embarazadas por una relación prohibida, intentan deshacerse del hijo no deseado; lo abandonan en los campos o quebradas para que muriendo desaparezca, llevándose su deshonra y su vergüenza. El alma desgraciada y sin bautizo de estas criaturas se convierte en *Huiñaigüilli*⁵⁵.

Cuentan las ancianas, que son las que saben de este asunto tan terrible, que es un espíritu maligno, el que anda penando por los montes y páramos. Tiene las malas intenciones de llevarse al infierno a sus padres, pero a falta de éstos, cualquier incauto que se le acerque vale para el cometido.

El Huiñaigüilli es, a primera vista, un *guagua*⁵⁶ tierno con trazas de abandonado, suele estar cobijado en una manta y es capaz del llanto más desesperado. Tiene la cara amoratada y los ojos color candela, las uñas en pies y manos le crecen todas ellas largas y *filas*⁵⁷, detrás de los labios esconde una dentadura como la del lobo.

De día duerme enroscado en las *achupallas*⁵⁸, pero de noche busca la niebla o los huecos como socavones o acequias donde llora tan afligido y hambriento como es capaz. ¡Pobre del que se duela de dicho llanto!

Cuando es una mujer que conmovida por el instinto maternal recoge a la criatura, el Huiñaigüilli apenas esté cerca del pecho le morderá la teta y sin soltarle le arañará la cara y el cuello hasta matarla.

⁵⁵ Voz que se puede entender como “niño crecido” (wiñay es “crece” en kichwa y güilli-güilli es un quichuismo muy usado en los Andes del Ecuador para “renacuajo”).

⁵⁶ Niño, en kichwa.

⁵⁷ Afiladas.

⁵⁸ Planta de la familia de las bromelias (varias especies del género *Puya*) que crece entre el pajonal y parece una piña gigante.

Durante las noches en las haciendas remontadas y páramos agrestes, se oye de los mayores cuentos que hablan de montados que cabalgando en la oscuridad lo han oído llorar. Tan lastimera es su queja que uno que otro piadoso, a sabiendas de la historia, lo ha tomado en brazos para llevárselo a un mejor lugar.

El Huiñaigüilli, con cada paso que da el caritativo se vuelve más pesado, tanto aumenta el peso que al final resulta difícil sostenerlo. Cuando el jinete baja la mirada para ver qué pasa, el guagua abre los ojos y en sus pupilas deja ver las llamas del infierno, al mismo tiempo que con una voz más oscura que la misma noche, pero con pronunciación de niño que recién aprende hablar dice:

-Dientes tengo.

El único remedio para tan mal rato es llevar sobre la propia humanidad una prenda religiosa, sea crucifijo, escapulario, estampa, rosario o la misma Biblia en algún bolsillo.

**Relato que se oye en toda la serranía mestiza e india del Ecuador.
Recogido por Jorge Juan Anhalzer, Ecuador.**



Eso ya no... ya nunca pasa nada

Colombia

Yo anduve mucho tiempo de aquí a Carrasco a eso de las nueve, diez de la noche y de allá me venía a las tres de la mañana para irme para Chocontá. Llegaba aquí arriba como a las tres y media, pero nada. Una vez no más. Me vine del pasanivel para'cá, por donde pasaba el tren y pasando p'al otro lado veo una luz grandotota que como que le pegaban a esos rieles, como que se tropezaban y yo agarré piedra y le grité.

-Si es parte de Dios venga y si es parte del diablo, a sus infiernos-, dije.

Y me *encarriné*⁵⁹ por dentro de los rieles y me vine por adentro a ver qué... Yo siempre llevaba una *esperma*⁶⁰, pero eso no alumbraba y siempre me asustó un poquito. Ni se supo pa'dónde cogió la lucecita que había. Pero eso era cosa mala.

Contado por Pedro Antonio Arévalo.
Páramo de Rabanal, Ventaquemada, Colombia.



⁵⁹ Encarrilarse.

⁶⁰ Vela.

L *a loma de Picola*

Ecuador

Cerro de la Cofradía es. Habitaban en ese tiempo *gentiles*⁶¹, lujo de andar con espada todos ellos. Eran sombrerurazos, barbadísimos, no se rapaban. La gente les tenía miedo. Más bien salían por horas. Pasaban encantados. Pasaban sólo en los desiertos, ahí era lo que se encantaban. Al otro lado hay huellas de ellos, había habitaciones. Para guardar tesoros es que había sido habitación.

Luego, algunos trajeron máquinas y pagaban buen dinero para que les ayuden a cavar, pero no hallaron nada, se fueron. Que iban a regresar, dijeron. Y no regresaron, nada... Se iban a Amaluza y se volvían en veces de noche en la Semana Santa.

Tonces, en la parte que llaman abajo la pampita de Charama, hay dos piedras altas. Tonces el señor viniendo de allá con una espada: itaz!, un hombre blanco allí parado, dizque dice una cosa:

-Cámbiame esta espada por la que yo tengo porque me salen unos perros y con esto, -una espada amarillísima- ino les hago nada! Vivo arriba en esa loma y, sobre todo, yo sé que con esa espada...

- ¡Préstala pa'ver!a!

- ¡Cámbiemela!

Y entón, itaz! que le dio miedo a él, en lo que le dijo:

- Así que no le hacen nada a los perros, yo no le cambio nada. Quién sabe, más allá a mí también me hacen algo.

⁶¹ Antepasados.

Sabía que las espadas de acero, de todas maneras, son para andar de noche.

Así había dicho el gentil:

- Sube para arriba cualquiera de estas noches... yo no puedo salir. Para que halles mi puerta, primeramente, vas a hallar una vaca blanca, de allí sigues un caminito hasta el asiento de la peñita; hallas una piedra ahí, y con la piedra majas a la peñita... tonces yo te abro la puerta.

Pero le había dicho que vaya solito y él invita de vuelta a dos compañeros. Entonces la vaca la hallaron. De vuelta van andando, la peñita taba allí y la piedra de majarle no la hallaron; ahí se equivocaron ya.

Pero sabían que sí hay por ahí.

Ahorita se trabaja por ahí encima, allí. Ahí se ve los pircos de las casitas que ha habido, las huellas de lo que fue la vivienda.

Y decían:

-Haber, hay, sino que el Encanto, el secreto no se sabe cómo estará, no pueden descubrirlo.

Contado por Juan Elías Alverca.
Loja, Ecuador.



L *La Piedra del Muerto* Colombia

Cerca de donde nosotros vivimos, en el barrio Guarinja, en una época, viniendo mi suegro, que se llamaba Policarpio Jiménez, más o menos a las ocho de la noche, en una loma que se llama La Piedra del Muerto, de pronto se había encontrado con un hombre sombrerero, bien grande.

Y la gente y don Policarpio me contaban que no era una cosa mala, como decimos, el demonio, sino un gentil; uno de los antiguos que salían, según dicen, que era sombrerero, y que lo siguieron un poquito y enseguida se quedó; pero a él le causó bastante impresión, sorpresa y un poco de miedo, y se fue a la casa con esa inquietud... Eso es lo que yo sé por esa parte.

Se llama la loma de La piedra del Muerto, porque más antes salía el muerto ahí. El muerto era encantado y era de dejarle algún entierro de plata y salía... Y la persona que le aguantaba el miedo dizque quería darle la mano, pero no le dio la mano sino la *chompa*⁶² y entonces les iba haciendo pesados, pesados, justo donde estaba el entierro. Ésto se comentaba más antes y de ahí ahora esos casos no pasa nada... ¡y yo que vivo sin plata, no me sale!

De un pantano, en el camino, salía acostado, amortajado el muerto; entonces la persona que era valiente tenía que hablarle y decirle rápido lo que necesita. Esas palabras es que le decía, decía el muerto:

-Sabes que tengo un entierro dame la mano.

⁶² Chaqueta, casaca.

Entonces no le daba la mano sino la chompa. Así como le dije, ese era el secreto más que todo y así cuentan mis abuelos. Tonces justo le llevaba donde estaba la plata y ahí dejaban parando un espada o cuchillo, que se dice chabacanamente, y de ahí volvían a raspar.

Pero si le daba la mano al muerto, los mataba y se los llevaba volando. No ve que son espíritus iy por eso llaman esa loma La Piedra del Muerto!

Contado por Don Oswaldo Chiles.
Ecuador y Colombia.



Duendecitos

Colombia

Según la historia, los duendes fueron angelitos que vivían felices en el cielo haciendo travesuras, hasta que un día la Virgen de Chiquinquirá salió a darles la bendición a los habitantes de la finca de la laguna, que se encuentra a una altura de 3.500 a 4.000 metros sobre el nivel del mar. Ellos le pedían, con mucha fe, que le salvaran la cosecha de papas conocidas como la Argentina y la Salentina. Entonces, la Virgen les tendió su bendito manto para que logaran sacar su producto de buena calidad.

Mientras la Virgen estaba de visita por el Parque de los Nevados, los angelitos juguetones se turnaban para sentarse en el trono de nuestro Padre Dios; cuando la Virgen regresó, los encontró con una risa maliciosa y contagiosa. Les preguntaba:

-¿De qué ríen?

Y respondieron en coro:

-De nada.

Y continuaron con su risa encantadora. La Virgen le dijo a Dios -y como a él no le podemos ocultar nada- los castigó quitándoles sus lindas alas y los mandó para la tierra, donde cayeron quedando desorientados pero muy felices en este mundo. Es por eso que existe una variedad de duendes buenos y malos que se dedican a hacer travesuras a los hombres y a las mujeres.

A los duendes les fascina el verde del bosque, por esta razón se visten de ese color. Tanto duendes hombres como duendes mujeres tienen la facultad de ocultarse o transformarse en plantas o piedras para no ser vistos.

A veces los duendes juegan a volverse invisibles. Viven en cuevas cercanas a donde hay agua, entre barrancas y despeñaderos. Son los señores del monte y los dueños de los árboles, las plantas y los tesoros escondidos.

Por los caminos de herradura del páramo que comunicaban con el Tolima y el río Magdalena había rutas que servían para unir Neira, Salamina y Sonsón, por el norte; Cartago y el Cauca por el sur. Hacia el oriente había dos caminos por el páramo del Ruiz, que los comunicaban con la ciudad de Honda y con el río Magdalena.

En el año 1850 se favoreció el intercambio comercial entre las provincias; los arrieros hacían lo posible para llegar a pernoctar en la Cueva de Gualí, Cueva de Toro y Cueva de Nieto. También se utilizaban como otros sitios para pernoctar Murillo y Líbano. Este camino tenía el problema del intenso frío que se debía soportar en el páramo del Ruiz. No había posadas y el único albergue lo ofrecían las cuevas.

Por el cansancio de los arrieros, el duende no les hace daño: los consiente y les hace soñar siempre con una buena mesa con comida sabrosa y calentita, brindando un sitio en la cueva donde puedan acostarse a descansar y dormir. Ni siquiera se aparece, no los asusta ni les hace travesuras. A quienes se manejan mal los deja a la merced del destino, quien es el que decide si vuelve a cargar la bestia o los deja durmiendo para siempre, como han sido encontrados muchos, sentados bien desabrigados y riéndose, muertos por el frío en la Cueva de Nieto.

Los duendes son excelentes cuidadores de la madre naturaleza y cuidan a todos los animales que corren sobre la tierra, los que vuelan por los aires y los que nadan en los arroyos. Por eso, estos duendes roban sus perros a los cazadores y los vuelven mansos dándoles de comer, para que no persigan a los conejos del páramo, ni maten a los animales como armadillos, o a los venados, que son los animales preferidos de los duendes. Tampoco permiten que dañen las plantas.

Las cuevas son mágicas, sin puertas ni ventanas. No tienen por donde entrar ni por donde salir; sin embargo, no dan miedo porque el tiempo no pasa y los días son lo mismo que las noches.

A los duendes les gusta enamorar a las muchachas bonitas, de ojos grandes, que son traviesas y desobedientes. Especialmente llegan por la noche a visitarlas y les cantan canciones de amor. Cuando las encuentran dormidas, las peinan, las perfuman y les ponen flores alrededor de la cama; les hacen maldades y les echan ceniza y tierra en el plato cuando están comiendo, y les levantan las enaguas cuando salen los domingos. Pero la mejor diversión es perturbar la tranquilidad de las jovencitas brinconas. En el sueño les hacen maldades tirándoles terrones de cal, les manchan los vestidos, las persiguen y si están enamorados, pueden llegar al acoso obsceno y al ultraje.

A los duendes no les gusta el orden ni ver una casa limpia. Donde quiera que exista una casa hermosa, allí aparecen los duendes; estos pequeños hombres, vestidos de trajes de hojas verdes, cubiertos como inmensos hongos de maldad. Se suben a los techos, construyen grandes aposentos con herbáceas y son amigos del sabotaje y el chisme, iniciando entonces desde allí la burla maligna: esconden las escobas, los zapatos, las medias y ríen en la medianoche destapando las ollas o batiendo chocolate, abriendo la llave del lavaplatos y haciendo ruidos como si rompieran los platos. La gente se levanta y mira, encontrando todo en desorden. Pero su disparate mayor consiste en apedrear los techos, en desatar verdaderas tormentas de piedra que provocan espanto y miedo a todos los habitantes de la familia de esa casa.

Las pobres muchachas se ponen flacas y ojerosas de no poder dormir y de tanto susto, muchas de ellas llegan hasta a morirse; cuando los parientes descubren que es un duende el que está apoderado de ella, buscan la manera de ahuyentar al duende enamorado. Y la mejor manera de deshacerse del duende consiste en poner una guitarra nueva sin cuerdas junto a la cama de la muchacha. Antes de dormirse, ella deberá llamar al duende y pedirle que le cante unas canciones como las que cantaba su antepasado en el cielo. Cuando el duende se presenta ilusionado y encuentra la guitarra sin cuerdas, es tal su decepción y su tristeza, que se aleja para no parecer mal músico y quedar en ridículo.

La segunda forma es que el papá de la muchacha pueda también poner sobre la mesa un bulto de semillas de papas Salentina y Argentina, certi-

ficadas, como son la papa Morita y Capira que se producen en las zonas bajas de la región del páramo. No le gustan las semillas de papa ordinaria, como la Parda Pastusa: el duende siempre quiere lo mejor. También se debe dejar una buena guitarra y una carta donde se le debe prometer al duende la mano de su hija, con la condición de que separe y cuente las semillas antes del amanecer.

Cuando el duende llega, lee el contenido del sobre y del contenido coge la guitarra y se pone a cantar. Cuando menos piensa, su tiempo se le ha pasado y ya está amaneciendo sin haber hecho el conteo, ni separado las semillas Argentina y Salentina. Viéndose cogido por el día, lo único que hace es coger el bulto y regar todas las semillas, haciéndolas rodar, y acaba por aventar todo y salir corriendo.

Son grandes cabalgadores de pájaros. Los duendes se divierten contando las estrellas sobre las palmas de cera, que es el árbol nacional de Colombia, jugando al trampolín.

Cuando algún campesino se encuentra con un duende, éste le grita y lo pisotea para asustarlo; el pobre hombre se enferma del susto y le da fiebre, perdiendo el apetito, viéndose obligado a visitar un médico que lo sane y muchas veces a un sicólogo o siquiatra.

También los duendes en algunas noches se apaciguan con la flauta, los triples y las guitarras, las hermosas canciones que entonan con melodías tan dulces que se escuchan en las lejanías.

Contado por Wilson Granada Castañeda.
Manizales, Colombia.



*H*istorias de duendes

Colombia

El descansadero

Tenía yo cerca de ocho años de edad y vivíamos en un sitio en el que había agua potable, por lo que nosotros la traíamos en tarros; yo tenía la maña de descansar en un sitio fijo siempre, a lo cual mi abuelita me había dicho que cambiara de descansadero, porque si seguía con esa costumbre, me podía asustar el duende. Yo no le hice caso y seguí frecuentando el mismo descansadero. Cierta día, cuando me hallaba descansando en el sitio, me empezaron a arrojar terrones; lo raro es que en el sitio donde estaba no había lugar donde alguien pudiera esconderse y arrojarle piedras o terrones a uno. Con ese susto tuve para olvidar el descansadero y buscar otros lugares y nunca más en el mismo.



El duende pescador

El tiempo pasó y yo ahora tenía cerca de quince años y entre mis hobbies estaba el de pescar. Yo lo hacía muy frecuentemente en horas de la noche, por ser más productiva, y en verano.

Cierta vez nos hallábamos un compañero y yo tirando anzuelo en el río Tesorito, cerca de los tanques del agua, y avanzamos río abajo para acercarnos al pueblo; así fue que llegamos a un gran charco. A mí me picaba muy bien allí y atrapaba peces, pero a mi compañero no; así que él decidió avanzar un poco más hacia abajo, algo que no acostumbrábamos, pues siempre andábamos juntos de charco en charco, por lo general en horas de la noche.

No habían pasado más de quince minutos, cuando escuché un tiro en la dirección de mi compañero y preocupado corrí hacia él, pero me lo topé a medio camino y le pregunté qué le había pasado; cual no sería mi sorpresa al preguntarme él lo mismo, porque según él, dispararon donde estaba yo.

Así, algo atemorizados, no nos separamos más, aunque le picara al uno y al otro no. Pero las cosas raras no terminarían allí: al notar aquella presencia que no nos separábamos, empezó a arrojarnos piedras al agua para asustarnos los peces y como si esto no fuera suficiente, empezamos a escuchar que nos *tarrayaban*⁶³ delante de nosotros, dañándonos la pesca. De un momento a otro los tarrayasos empezaron a sonar arriba de nosotros, y al estar conscientes de que estábamos solos y no habían más pescadores en la zona, optamos por lo mejor y nos vinimos antes que algo pudiera pasarnos.

Recopilado por Gilberto Odair Cárdenas Londoño.
Fenicia, Colombia.



El duende y María Luisa

Boris Montealegre, un hombre gigantón que llegó a esta región vallecaucana hace más de cien años, traía mucha plata y compró muchas fincas, todas las convirtió en una gran hacienda. Dicen que año tras año se hacía más rico. Era un hombre desagradable, corpulento, de crueles intenciones, rostro vulgar y voz chillona, que solía hacer callar a gritos a todo mundo. Mandaba a sus obreros o trabajadores sin piedad y los castigaba con trabajos forzados por el más leve pecado. A las mujeres las dejaba fuera por la noche o las dejaba durmiendo en el establo con las vacas, para que así madrugaran a ordeñar. Era un personaje muy extraño y si despedía a cualquier empleado, buscaba la forma de que no le dieran empleo en ninguna parte.

⁶³ Pescar con atarraya.

La hacienda, llamada María Luisa, en su mayoría eran espesos bosques donde fluía el agua, donde los gigantescos árboles hermanos de corazón arrullaban a los habitantes con sagradas canciones, donde las mariposas invitaban a vivir el instante con toda la belleza de la eternidad. Era un lugar donde el rocío de la Pachamama hacía despertar a su gente para sumarlos a la sinfonía multicolor de cada amanecer.

En la enorme hacienda todos trabajaban en silencio porque el patrón tenía la costumbre de inventarse falsos delitos y luego inculpar a quien no le agradaba. Uno de sus pasatiempos era esconderse detrás de los árboles para espiar a sus empleados, mientras labraban la tierra. Después, si a su juicio no habían trabajado y rendido lo suficiente, los castigaba. Su mayor satisfacción era contar y examinar su dinero. Tenía un armario lleno de plata y pagarés que recogía de los pequeños labradores, familias de escasos recursos y propietarios vecinos.

Así iba transcurriendo la vida en la hacienda de propiedad de Boris Montealegre: desde afuera una inmensa planada cubierta de árboles hermosos y floridos y en el interior de la gran casa, resentimiento y un pesar amargo como la hiel. En los dormitorios los trabajadores mascullaban maldiciones y quejas, pero sólo entre los compañeros de más confianza, porque también había espías en derredor.

En la hacienda había una gran ventaja: la comida abundaba, el agua era limpia, las frutas del bosque y la carne de monte no se agotaban. Esto hacía que los obreros pudieran aguantar tal ritmo de trabajo y tener satisfecho a su patrón.

La dicha no duró tanto: pasados unos años, la hacienda empezó a carecer de comida y belleza. La ambición del gigantón por tener más dinero, talando los bosques y vendiendo la madera en forma desmedida e irracional, hizo que en poco tiempo la hacienda se convirtiera en un extenso desierto. La Pachamama se maltrató, los suelos ya no daban abundante comida, las aguas se secaron, las quemadas continuaban y al déspota gigantón no le preocupaba, porque tenía demasiado dinero y hacía cualquier cosa para hacer producir la tierra: compró tractores, abonos químicos, pesticidas y empezó a exigir al suelo su producción.

Entre tanto los obreros empezaban a enfermar, el trabajo cada día era más duro y la alimentación más mala.

Una noche apareció, desde la espesa selva, un diminuto personaje cargado con una canasta de frutas, que dejó en los dormitorios de los obreros y así, noche tras noche, escuchaba con paciencia las lamentaciones del uno y del otro y siempre dejaba sus frutos. En el pesado sueño de los obreros, que dormían sin cesar, dejaba también consejos cada vez que podía.

El gran hacendado, también en sueños, recibía consejos del diminuto personaje, pero éste, en medio de la noche, soltaba horrendas carcajadas y se escuchaba un gran ruido. El hacendado le arrojaba cosas tratando de matarlo, pero el diminuto personaje de barba blanca, cejas pobladas, grandes orejas y un pequeño carriel, esquivaba todos los objetos que le tiraba y luego desaparecía, después de pegar un gran silbido en medio de la estrellada noche.

Una noche oscura y de frío invierno, después de haberle arrojado una buena cantidad de libros y una taza de café, el duende le habló al hacendado:

-Espera, espera Boris, llegará el día en que vendrás a pedirme perdón y clemencia de rodillas.

Boris se ponía furioso e intentaba agarrar al duende, pero éste se sentaba en un lugar estratégico, donde pudiera esquivarlo o evadirlo con un simple movimiento y salir por cualquier rendija o grieta de la pared.

Seguían pasando los años y el hacendado empezó a sentirse cansado. Le daban dolores en brazos y piernas, cosa que no le había sucedido nunca. Al principio desechaba los dolores con cualquier cosa o con realizar una acción cruel para demostrar que no tenía nada y que seguía siendo el mismo Boris Montealegre de siempre. Meses después empeoró su salud y empezó a adelgazar. Primero mandaron a buscar a un médico, luego a un cirujano y después a un curandero. Ninguno de ellos pudo diagnosticar el caso, pese a toda su sabiduría; pero lo único que podía aliviar a Boris era una buena mochilada de dinero.

Pasado casi un año, el gigantón estaba reducido a la cama, tenía los ojos hundidos, el estómago había desaparecido, brazos y piernas le habían quedado como ramas; sus brazos y piernas de roble no eran parte de su cuerpo. No podía caminar más de diez minutos sin cansarse. Lo último que hizo fue viajar a la gran ciudad, en busca de la gran medicina, pero los médicos, en últimas, le dijeron que no podían hacer nada para curarlo.

Una noche cualquiera, en medio del silencio, cuando el gruñón de Boris contaba el dinero, se le apareció el duende.

-Boris –le dijo él– vas a morir.

Levantó el gruñón la cabeza bruscamente un tanto sorprendido y miró fijamente al pequeño hombre. Pensó por un momento en arrojarle un frasco y matarlo, porque se le había sentado en el borde de la cama muy tranquilo y despreocupado, pero en su lugar Boris Montealegre dijo:

-¿Y tú qué sabes de mi enfermedad o qué sabes de medicina, desgraciado?

-Todo –contestó el pequeño hombrecito–. Sé lo que necesitas, qué planta y qué raíces puedes tomarte.

Y hablando así desapareció.

Días después, volvió para decirle:

-Un demonio te está carcomiendo el sistema nervioso y secándote los músculos. ¿Sabes qué? Todo mundo está ansioso de verte en la paila de los infiernos donde se tostará tu negra y podrida alma.

-¡Espera! –gritó el hacendado, pero el duende ya había desaparecido.

Pasada otra semana regresó el duende y dijo:

-Poseo una bebida mágica, basada en plantas y raíces, con la cual podrías expulsar el demonio de tu cuerpo, pero no la tendrás.

Y desapareció nuevamente.

Cuando regresó el duende, pasado un mes, el gigantón se puso de rodillas ante el pequeño hombre y suplicó:

-¡Socórreme! ¡Te daré todo lo que me pidas, todo lo que quieras!

Ya no era más que un montón de huesos forrados en el cuero y escasamente podía moverse de una silla a otra, pero el duende negó moviendo la cabeza, y dijo:

-Será una bendición que tus trabajadores y todo el mundo se libere de ti. Pero antes tienes que sufrir un poco más.

Días después, la terrible enfermedad de Boris Montealegre mermó el ritmo del corazón hasta dejarlo casi inmóvil... y llegó el día en que ya no despertó. Fue un viejo arriero quien por muchos años taló los bosques y en sus mulas sacaba la madera. El sacerdote dio los rezos correspondientes sobre el cadáver pidiendo paz y reposo para su alma. Todo el pueblo y la gente que lo conoció exhalaban un suspiro de alivio.

Pero el gruñón de Boris no estaba muerto. Lo parecía únicamente, era lento el latir de su corazón y tan leve su respirar que pasaron inadvertidos para el viejo gruñón. Pero el ricachón había oído todo, aunque apenas podía ver algo con sus parpados casi cerrados. Además se hallaba totalmente paralizado.

Día y medio estuvo su cuerpo posado en el salón principal de la gran hacienda. Obreros, empleados y todos sus sirvientes asistieron para presentarle sus respetos y lanzarle maldiciones y hacerle toda clase de muecas.

La noche antes del entierro apareció el duende y le dijo así a Boris:

-¿Si escuchas los balbuceos en el salón de a lado? Son tu mujer y el comandante y el arriero que sacaba la madera ¿lo recuerdas? Y el cazador ese que tú mandabas para que matara los pobres animales del bosque y que siempre tenía que cazar algo o si no tú lo castigabas, ¿te acuerdas?

Ellos y otros más están rompiendo esos pagarés que tú obligabas a firmar a los pobres campesinos.

Amaneció y un gran sol iluminó el nuevo día. Boris Montealegre vio desaparecer la luz cuando colocaron la tapa sobre el féretro. Luego, preso su corazón de un mortal terror, sintió el arrullo y suave movimiento de la carroza fúnebre. Quiso gritar como antes, cortar la tapa del féretro, pero fue imposible y nada pudo hacer; se hallaba totalmente paralizado.

Pasaron los minutos. Oyó el sordo sonar de las paladas de tierra que caían sobre el ataúd en forma apresurada, como si se fuera a salir y no quisieran dejarlo. La voz del sacerdote y el murmullo de los espectadores fueron haciéndose cada vez más débiles. Nunca en su vida Boris tuvo más miedo y terror. Cuando el sepulturero acabó de llenar la tumba, la gente abandonó el lugar murmurando:

-Era un canalla y nunca sirvió para nada. ¡Fue una suerte habernos librado de él!

Esa misma noche, en medio de las nubes y de un fuerte aguacero, desde las montañas, los páramos y los espesos bosques, llegaron una docena de hombrecillos guiados por el duende que fue testigo de todo lo sucedido; quitaron toda la tierra del hueco donde yacía el féretro y forzaron la tapa. El duende, que fue el encargado de cuidar la hacienda, vertió de una botella verde unas gotas entre los labios del gigantón, el cual parecía una rama. Al instante, Boris sintió que algo maravilloso sucedía en su cuerpo... lentamente abrió los ojos.

-Esta es la pócima curativa –dijo el duende principal–, pero antes de hacerte algún bien, tienes que prometer que no volverás aquí nunca; si estás de acuerdo, cierra tus ojos un segundo.

Boris lo hizo así y el duende dejó caer unas cuantas gotas más entre sus labios.

-Te dedicarás a recoger semillas en el bosque, a sembrar árboles donde hagan falta. ¡Promételo!

Boris obedeció, su corazón comenzó a latir más de prisa y su sangre comenzó a circular; hasta pudo levantar las manos.

-Durante todo el resto de tu vida necesitarás usar esta medicina –añadió el duende-. Le pediremos a nuestros hermanos del bosque que te la proporcionen cada mes. No puedes volver a la hacienda porque entonces morirás.

Seguidamente, vació toda la botella en la boca del hacendado. Boris se levantó tembloroso y luego se puso de pie en el ataúd. Le costaba trabajo creer que estaba vivo. Salió de la tumba y respiró el aire fresco de la noche; más tarde no podía acordarse de nada y perdió todo su conocimiento.

Cuando volvió en sí se halló sentado frente a una hoguera de leña, en el sombrío bosque de su anterior morada. Poco a poco pudo recobrar sus fuerzas y cumplir con todas las obligaciones que el duende le había encomendado: sembrar árboles, cuidar las aguas, los animales y los musgos, y así pudo vivir cincuenta años más.

En toda la región nunca hubo más reprimidos y, como por encanto, la gente empezó a trabajar más sus tierras, a producir comida, los labriegos no utilizaron más abonos químicos, empezaron a cuidar las fuentes de agua y a cuidar nuestra Pachamama. Dicen que sólo así podrán garantizar la vida a las generaciones futuras.

Desde entonces, la región del duende es un encanto, no por el duende, sino por el encanto de la María Luisa que, enduendada, volvió la región una leyenda que contiene muchos tesoros, entre ellos el agua, la flora, la fauna y el páramo. Ese espacio no humanizado, el más cercano al sol y a las estrellas, las nubes, la luna y el arco iris, donde el duende y María Luisa tienen su morada y, junto a todos los duendes de la tierra, cuidan los espacios no humanizados y orientan a los habitantes de los espacios mínimamente humanizados, para que ayudemos a proteger los recursos naturales y sus bosques encantados.

El duende al que me he referido está en mí hace mucho tiempo, me acompaña desde mi niñez y siempre está en mis "sueños", y esos sueños

llenos de esperanza me motivan cada día a continuar enduendado y enduendando más y más personas, para hacer que nuestro entorno cada día sea mejor. No sólo para nosotros, sino también para aquel que lo necesite.

Recopilado por Abelardo Salgado, Director de FEDENA.
Fenicia, Colombia.



El duende

En la vereda La Italia, un 25 de julio de 1982, ocurrió un suceso inesperado para la familia Gallego Monsalve. Un día, una niña de tan sólo cinco años de edad salió a jugar con sus muñecas, como de costumbre, al patio de su casa, por supuesto con el permiso y el cuidado de sus padres.

Los padres, al ver que la niña estaba bien y que no presentaba peligro alguno dejarla sola por un momento, salieron a hacer algunos oficios de la casa. Como a la media hora se acordaron de la niña y fueron a revisar que estuviera bien; al llegar se dieron cuenta de que ya no estaba. De inmediato salieron a buscarla en compañía de los vecinos más cercanos. Pasaron horas y horas y los padres cada vez se preocupaban más y se lamentaban por haber dejado sola a su niña.

Por otro lado, el causante de todo esto trataba de mantener a la niña ocupada: un pequeño duende que se divertía regalándole a la niña muñecas de palo y consiguiéndole toda clase de frutas, para que no aguantara hambre y así poder jugar con ella.

A los dos días los padres encontraron a la niña cerca a una quebrada; la niña estaba jugando con las muñecas de palo y alrededor de ella había un montón de frutas que el duende le había conseguido.

Recopilado por Abelardo Salgado, Director de FEDENA.
Fenicia, Colombia.



El duende en mi vida

Doña Fabiola nació en el año de 1954; ella nos cuenta que cuando salió del vientre de su madre, de inmediato la bañaron con agua tibia y desde ese instante el duende la ha acompañado, o mejor, la ha protegido.

La historia que nos va a contar comienza cuando apenas ella tenía seis años. Nos dice que la primera vez que se le apareció en persona, fue en la finca El Porvenir, cerca del río Riofrío. Nos cuenta que vio un niño de ojos azules, con los pies torcidos, cabello amarillo crespo... no tenía ropa y un sombrero grande cubierto de hojas. Ella nunca se imaginó que ese pequeño niño indefenso, y un poco menor que ella, podría ser el duende.

Este niño indefenso, como lo creía doña Fabiola, la llevó a una pequeña cueva cerca al río, que por cierto era desconocida por las personas que habitaban esta zona. Ella recuerda que la cueva estaba muy iluminada por grandes espejos, que tenía muchas muñecas y además había muchas frutas, especialmente duraznos, que es la fruta preferida de doña Fabiola. Pasó un muy buen rato allí, comió y jugó con las muñecas hasta que se cansó y como por arte de magia apareció en el lugar donde se había encontrado aquel niño.

Nos cuenta también que el duende tenía una chocolatera donde ocultaba un quiste de oro. Un día el duende decidió regalarle la pieza de oro. Doña Fabiola, como era una niña, se fue muy contenta a mostrarle a su padre lo que le habían regalado, pero su padre, como era muy ambicioso, se lo quitó y lo vendió. El padre de doña Fabiola tenía algunas vacas, las cuales le servían como sustento o ayuda económica, para poder mantener a su hija y el duende decidió esconderle algunas en castigo.

Cuenta que el duende la llevaba a jugar a la primera cañada de Tesorito; que allí, para entretenerla, le contaba muchas historias. Una de ellas, y que además le mencionaba mucho, era que él tenía escondida en la torre de San Ignacio, una esfera de oro... pero nunca le dijo donde estaba... ni siquiera le dio una pista de donde podría encontrarla.

Un día, su padre le ordenó que fuera a cuidarle las pocas vacas que tenían y además que se cerciorara de que estuvieran completas. Doña Fabiola, como era una niña muy obediente, agarró una cantimplora y se fue hacer lo que su padre le había mandado. Como siempre, su querido amigo duende la acompañaba. Al llegar la tarde la niña se fue de regreso a su casa, pero por estar jugando con su amigo, no se dio cuenta que una vaca se había escapado.

Al día siguiente, su padre se dio cuenta que le hacía falta una vaca y al llegar a casa le pegó a la niña por no haberse percatado de lo sucedido. El duende se sintió culpable y a la vez se llenó de rabia por la pela que el señor le había dado a la niña, y decidió tomar cartas en el asunto. Esperó que se fuera a trabajar y por el camino hizo que se embolatará. Cuando vio que estaba completamente perdido, lo agarró, lo amarró y lo azotó. Doña Fabiola, al ver que no llegaba su padre, decidió ir y buscarlo, pero no fue necesario, porque el mismo duende la llevó a donde estaba. Al verlo así, se asustó mucho y lo desató, y lo llevó a su casa. Cuando su padre se recuperó, le pidió disculpas por haberle pegado y prometió no volver a hacerlo.

**Texto recopilado por Fabiola Garzón.
Fenicia, Colombia.**



El niño perdido

Venezuela

Hace muchos años atrás vivían en la comunidad de Gavidia muy pocas familias. Quiere decir que eran como seis, que estaban muy dispersas: donde la Casa del Horno, Las Mazorcas, El Otro Lado, El Llano, Las Piñuelas y Los Yaques.

Tenían muy poca comunicación, por lo disperso, y rara vez se visitaban. Los señores que vivían en Los Yaques eran dos hermanos carnales: el señor Francisco Antonio Torres y la señora Cleofé Torres. Cleofé tuvo un hijo llamado Manuelito. Tenía la edad de siete años.

Un día lo invitó su tío Francisco a *paramiar*⁶⁴ en el páramo El Parche. Era en los meses de junio y julio, tiempo de invierno. Salieron a las seis de la mañana al páramo, subieron en busca del ganao, pero se hizo imposible conseguirlo por la lluvia y la oscurana de niebla. Anduvieron mucho rato. Más o menos como a las dos de la tarde, en vista de que no conseguían reses y estaban todos mojaos, Francisco le dijo a Manuelito que lo esperara ahí sentao detrás de una peña, mientas que él se asomaba para allá más arriba a ver si se veían las reses.

El niño se quedó sentao y él se fue, pero cuando Francisco regresó el niño no estaba por ningún lado. Francisco, todo asustao, empezó a buscar y a gritar, pero todo fue en vano. Manuelito no contestó nada, por ninguna parte. Francisco dijo:

-Ahora, ¿qué hago? El muchacho no está y si quiera juera hijo mío, que ahora pa' llegarle a Cleofé... ¡Esa mujer me mata!

⁶⁴ Paramear, rodear el ganado en el páramo (en otros contextos significa llover).

Siguió en búsqueda pero nada encontró. Llegó la noche y Francisco, todo asustao, mojao, con hambre, *rajuñao*⁶⁵, aporriao con la búsqueda del querido Manuelito, regresó a su casa a las diez de la noche.

Le avisó a Cleofé y a sus hijas que estaban en Los Yaques esperando y preocupados porque no llegaban. Todos se pusieron a llorar y Cleofé se desesperó y quiso salir a esa hora en búsqueda de su hijo. Pero el invierno no *acesaba*⁶⁶ truenos y relámpagos.

Pasaron la noche como pudieron. Al otro día se fueron a buscar al muchacho, pero el páramo estaba muy bravo, las quebradas grandes y oscuro de niebla todavía. Buscaron y nada, todo fue en vano. Se oscureció y llegó la noche y el querido Manuelito no apareció. Dieron parte al jefe civil del Municipio y se fueron en búsqueda, pero Manuelito no apareció.

-¿Qué se habría hecho? ¿Se lo tragó un duende?– se imaginaban todos.

Tardaron quince días en la búsqueda, pero no lo encontraron. Ahora, ¿qué pasó? Que para consolar a Cleofé, Francisco y sus compañeros se fueron a Misintá y le quitaron prestao un muchacho a una señora de allá, para traérselo a Cleofé. El muchacho era muy feo: gordo, cachetón, muy negro y más grande que Manuelito.

Cuando llegaron con ese muchacho, Cleofé dijo:

-Ése no es mi hijo, porque es muy fiero donde Manuelito era ojos azules, delgadito, *catire*⁶⁷, y muy bonito y de buen humor.

Cleofé se enfermó por la pesadumbre por su hijo y decía:

-Ése no es mi hijo ¡Boten a ese muchacho pal' carajo!

Pero la gente la convenció y crió al muchacho considerando que no era su hijo. Llegaron un día en pelea con Cleofé la señora de Misintá por el

⁶⁵ Rasguñado.

⁶⁶ Cesar (de producirse rayos y truenos); amainar.

⁶⁷ Rubio, de pelo claro en Venezuela.

niño, pero Cleofé ganó la pelea y se quedó con el muchacho, que la mamá le llamaba Julián, pero a fuerzas de mentiras lo enseñaron y le dijeron que él era Manuelito.

Pasó mucho tiempo, más o menos como treinta años, cuando Francisco Antonio se fue a paramiar el ganao por el mismo sitio del páramo del Parche y subió al Portachuelo Limpio, donde se le había perdido Manuelito. Pero en el momento no se acordaba porque había pasao mucho tiempo, cuando de repente miró para una cuevita y vio algo que le interesó mirar.

Se quedó un poco de rato viendo y conoció que eran los restos del pequeño Manuelito, que estaban en la cuevita. Se acercó más y tocó, pero estaba todo podrido, lo que era el sombrero, la cobija, las cotizas, la cabuyita que Francisco le había dado. Eso estaba todo inerte pero podrido. Lo único que tenía bien era el cabello catire de Manuelito, donde su mamá le hacía unas pequeñas crinejas, porque en ese tiempo no les cortaban las mechas a los niños hasta los siete años, pero no le había llegado la hora de hacerlo. Francisco lo que hizo fue enterrar sus huesitos y sus cabellos, que él reconoció, y teparlos bien con tierra, e hizo como medio de una sepultura.

Francisco lloró el recuerdo de su sobrino querido, que era Manuelito, y contó su historia a sus familiares. De hecho lo sabemos.

Contado por María Julia Moreno.
Cavidia, Mérida, Venezuela.



El Arco Caté

Venezuela

En aquellos tiempos en que viajaba mucha gente de Mérida a Barinas por los páramos, pasó que salían mucho los espantos. La gente caminaba por esos senderos, pero no dejaba que le cerrara la noche.

Los días de fiesta, como son: Viernes de Dolores, Domingo de Ramos, Domingo de Resurrección y los Viernes de Cuaresma, esos días los respetaban mucho; la Cuaresma, la Semana Santa, Semana de Dolores. No iban pal' páramo ni salían en la noche por miedo que los espantaran. Y también, porque les podía salir el Arco Caté.

El Arco Caté salía en los páramos en ese tiempo. Decían que era un hombre que camina en un solo pie y anda por todos los páramos y hace la huella como la de un caballo. Lo consiguieron una vez unos viajeros en el páramo El Granate y el páramo El Parche.

Sucedió que se fueron unos señores un Domingo de Pascua de Semana Santa a llevar las vacas para el páramo. Antes les decían que no se fueran porque ese día era malo andar en los páramos, pero tenían que hacerlo porque no había más tiempo en la semana siguiente de puro trabajo.

Se fueron. Cuando llegaron al Parche se pusieron a descansar y escucharon el grito de un hombre y vieron a lo lejos, en el camino que conduce al Alto de Mucumpú, a un hombre que vestía de pantalones blancos y sombrero blanco, y una *ruana*⁶⁸ rucia que la llevaba al hombro. A cada rato daba un grito.

⁶⁸ Prenda de vestir propia de los Andes colombianos y venezolanos, semejante a un poncho.

Estos hombres se quedaron viendo sin decir nada. De pronto, uno de ellos pensó también gritar y cuando gritó, el hombre se paró y tiró la cobija en el piso y se dieron cuenta de que era el Arco Caté que los estaba persiguiendo.

Lo dejaron quieto y el Arco se fue gritando hasta que trastumbó al alto de La Pata. Se bajaron corriendo antes de que los siguiera y parecía que alguien los agarraba por detrás.

Llegaron a Gavidia casi desmayados. Luego contaban y decían que nunca hicieran eso porque era malo ir a los páramos en Domingo de Pascua. A estos señores les dio mucho miedo y desde ese momento no salieron más a los páramos en días de fiestas de Semana Santa y en tiempo de Cuaresma.

**Contado por María Julia Moreno.
Gavidia, Mérida, Venezuela.**



La vieja agüera de Las Piñuelas

Venezuela

Era una vieja llamada Sara que convivía con un señor. No se supo el nombre de él, sólo se supo el nombre de ella; sólo se sabe que convivía con un señor.

Esta antemencionada señora vivía en el sitio llamado La Vega, vía Las Piñuelas. La señora trabajaba en el Buche del Churao, vía pueblo de Muchúes. Ella pasaba todo el día allá. Salía a las seis de la mañana y regresaba a las seis de la tarde a su casa y el hombre la esperaba todas las tardes en la casa sin hacer nada.

Un día, la señora Sara llegó temprano y el señor no estaba en casa. Ella entró y se puso a hacer la comía. Echó un poquito de maíz, que traía del trabajo, a tostar en un tiesto. Mientras eso, llegó el hombre y se puso a mirarla por un hueco que tenía la casa. Esta señora se quemaba las manos y arrugaba la cara muy feo, pelaba los dientes y al señor le dio mucha rabia; entró y le pegó a la vieja.

Al otro día, la vieja se fue otra vez a su trabajo. Ella de allá traía comida de tierra caliente como es yuca, maíz, ñame, café, panela y *campures*⁶⁹. Primero, el señor no quiso contar nada a nadie, pero después se fue y habló con sus compañeros de lo que sucedía con su mujer y todos se preguntaban:

—¿De dónde saca esa comida de tierra caliente, lo que es más imposible conseguir en Gavidia?

⁶⁹ Como se les dice en Venezuela a los bananos o plátanos.

Un día le pusieron cuidado cuando regresó la vieja y la gente la persiguió para preguntarle que llevaba ahí, pero ella no se dejó alcanzar y siguió su camino rumbo a Las Piñuelas.

Vio que la gente la perseguía y no entró en su casa, sino que pasó de largo. Los que la seguían se preguntaban:

-¿A dónde va, teniendo la posada más cerca?

Pero la vieja siguió el camino que la condujo al primer chorro que se consigue de Gavidia a Las Piñuelas y se metió allá. Cuando éstos llegaron al sitio, lo que vieron en el pozo fue un faro nadando. La gente se preguntaba:

-¿Qué pasó aquí?

Esa vieja era una vieja *agüera*⁷⁰ y se encantó en ese chorro. Desde ese momento, la vieja no volvió a verse más nunca y ese chorro, desde ese entonces, se llama El Chorro de la Vieja Fara.

Contado por Bernardino Moreno (abuelo de Cantalicia, quien murió en 1996, faltando dos meses para cumplir cien años). Gavidia, Mérida, Venezuela.



⁷⁰ Persona que se hechiza o encanta en el páramo y adquiere poderes especiales.

*H*ombre encantao

Venezuela

Hace más o menos setenta y cinco años, la gente caminaba en aquel entonces camino Mucurubá a San Rafael de Catalina por el páramo del Macinero, esto quiere decir, Estado Mérida a Barinas. Era una travesía donde sacaban el café, panela, cacao y yuca, entre otros, para acá los viajeros iban y venían y así sucesivamente.

Había un hombre que vivía en Mucurubá y tenía una querida en La Cruz de Mucurubá. Esta mujer era una señora mayor para él. Un día, salieron los viajeros rumbo a San Rafael de Catalina. Entre ellos iba el muchacho llamado Ezequiel. Antes de salir a la travesía, llamó a la mujer y le dijo que cuando regresara de San Rafael, que lo esperara en el Alto de La Pata. Se fueron e hicieron las diligencias para regresar como a los quince días.

El día en que se vinieron era el día en que la mujer lo esperaba y Ezequiel estaba muy contento porque iba a almorzar en el Alto de La Pata de lo que le traía la mujer.

Cuando llegaron al Alto de Mucunpuntas, se fue adelantando para llegar donde estaba la mujer, dejando a sus compañeros atrás. Cuando llegó al Alto de La Pata, allí estaba la querida esperándolo con la comida. Ella le sirvió el almuerzo y después se puso a descansar. La mujer le dijo que se recostara en las piernas para expurgarle la cabeza. El hombre le hizo caso y de repente se durmió en las piernas de la mujer.

Pero cuál fue su sorpresa que cuando se despertó estaba en la laguna de La Pata, en la isleta que tiene la laguna en el centro, y la mujer no estaba. Por el lao de la laguna pasa el camino. Cuando sus compañeros venían se dieron cuenta de que Ezequiel estaba allí metido. Se pararon y le preguntaron que por qué estaba allí y Ezequiel les contó lo sucedido.

Los hombres empezaron a ver cómo lo podían sacar de la laguna, pero todo era en vano. Añedían cabuyas de las que traían y cuando las tiraban, el borde de la laguna se hacía más allá adentro. Pasaron toda la tarde y no pudieron de ninguna manera sacarlo y cerró la noche. Los hombres, cansados del camino y agotados, buscaron refugiarse en una cueva que hay porái mismo.

Se quedaron esa noche. Como a medianoche hizo un trueno sumamente grande que tembló la cueva: fue cuando el duende de la laguna se tragó a Ezequiel.

Al otro día, no amaneció nada de hombre en la laguna. Se lo había tragado. Por eso, en esa laguna se dice que hay un hombre encantao y eso saldrá para los últimos tiempos del fin del mundo.

**Contado por María Julia Moreno.
Gavidia, Mérida, Venezuela.**



La sábana blanca

Venezuela

Hace muchos años, cuando vivía muy poca gente en el pueblo de Gavidia, contaban los antepasados que en tiempo de Cuaresma no podían salir después de las nueve de la noche, porque cuando se dejaban agarrar la tarde seguro que los espantaban. A veces los perdían los *agüeros* o les salían los muertos o una enorme sábana blanca que cubría todo el valle, a ratos se ponía pequeña y a ratos muy grande. Esto se contaban unos con los otros, pero había un señor que poco creía en estas cosas. Éste se llamaba Tiburcio.

Un día, salió de su casa temprano rumbo a la cantina de Cornelio. En ésta vendían *horchata*⁷¹, *chicha*⁷², *guarapo fuerte*⁷³, entre ellos, *aguardiente gorro'e tuza*⁷⁴. Como a las diez de la noche se fue a su casa que quedaba en La Somadita y, como no creía en los espantos, se fue solo cantandito por el camino. Arriba, de repente escuchó un murmullo que poco entendió. Se paró un poco pero no vio nada y siguió su camino. Otra vez volvió a escuchar.

-¿Qué es esto?– se dijo.

Se paró y miró hacia acá y vio que subía desde la entrada de Gavidia una cosa blanca. Parecía como algo que le llamó la atención y se quedó viendo. Esta sábana blanca cubría todo el valle y hasta el cielo. La noche estaba clara porque era luna llena. Se quedó inmóvil sin saber qué hacer.

⁷¹ Bebida alcohólica (en otras partes, como en el Ecuador, se refiere a una mezcla de hierbas medicinales en infusión).

⁷² Bebida fermentada a base de maíz.

⁷³ Bebida fuerte a base de caña de azúcar.

⁷⁴ Aguardiente artesanal hecho con varias hierbas.



-¡Ahora sí me fregué yo!—se dijo.

-Esto me lleva el diablo... ¿Qué será?

Y se acordaba de lo que sus compañeros le contaban.

-¡Caramba!, es eso que dijeron aquellos carajos. Pero yo pensé que sólo era un cuento de camino. Ahora lo que voy a hacer es silbarla a ver que hace.

La silbó y la sábana blanca se paró y le salió una luz en el centro como una linterna. Ahí si le dio un poco de miedo y se dijo:

-Pero ni para caminar de pa'trás-, porque era pura subida.

Se quedó mirando sin saber qué hacer. De pronto, volvió a escuchar el murmullo que no entendió nada. Se quedó sin sentidos un rato, esperando qué hacer. De pronto, oyó unos pasos detrás de él y la sábana se acercaba más donde él estaba.

Se quedó otra vez inmóvil, pensando que se podía poner a rezar para que esto se acabara. Rezó y se pudo mover otra vez. Como pudo caminó mientras que la sábana blanca se alejaba hacia el centro del valle.

Se fue acabando y el Tiburcio se fue a su casa. Le costó lo que Dios sabe subir. Llegó a la puerta del corral y gritó a su familia para que salieran a buscarlo. Desde ese momento, Tiburcio no volvió a salir más de noche.

**Contado por Rómulo Rancel.
Gavidia, Mérida, Venezuela.**



*Historias de la gente
de altura*



*H*istoria de Cushunga

Perú

Mi territorio cuenta con los siguientes colindantes: Ronquillo, Capullacnia, Cusquisimayo lote 1, Cusquisimayo lote 2, Camucate, Alto Chetilla, con el anexo Majarapampa, Carhuaquero, Chanes.

Cushunga fue una hacienda, el hacendado se llamaba Lorenzo Sausa. Cuando este hacendado asistía todos sembraban en forma común; el hacendado tenía una casa hacienda donde reunía todos sus alimentos y siembra.

Cuando no cumplían con sus obligaciones, el hacendado les hacía embargos, por eso le tenían miedo y respeto: los trabajadores cuando lo veían venir se arrodillaban y se sacaban los sombreros. Luego, por la Reforma Agraria, a este hombre le quitaron sus tierras. Pero algunos hacendados vendieron sus haciendas, por ejemplo Cushunga.

Como conocía las leyes, la vendió por lo menos a veinte personas, así no perdió, los hizo comprar a la mala con golpe. Algunos compraron bien, porque cuentan con escrituras públicas. Lo que es bajo riego, no lo vendía porque pensaba este hacendado recuperar sus lotes. Pero eso no fue posible, entonces quedó para las personas que solicitaron su calificación y solicitaron su título de propiedad. Y la otra parte quedó en Cushunga Alto, en donde trabajamos en forma unida; pero viendo un poco de la mala organización, nos hemos dividido y eso les parece mejor a nuestros moradores.

Por las partes bajas no tenemos que sembrar ocas ni papas porque ni produce, pero en la parte de arriba hay una buena producción.

Antes nos hemos alimentado con nuestros propios alimentos, pero hoy ha cambiado, porque la juventud ya no quiere comer harinas. Antes en la fiestas, en la mingas comíamos la cebada, el trigo y el maíz, pero ahora si ya no hay arroz ya no quieren comer, desprecian las harinitas.

**Contado por Mercedes López Chilon.
Cuenca alta del Cajamarquino, distrito de Cajamarca
(caserío Cushunga), provincia de Cajamarca.
Recopilado por Miguel Ángel Chuquiruna y Edilberto Huamán Torres, Perú.**



Los nombres de los caseríos y los hacendados

Perú

Secsemayo ha sido una sola hacienda; la hacienda ha sido del cura, quien tuvo cuatro hijos a quienes les repartió la hacienda, la repartió en cuatro lotes, el lote 3 es Jamcate y Capulipampa, y nosotros hemos compartido este lote, una parte con Magdalena y otra con Chetilla.

El lote 1, Secsemayo, es la Hacienda en donde hemos trabajado mucho. Llevábamos las cosechas de Jamcate, de Capulipampa y también las de Secsemayo. Anteriormente en Secsemayo había unos terrados de cebada. Nosotros hemos sufrido mucho llevando las cargas de aquí a Cajamarca, para que el hacendado venda sus cosechas; esto era en el mes de marzo cuando la cebada subía de precio.

De ahí, como les digo, lo repartieron en cuatro lotes. El lote Secsemayo 4 es por allá, en la Banda, donde es Chirishilpampa; esa parte es hasta la Retama bien adentro. El lote Secsemayo 3 es por donde es Capulipampa, también choca con la Retama, desde Shirish para adentro. De ahí para atrás de Shirish toda esa zona es lote 2, y el lote 1 es por acá por las ruinas, por donde están los turistas. Pero todo esto ha sido del cura.

Los antiguos le ponen el nombre de Capulipampa, porque había una planta de *capuli*⁷⁵, pero nunca dio fruto; era un gran tronco, por eso le pusieron el nombre de Capulipampa. Pero tumbaron ese capulí para que hagan sus bateas, porque antes usaban la madera. Antes había bastante monte, buenos timones de madera campanilla, naranjilla, *cashaquiro*⁷⁶, aliso y buen *suro*⁷⁷ para hacer nuestras casas, ha habido bejuco para amarrar

⁷⁵ Árbol de la familia de las rosáceas (*Prunus serotina*) que produce madera fina y frutas comestibles deliciosas.

⁷⁶ Arbusto espinoso (*Duranta mutisii*) de la jalca.

⁷⁷ Gramínea del género *Chusquea* que provee de material de construcción y parece un bambú enano.

las varas, ahora estos jóvenes ya no conocen esas cosas; también había bastante *poroporo*⁷⁸.

El nombre de Shilshilpampa lo dio la comunidad de Cumbico, porque en ese sitio había bastante de la plantita denominada *shilshil*⁷⁹. También conozco la bajada de Potrerillo, también Llushcallan y la zona de Upuchiuchanan. Esos nombres los sé porque los hacendados tuvieron un juicio con la comunidad de Cumbico. El hacendado Révolo Quiroz dijo que ese sitio se llamaba Upuchiuchanan. Yo estaba viendo cuando los hacendados leyeron sus testamentos y los cumbicanos no tenían qué leer, pero como entró en Reforma Agraria les quitaron desde el río. Después todo ha sido hacienda: la Hacienda Secsemayo.

De la acequia para adentro había un horno, pero el derrumbe lo ha tapado. Fue hecho por los gentiles, de los antepasados. Los gentiles nunca han muerto, se llenaron en el sitio, ya no sabían dónde sembrar, levantaban las tierras y hasta ahora se encuentran las tierras. Se llenó de gentiles porque no morían. Los gentiles dicen que eran casados a los cincuenta años, ellos han tenido buena vida.

Contado por Catalino García Chugnas.

Caseríos Capulipampa y Shinshilpampa, cuenca alta del Jequetepeque,
distrito de Magdalena, provincia de Cajamarca.

Recopilado por Edilberto Huamán Torres y Miguel Ángel Chuquiruna, Perú.



⁷⁸ Fruto andino de la familia de las pasifloráceas.

⁷⁹ Fruto de una planta tropical que se usa como sonaja.

Ni can, ni pay, ni ñuca

Ecuador

Don Gonzalo Sandoval ya tiene 88 años, casi todos ellos vividos en Zuleta, desde cuando este territorio era una hacienda inmensa hasta estos días, en que la comunidad maneja sus propios páramos. Se acuerda muy bien de muchas cosas que le pasaron o le contaron cuando era niño y joven. Tal vez esto es lo que más le ha impresionado:

Cuando don Gonzalo tenía entre diez y doce años, conocía y conversaba con un señor llamado Inda Machángara, que entonces tendría unos cincuenta y cinco años.

Don Inda le relataba que tenía dos hermanos, con quienes siempre se había llevado muy bien. A pesar de que no estaban libres de problemas y rencillas, jamás se habían enojado por más de una semana o dos.

Hace poco había muerto su padre, ya muy anciano. Esto, aparte de que les causó mucho pesar, hizo también que las buenas relaciones entre los tres *ñaños*⁸⁰ se vieran de repente amenazadas. La razón era algo que había ya pasado muchas veces en la comunidad y en otras regiones: la repartición de la herencia. No hubo en realidad mayor problema con las tierras que les dejó su padre en partes más o menos iguales; aunque su extensión era reducida, eran de buena calidad y no estaban muy lejanas del centro poblado.

Lo que encendió la mecha de lo que pudo terminar con la armonía fue una olla de metal muy valiosa. Era más bien una paila de bronce brillante que había pasado de generación en generación por siglos. No sólo se le consideraba magnífica para preparar ciertos platos típicos de la región,

⁸⁰ Hermano, amigo íntimo (del kichwa y quechua ñaña, hermana).

como los célebres helados de paila con hielo seco, sino que incluso tenía unas misteriosas dotes mágicas.

La cosa empezó a ponerse fea y entonces el menor de los tres, a pesar de su juventud y falta de experiencia, propuso algo que en un principio les sonó a sus hermanos mayores totalmente insensato.

El joven utilizó una frase, mezcla de español y kichwa, que su mamá les había enseñado hace mucho, y para la cual no habían encontrado todavía un uso adecuado: ni can, ni pay, ni ñuca; es decir, “ni vos, ni él, ni yo”.

Tras darse cuenta de que ésta era la ocasión precisa para poner en práctica la enigmática frase mestiza, los tres decidieron llevar el objeto preciado a los páramos de la paccha de Santa Martha.

Los herederos se pararon al filo de esa cascada de doscientos metros de alto, con no poco esfuerzo alzaron la paila (que era de muy buen tamaño) y la arrojaron a ese gran abismo donde los cóndores hacen sus nidos. Los sonidos que producía al darse contra las peñas parecían de ultratumba, hasta que en un momento, todo quedó en silencio...

Los hermanos, entre apesadumbrados y aliviados, y hasta un poco espantados, regresaron rápido al pueblo, porque empezaba a caer la noche.

Don Gonzalo, y las pocas otras gentes que saben de este suceso, dicen que cuando pasan por Santa Martha sienten una cosa extraña... una especie de calorcito en medio del viento paramero, que les hace pensar en esos tres hermanos que se olvidaron de la preciosa paila y prefirieron mantener la armonía en la familia.

**Contado por Gonzalo Sandoval, Comuna de Zuleta.
Recopilado por José Alvear, Comuna de Zuleta, Imbabura,
y Patricio Mena Vásconez, Quito, Ecuador.**

Maticas misteriosas

Venezuela

Yo cuando voy pa'l páramo me llevo un viaje de matas y ese es el café mío. No le temo a los duendes, esos lo acompañan a uno más bien. Ahora por molestarlos, allí sí lo corren. Yo me estoy sólo en el páramo hasta veintidós días, allá donde tengo los animales, al lado del Mastinero, donde llaman El Granate, a unas seis horas de aquí é Gavidia.

Antes págarra el dítamo real dicen que había que ponerse *cotizas*⁸¹ de cuero, otros dicen que no se podía hacer bulla... Muchas cosas dicen. Lo que sí es esencial es que no se puede hacer bulla. Es verdá porque yo lo he agarrao y yo lo he visto. Lo que se conoce por dítamo es una plantita finítica que se parece mucho a la yerba é conejo, sí porque es compañera de la yerba é conejo, pero no es la misma. El dítamo es más huelerosa, es una planta que usté la *trompica*⁸² y le queda la mano huelerosa.

Sólo se encuentra *colando el sol*⁸³ o cuando está *rayando el sol*⁸⁴, allí sí, porque viene el olor. Ella bota el olor cuando trastumba el sol o cuando raya. Allí está al punto. Cuando ya el sol se va entristeciendo, lo que llaman el *sol de los venados*⁸⁵, que el sol está rojito, o cuando está saliendo. Es una planta delicada, cuando uno la va a coger no puede cargar perro, ni andar con gente, ni nada que pueda estorbarle. Mejor dicho usted va *aguaitando*⁸⁶ y no la ve, sólo cuando le quede la mano huelerosa, esa es.

⁸¹ Alpargata de cuero que usaban tradicionalmente los parameros.

⁸² Tropezar con algo.

⁸³ Atardeciendo.

⁸⁴ Amaneciendo.

⁸⁵ Fenómeno luminoso de extraordinaria belleza que suele ocurrir algunas tardes de verano cuando el sol se está ocultando y se iluminan de una luz rojiza sectores de la cordillera andina.

⁸⁶ Mirar, hacer guardia.

Yo siempre en las mañanas, cuando iba a Mucuchíes, que me aclaraba el día pallá, siempre la jolía, y miraba pero no la jayaba. Como el sol raya en la cañada, una mañanita que iba yo pasando por la cañada, me llegó el olor y me puse a aguaitar la matica, hasta que la toqué, muy huelerosa y la agarré. Esa se la regalé yo a una muchachita que estaba enferma en Mérida, estaba mala del corazón. Y se sanó, se sanó del corazón.

Esa es la mata más medecinal que hay en el mundo, sirve pa todas las enfermedades, es la más apropiada para la medicina, pero muy difícil pa agarrar, porque es única. La gente la busca amarilla, por eso naide la agarrar, porque ella es verdecita, verdecita retinta, una pajita delgaditica ella, parecida a la yerba e conejo. Sirve pa todo idígame pa las heridas! Usté se aporrea y bebe dítamo y eso es rapidito que se sana.

El cincel es otra matica misteriosa, esa tiene sus horas. El cincel sí se consigue, pero tiene sus horas de salir. Igual que el dítamo tiene que ser en la mañanítica o en la tardecita. El cincel cuando no es su hora de abrir, ese se esconde, no lo consigue nadie, se arrepolla y se esconde detrás de las maticas. Es una palmita que asiste en los barritos. Sale en los pantanitos, siempre asiste allí, pero se esconde. Sirve para aumentar la sangre, para organizar la sangre. Dicen también que cura el asma y varias enfermedades. Es una matica que se engarraña y uno no la ve.

La nieblina es chiquitica, asiste donde está lo más frío, es blanquita. Por ahí por donde están las dos quebradas, por allí están las maticas.

Hay muchas plantas medicinales en los páramos: la reinosa, la salvia, la chicoria, el cuero e venao, el huesito e páramo.

Bonito fuera retratarlas, allí donde ellas están, va usté en una bestia tranquilamente y las retrata pa que la gente sepa cómo son ellas.

Contado por Lino Sulabarán, Las Piñuelas.
Recopilado por Henriette Arreaza, Mérida, Venezuela.

L *La Reforma Agraria en la jalca* Perú

Nosotros hemos sido gente de hacienda, siempre sirviendo a la hacienda. Los hacendados nos pedían que llevemos leña, paja, *tuyos*⁸⁷ y *chamisa*⁸⁸ mensualmente.

Entro en esa época de presidente Juan Velasco Alvarado; él trajo la Reforma Agraria, en el año 1950. Entonces estos hacendados nos vendieron la hacienda, pero los campesinos no teníamos plata, porque éramos esclavos de la hacienda; el hacendado nos hacía sembrar su cebada, trabajábamos de ocho de la mañana a cinco de la tarde, tomábamos nuestro carro a las cinco de la mañana.

Entonces, cuando entró la Reforma Agraria, mi familia decidió comprar, pero los hacendados nos engañaron: le pagamos 22.000,00 *soles*⁸⁹, y luego nos enteramos que estaba en Reforma Agraria. Pagamos el mismo terreno hipotecándolo, todo pensando que podíamos ser los dueños. Después de eso hemos tenido que pagar la deuda agraria, una hectárea de terreno costaba lo que es ahora sesenta céntimos. Tuvimos que reunir nuestra plata y pagar la Reforma Agraria.

⁸⁷ Planta bromeliácea, usualmente del género *Tillandsia* que crece en los árboles y sobre piedras. Tiene forma de roseta con las hojas hacia arriba y en su base acumula agua (en el Ecuador se le llama "huicundo").

⁸⁸ Restos vegetales secos para quemar; ramas caídas y cortadas de arbustos que se utilizan para hacer fuego en las cocinas de leña.

⁸⁹ Moneda del Perú hasta hace algunos años.



Si no hubiera sido Juan Velasco, seguiríamos siendo esclavos. Como propietarios cada uno ha cogido su terreno. Todos hemos pagado la reforma. El hacendado nos hizo un engaño, dijeron que nos vendían en el 50 y eso no era así, ellos nos estaban vendiendo en el 60, ellos retrasaron la fecha porque en el 60 la Reforma Agraria estaba con fuerza, por sacarnos la plata. Lo que pasó es que nadie creía en la Reforma Agraria.

Contado por Catalino García Chugnas.
Cuenca alta del Jequetepeque, distrito de Magdalena,
Chetilla y Cajamarca, provincia de Cajamarca.

Recopilado por Edilberto Huamán Torres y Miguel Ángel Chuquiruna, Perú.

Mana Chona

Venezuela

En el páramo de Los Arangures vivía una señora que llevaba por nombre Encarnación Castillo. Era una mujer muy hermosa y fuerte para el trabajo. Se casó con José del Carmen Dugarte, pero no tuvo ningún hijo. José del Carmen no le duró mucho tiempo, le dio una enfermedad y se murió.

Quedando sola en ese páramo, sólo la acompañaban las vacas, gallinas, perros que ella criaba. La gente que la visitaba le decía “Mana Chona”. Les daba posada a los viajeros que salían a San Juan Bautista, en el Estado Barinas, y los que salían a Gavidía y a Mérida pasaban una noche ahí en su casa. Ella les atendía muy bien. Le gustaba que llegaran porque la acompañaban mucho. Les echaba cuentos y así pasaban la noche en el fogón.

Era una viejita muy bonita. Tenía en su casa mucha comida. Salía a buscar leña y a ver las vacas. El fogón era de *tuyuyúes*⁹⁰. Dormía junto con las gallinas.

Así vivió Mana Chona hasta que envejeció y se fue poniendo agachadita, pero muy fuerte; todavía caminaba, ordeñaba, buscaba las vacas en el páramo, buscaba la leña y hablaba sola con las gallinas y a sus vacas las conocía como si fueran gente.

Pasó el tiempo y Mana Chona todavía vivía agachadita, que casi pegaba la nariz con las rodillas. Era una viejita científica: conocía todas las estaciones del año y todos los pasos lunares. Nunca le faltaba comida de tierra caliente. Parecía que Mana Chona era una viejita agüera. Salía en busca de la comida y luego regresaba con un poco de yuca, cambures, plátanos.

⁹⁰ Base de piedras que se coloca en el fogón o se usa como fogón.

También conseguía trigo y maíz y regalaba todo esto a los viajeros. Hacían cambio los viajeros: le llevaban de lo que ellos comían y luego ella les daba lo que ella tenía y nunca le faltaba guarapo de canela para los viajeros que llegaban empapados y cansados por el viaje. Siempre tenía el guarapo arriado en el fogón en una *múcura*⁹¹ de barro. Luego empezaba con sus chistes y la risa era mucha, como un relajante para el cansancio, que desaparecía de inmediato.

Años después llegó a vivir junto a ella una pareja que estuvo un tiempo hasta que Mana Chona se enfermó y luego murió a la edad de ciento quince años. Esta pareja la acompañó desde los ciento diez años. Era la Familia Castillo Torres.

Contado por Cantalicia Torres de Torres.
Gavidia, Mérida, Venezuela.



⁹¹ Vasija de barro.

Las médicas tradicionales y la Yamata Colombia

Cuando yo era niño, por allá en 1957, llegó al resguardo de Chiles la enfermedad de la chanda que afectó a las escuelas. Tonces las médicas tradicionales de Cumbal, Panan, Nazate, Chiles y Mayasquer se reunieron pa'curar a los escueleros.

Ellas eran Dominga Puenayán, Dolores Tupe, Mercedes Ipial, Emperatriz Malte, Espíritu Malte, Aurora Bravo, Lucila Ortega, Ermelinda Malte, Vertilde Guerrero y Efigenia Tatamuez, de Tufiño. Estas mujeres se reunieron a pensar cómo curamos, porque estábamos quedando a la cuenta sin pelo.

En minga ellas recogieron las flores amarillas de la *yamata*⁹² que crecía en los potreros verdes de las haciendas, hicieron pomadas, las pusieron en puros y pomos y ahí si nos cortaron el pelo y nos embarraron la cabeza con la pomada, como pintar un calabazo con pintura, hasta quedar amarillos la cabecita.

P'atender a la escuela nos cubrieron la cabeza con un ropón de tela pa'que no nos diera el sol, la pomada era ardiente y muy amarga; que'eso a los tres días propiamente nos secó, nos quitó las comezones y retoñó el pelo rapidito.

Así las mujeres tradicionales curaron a su gente y vencieron la chanda, nos dejaron la enseñanza de aprender de la naturaleza para curar a nuestra gente con plantas medicinales de nuestro páramo.

Contado por Bolívar Chiles, Médico tradicional Pasto.
Páramo de Chiles, Nariño, Colombia.

⁹² Posiblemente *Bidens humilis*, un planta compuesta muy común en los Andes, con inflorescencias amarillas y múltiples usos medicinales.

¿Cómo es la historia mía? Es un poco, bastante larga

Colombia

Mi papá

En 1934, mi papá, que era de Socorro, Santander, y trabajaba en las carreteras, tal vez por conocimiento de la gente de Tunja y de, en ese tiempo, el Banco Agrícola Colombiano, miró para estos lados, porque era trabajador en la construcción de la carretera Tunja – Casanare, todo parte de Santander que era un solo distrito: distrito número 4.

Por allá en Labranzagrande conoció a mi mamá en una posada por donde pasaba la carretera. La familia de ella era dueña del Páramo de Toquilla. Porque era una finca grande tenían desde cebaderos en el llano hasta cultivo de *rubas*⁹³ en el páramo, y por la finca de ellos pasaba el camino que era el que él estaba ayudando a construir; entonces allí se conocieron ellos.

Luego vino, en 1948, la violencia y les tocó entregar la tierra, porque por ahí pasaban todos: los *chulavitas*⁹⁴, el ejército y a todos tocaba darles, hasta que resultaron siendo informantes de todos, ayudantes de todos y les tocó salir corriendo.

Entonces se metieron para el páramo y cuando ellos llegaron, en ese tiempo, esto era baldío, estaba solo, no había sino una sola casa y la vereda de Ventaquemada no existía. Era El Guacal de Samacá, de un solo municipio; era todo el páramo, era uno solo.

⁹³ Tubérculo andino.

⁹⁴ Grupos armados irregulares del partido político conservador, conformados a mediados del siglo XX.

Y se establecieron ahí en un rancho de paja donde vivieron por doce años, que es donde vivo yo ahora. Se pusieron a criar ovejas y mi mamá se quedó ahí sola y él se iba a su oficio de construir carreteras. Ya en el 48, con la muerte de Gaitán, le tocó abandonar el cargo por cuestiones de política y se vino de lleno a la finca.

El Banco Agrario les escrituró parte de eso y otro poco le compraron al señor Melo y otro poco al señor Manuel González, pero eso era puro *charrasco*⁹⁵, ahí no había nada, ni una mata, me contaba mi papá; ya lo que era el monte lo habían tumbado; los señores españoles habían propiciado su tumbada cuando llegaron a Tunja, pues tenían cuarenta y seis hornos para poderse calentar las patas y pagaban a cada indio a cincuenta centavos la carga de leña.

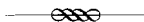
Y realmente el depredador tenía algo de conciencia, pues ellos fueron los primeros en establecer la ley de cien azotes para el indio que sacara leña o tumbase una mata de una cercanía a Tunja y cincuenta para el blanco. Cosa difícil de controlar porque ¿cómo sabían ellos de dónde era la leña?; bueno, primero empezó por los alrededores de Tunja y luego se fue más lejos y acabaron con el bosque. Sí, quedaron reductos de bosque, la finca tenía reductos de bosque, pero era muy poco, la pura cuchilla. Lo plano eran unos humedales enormes, había una parte, como a doscientos metros de la finca, en donde se enterraba uno en el *charrasco*, prácticamente hasta la cintura entre el pantano. En esa época el único árbol que le vendían a uno en el *INDERENA*⁹⁶ era el eucalipto, no vendían sino eucaliptos y pinos y esos fueron los árboles que sembramos nosotros.

Ese era el oficio mío, yo desde que me acuerdo y que tengo uso de razón, yo me desperté sembrando matas. Necesitábamos proteger la casa del viento y mantener leña para cocinar, pensar en las cercas, en construir la casa. Mi papá era un hombre muy inteligente. Que no eran las matas apropiadas, pero uno no sabía y como eran las que vendía el gobierno... Hoy ya me he dado cuenta que los pinos y eucaliptos secan el agua, esa agua en que nos enterrábamos los dos ahí saliendo de la casa hoy son

⁹⁵ Matorral.

⁹⁶ Instituto Nacional de Recursos Naturales de Colombia (no existe desde 1993 y sus funciones han sido tomadas por las Corporaciones Regionales).

potreros y pastizales. Mi mamá fue la primera que compró vacas y fueron también los primeros papicultores de esta región. Él sembró bastante papa, traía variedades. Yo me acuerdo una papa argentina roja grande. Y llenaba un ferrocarril pa' echar pa' Tunja. Pero como la papa jamás ha valido para el campesino, a uno que otro le da ganancia, pero...



El tractor

En ese tiempo se sembraba con bueyes, se araba con bueyes y luego, el primer tractor que llegó a la región fue el de mi papá. De ahí que yo diga que yo inconscientemente, fui uno de los primeros depredadores del páramo. Porque nosotros echábamos el tractor por entre los *encenillos*⁹⁷, por entre los frailejonales, entre los cardonales... sólo lo dejábamos, porque el tractor de oruga no necesitaba conductor; sólo lo dejábamos y lo esperábamos al otro lado del potrero. Si salió o si se enterró, era problema de él, además andaba despacitico.

La primera pasada hacía caminos, la segunda ya pasaba y araba. Lo importante es que saliera la máquina al otro lado y tumbar ese charrasco que no servía para nada, decía la gente... ¿pero uno cómo sabía? Tumar los *chites*⁹⁸, esos matonones de chites que había de dos, dos con cincuenta de alto, las matas de paja, unos matonones de paja enormes de tres, cuatro metros de diámetro, dos, tres metros de alto, y frailejones de todos los tamaños y cardones y todas las maticas propias de páramo.

Y con mi papá haga vallados y haga vallados para poder desecar. Para poder en el futuro tener una vaca, sacar leche y vivir de ahí, ese era el cometido, cambiarle el sistema al suelo para lo cual fue creado, porque como no había Planificación Nacional ni nada, nadie le dijo nada al campesino. Entonces era la ley de la supervivencia: tumbé y mire a ver qué le produce dinero, y lo único era que eso produjera pasto para que la vaquita comiera y encima de eso, o junto a eso, sembrar las papas.

⁹⁷ Árbol pequeño, posiblemente del género *Weinmannia*.

⁹⁸ Árbol que se encuentra en bosque alto andino.

Entonces se fue atropellando el páramo y hoy, a dos mil novecientos metros, donde está situada la finca, dos mil novecientos cuarenta y tres mil metros, ya son todos pastizales, eso ya se acabó.



El agua

Sin embargo hay una cosa, hace unos doce años hicimos una tumbada. Cuando nos dimos cuenta que los pinos no servían hicimos una tumbada, y donde se tumbaron los pinos, si se va a ver hoy, ya hay planta nativa; al pie de ese tronco de pino que quedó ha nacido *ruque*⁹⁹, ha nacido *raque*¹⁰⁰, ha nacido chite, matas propias de pantano y ya se ha aumentado el agua.

Nosotros no tenemos acueducto, llevamos el agua del monte, y cometimos el error de sembrar eucaliptos y acacias ahí. Hace unos diez años tumbamos y el agua aumentó; en estos días yo estoy tumbando las acacias para aumentar más el agua porque realmente sí las acacias y los eucaliptos secan. Eso se ve: las quebradas, las tomas, habíamos hecho unas tomas a unos 1.800 metros por frente de la casa, por el lado de la vereda El Chital. Hoy no baja una gota de agua, ni en invierno ni en verano, acabamos con la cabecera de la quebrada. La gente de ahí para arriba acabó con la cabecera de la quebrada, todo el mundo se fue metiendo más cerquita a la quebrada, más cerquita al lecho de la quebrada, más cerquita al pantano. Hoy ya llueve y hay una creciente y baja una cascada y a las dos horas ya se seca.

Los animales

Los obreros prácticamente vivían de la caza, ellos sí cazaban. La ocupación de todo campesino, luego de que salía de trabajar era ir a coger las

⁹⁹ Árbol presente en el bosque alto andino, muy común en las zonas circundantes al páramo de Rabanal, en la región central de Colombia (*Viburnum triphyllum*).

¹⁰⁰ Árbol presente en el bosque alto andino, muy común en las zonas circundantes al páramo de Rabanal en la región central de Colombia (*Vallea stipularis*). También es común en los bosques altoandinos del Ecuador.

trampas que tenían en el monte, trampa para coger armadillo, trampa para coger los *guachos*¹⁰¹, los *cusumbos*¹⁰², escopeta para matar los pajaritos... Inclusive había gente que hacían unos armajes -se llamaban-, ponían una trampa con un hilo amarrado al guardamonte de la escopeta y al disparador y cuando pasaba el animal el mismo se pegaba el tiro. El campesino es muy inteligente. Los pájaros y los animales se cazaban para comer y luego lo convirtieron en deporte, por el derecho de afinar la puntería. Pero quién dijo que eso era mal hecho... Nadie, honorablemente. Nosotros, ignorantes, seguimos como el agua en el río, río abajo.

Más animales había: venado, tigrillo... hace poquito yo vi tres tigrillos bonitos los animalitos, tendría cada uno unos siete kilos y la gente los persiguió hasta que los mataron; estaban en el monte de la casa, en la parte alta de la cordillera. Y *tinajos*¹⁰³, mucho armadillo, armadillos grandes. Ahora último, con el asunto de los pesticidas de la papa, envenenaron, yo conté seis armadillos en un solo potrero... ¡Cómo habría de animales!

Eso hace como seis años. Envenenaron la papa, salieron los armadillos a comer por la noche las *chizas*¹⁰⁴ y todo estaba envenenado, pues murieron también... Daba tristeza ver a esos animales.



La papa

Mi papá alcanzaba a llenar un ferrocarril con papas, en ese tiempo era mucho lo que se daba. Dos cosechas por año. De resto vivía uno siempre entre el agua, era mucho lo que nevaba.

¹⁰¹ Mamífero de páramo también conocido como cusumbo en Colombia (*Nasua socialis*).

¹⁰² Mamífero carnívoro y de la familia de los prociónidos (*Potos flavus*), de hábitos nocturnos y con una cola larga y prensil. En el Ecuador se le conoce también como tutamono, mezcla de mono y tuta, que en kichwa es "noche".

¹⁰³ Mamífero roedor también conocido en Colombia como lapa o como guanta en Ecuador (*Agouti paca*).

¹⁰⁴ Gusano que se considera plaga en el cultivo de la papa.

Muy buena daba la papa, pero el precio tampoco ayudaba. En eso él perdió una fortuna y entonces se dedicó a las vacas de leche, no muy buenas, pero sí tuvo animales y eso nos permitió seguir subsistiendo en el páramo. En esa época se manejaban dos papas nativas: la criolla, amarilla, y una roja que la llamaban “las maravillas”, una papa redonda grandota roja. O los pepinos que habían rojos y amarillos.

“Las maravillas” era una papa roja grande parecida a la criolla, rica, pura harina. Eso se perdió. Se sembraban también muchos nabos, muchas *rubas*; los nabos y las rubas la gente los sembraba para irse metiendo al monte, ir atropellando lo poquito que quedaba, el *charrasquillo*¹⁰⁵ que quedaba; alrededor de las matas les sembraban rubas.

Así acabaron con las áreas protectoras del encenillo que necesita una simbiosis para vivir: en redondo de la mata tiene que haber matas de zarza, chite, musgos, líquenes, cantidad de frailejones... Cantidad de cosas había alrededor de un encenillo.

Ese encenillo vive pero con ese hábitat, con ese sistema biológico que tiene en redondo de él, al quitarle eso, al arrimarse mucho a la mata, se muere, por lo cual la mayoría de los encenillos se murieron. Igualmente había bosque de encenillos y eso poco a poco el obrero se fue arrimando -no sólo en la tierra de él- y eso hizo que se fuera acabando.

Igualmente a la par se fue acabando el raque, se fue acabando el ruque, los *mortiños*¹⁰⁶, los arrayanes... Eso ya es una cosa de lujo. Hay una mata que es el distintivo de la vereda que se llama el *gaque grande*¹⁰⁷, parecido al caucho pero más bajito y de palo durísimo y es una mata que se conserva, todavía se da, pero siempre y cuando no se haya tocado el monte.



¹⁰⁵ Matorral.

¹⁰⁶ Arbusto del páramo de la familia de las ericáceas (algunas especies del género *Vaccinium*) que produce un fruto negro muy apreciado para hacer mermeladas y coladas. En el Ecuador es un ingrediente básico de la tradicional “colada morada”.

¹⁰⁷ Árbol presente en el bosque alto andino, muy común en las zonas circundantes al páramo de Rabanal, en la región central de Colombia (*Clusia multiflora*).

El páramo



Mi papá se ubicó aquí en páramo porque la zona de trabajo de él era Susa. La zona de carretera, su cuarto distrito era de sede Tunja. Y ahí él se relacionó con el gerente del Banco Agrario, o con Luis Martín Herrera, otro santandereano, y otro señor, Julio Posada, también santandereano, que vino a comprar por este lado. Y esos eran nuestros vecinos.

Aureliano Rueda, que compró más abajo, no compró puro páramo, por debajo de los 2.900 metros. Yo me acuerdo mucho, hace unos quince o veinte años don Aureliano Rueda vendió y se fue; él me ofreció a mí para que le comprara, yo no tenía cómo. Entonces vendió por otro lado y se fue. Y lo mismo hizo Julio Posada, que comenzó vendiendo como a treinta pesos fanegada, las últimas las vendió a mil, y vendió, y acabó con la tierra y se fue para allá para Santander. Hoy ya queda el hijo, pero de resto que haya llegado más gente a esa región, no.

Ahí quedó su rinconcito y ahí tenía su grupo de obreros que le trabajaban allá y como cosa rara y sardónica en esta vida, y donde aplica un dicho popular, “perro no come perro”, él se metió en un rinconcito que lo llamaron “el rincón de los dañados” porque él era liberal y algunos obreros que le trabajaban a él también eran liberales.

Entonces se metió en una tierra de conservadores cerrados a la banda, es decir, no sólo por la situación política, sino de verdad conservadores en sus ideas y en su manera de ser, gente que no y que no cambia, entonces cerrados a la banda. Ahí se metió y hubo un alcalde Gregorio Rugeles que lo salvó en la época de la violencia, cuando los curas les bendecían a los chulavitas las armas.

Dizque una vez el cura reunió a los hombres para subir a matar a Luis Eduardo Moreno porque era un dañado, era un liberal y había que ir a matarlo. Y el alcalde Gregorio Rugeles lo salvó. Que se paró en el pueblo con su caballo y dijo:

-Padre, si usted da un paso pa’elante lo mato; así sea cura lo mato. Si no lo meto a la cárcel lo mato, pero aquí no va usted a hacerle nada a ese hombre. Déjemelo quietito.

Eso lo salvó esa vez, o si no, no estaría yo contando este cuento. Sí, porque como todo en la vida, la política sirve para cambiar la mentalidad de la gente y para moldearla con un fin, así no sea el mejor. Que lo enseñan a uno a pensar: que el alcalde manda aun cuando mande mal. Y todavía se hace esa conciencia. Y eso tiene que cambiar.

Don Eduardo

Bueno, de ahí todo el transcurso de la vida, las duras y las maduras. Se estudió, algo se hizo... Por la distancia no alcancé a sacar mi cartón. Estudié ingeniería civil por escuelas internacionales a distancia, pero luego ya el señor Ministro de Educación, que era conservador, no me quiso aprobar mi estudio, entonces tampoco terminé clases.

Yo en colegio no estudié, sino ahí me enseñaron mis hermanas y entré y presenté exámenes en Boyacá; de una vez entré a primero. Ahí duré dos meses, mis compañeros me sacaron corriendo porque yo no estaba acostumbrado a la vida del colegio y los compañeritos no son ni han sido buenos nunca.

De ahí me fui a templar al llano. En Casanare estudié primero de bachillerato y vine a terminar aquí segundo y ahí parao. Porque era lejos y éramos diez hermanos y ya no había dinero para estudiar todos juntos. Mis hermanos estudiaban en Tunja, en Chocontá, internos. Sin embargo sí, mi papa alcanzó a hacer una abogada, hay un ingeniero de sistemas, hay un veterinario, y los otros quedamos ahí a la mitad del camino.

Y bueno, siendo yo uno de los primeros que empezó a destruir el páramo con el tractor, tractor oruga modelo 40, recapacité y fui consciente de que eso era un paraíso; uno caminaba dos, tres, cuatro horas por puro pantano. Inclusive cuando ya estaba poblado, cuando la gente entró a vivir, cuando vinieron unas veinte o treinta familias, a dos horas a tres horas de la casa, yo iba por allá a servirles de veterinario -oficio aprendido empíricamente en la casa-. Entonces caminaba una, dos horas y media por entre un frailejónal y llegaba con las piernas llenas de sangre de las espinas del cardón que pasaban el pantalón. Hoy no hay ni un cardón para remedio. Nada, todo eso lo acabó el campesino...

Y yo empecé mi defensa al medio ambiente, a bregar, a intentar concienciar al vecino de no destruir, que no se debía dañar todo, que no se dañara la punta de la quebrada, que no se debía dañar el monte, que no debíamos atropellarlo.

Con mi papá cercamos el monte, el poquito monte que quedaba arriba de la cordillera lo cercamos y hoy en día es una reliquia, está lleno de musgo, de *capote*¹⁰⁸. Y mi papa tenía una mentalidad muy conservacionista y él puso una cerca. Inclusive el monte pasó la cerca y se metió al potrero; ya hoy la cerca se ha corrido cuatro, cinco metros... al menos de los que me quedan a mí, de lo que yo compré, se conserva así, lo que el monte se cobró. Sin embargo, como los demás pedazos se repartieron, ahí si entró el campesino a tumbar y volverse a meter al monte nuevamente. El que fue comprando fue tumbando y atropellando al monte.

A partir del Congreso de Páramo (Paipa, 2002), esto es lo que se ha hecho. Yo soy promotor comunitario y a partir de todo eso, pues yo saqué un resumen para una ley y la socialicé en Planeación Nacional y ahí dice qué sería lo básico para cuidar los páramos y para cuidar el agua, porque hemos atropellado el medio ambiente, como yo lo dije, por falta de conocimiento, por falta de cultura.

Entonces, ¿qué necesitamos? Educación, que nos formen como realmente ciudadanos. ¿Por qué quitaron la cívica, la urbanidad? Lo que hay que cambiar aquí es la educación, la manera de convivir con el medio ambiente. Porque de lo contrario, no cuidamos nada, con leyes no se cuida nada.

Ahí tenemos las leyes de Corpochivor, Corpoboyacá, la Car. Pero ¿para qué? si no se pueden cumplir. Mientras yo tenga sed, mientras yo tenga hambre y necesite pastar mi vaca, pues yo la meto al pantano. Pero si el gobierno algún día le paga a ese campesino el dinero que le produce eso en leche o en papa o en explotar una mina... Que si la vaca le dio un millón de pesos el gobierno le dé cinco para elevar su nivel de vida y con eso educar a los suyos, vivir bien, arreglar la casa... Así si se desincentiva la siembra de papa.

Porque eso de no agredir el medio ambiente no da dinero; hay gente, campesinos, que empezaron y que no tenían nada.



¹⁰⁸ Capa vegetal muy húmeda.

La vida del páramo

La vida en el páramo es dura. Hace cincuenta años era más dura por el frío que hacía, por la nevada, por la lluvia de todos los días, por la inclemencia del tiempo era duro vivir.

Pero realmente sí, creo que hoy día el cambio del mundo, el avance: ya vinieron alpargates, luego zapatos, luego las botas, ahora llegó hasta el celular, ya uno camina, ya el páramo es más vivible, pero de todas formas no es sostenible.

El páramo no produce lo suficiente para vivir. En el páramo hace dinero el que viene de afuera a depredarlo, a acabar con todo, pero si yo lo miro con buenos ojos, no hago nada. El páramo no es sostenible porque es una tierra estéril; vivir como en el bosque no se puede, no es cierto que uno pueda vivir en un páramo dignamente.

Si vive el campesino pobre, que no compra jabón, o bien por pereza o bien por falta de plata, no se baña uno. Será porque el mugre le da calor; pero bueno, es más o menos la idiosincrasia del campesino, del paramero.

Qué ganan los programas de desnutrición con decirle al campesino “dele a su niño fruta”, dele esto, dele aquello si no hay cómo; si no tengo con qué comprar, si no tengo con qué ir al pueblo. Este es uno de los pecados de la mal llamada democracia. Dígale todo lo que quiera pero mientras el pueblo no tenga...

**Contado por Eduardo Moreno.
Páramo de Rabanal, Ventaquemada, Boyacá, Colombia.**



Origen del nombre *de la Comunidad del Salado* Ecuador

Bueno, yo lo que le puedo dar en breves rasgos es lo que me han contado los antepasados. El nombre porque le pusieron a esta comunidad “El Salado”, me contaban los antiguos moradores, es que en esta parte no había habitantes, había sólo tres familias que vivían en este barrio y ahora son una cantidad alta de familias que viven.

Llamaban el Salado a esta parte alta ac’arriba. Ahorita llaman El Salado donde es ahorita el puente internacional. Antes era una cascada allí, habían unos pozos, unas fuentes de agua salada, bien salada.

Como antes era abierto todo eso, tanto el ganado de acá del Ecuador como del Perú, tonces bajaban los animales ahí al puente que ahorita es y de acá lo mismo. Por eso dician los antiguos moradores que si alguna res querían buscar, para cogerla la esperaban ahí, en los bebederos, porque allí se reunía el ganado de todas partes porque era el agua salada.

Había unas vertientes a este lado de acá de Ecuador y también del lado de allá; ahora por las carreteras que hicieron tanto de Perú como de Ecuador, pues han desaparecido; pero sí hay, sí hay todavía vertientes, sino que no las protegemos, no damos valor a eso y sería de protegerlas, las que hay todavía.

Eso es en cuanto a lo que me contaron que le pusieron el nombre aquí: El Salado y se lleva hasta ahora.

Contado por Manuel Arturo Camizán Cruz (1952).
El Salado, Ecuador.

Molino dráulico

Ecuador

A usted le contaría también de los *molinos draúlicos*¹⁰⁹ y eso es una creatividad de los bisabuelos. Toavía y mucho más antes, molino dráulico, que esto no lleva especies de fierros, cemento y cosa por el estilo, que hay ahora por más cómodo para hacerlo.

Mi abuelita, que se llamó Domitila Girón, ella conocía que aquí en El Salado habían cuatro molinos. Así como tener uno su máquina o herramienta de trabajo.

Ya los habían, cuatro molinos y en la actualidad funciona uno, ¡uno! Pero ya no funciona porque ya los dueños fallecieron, los hijos unos están en España y otros en Loja otros en Lago Agrio; dejan encargado acá y el encargado ya no quiere trabajar con esa máquina: molino dráulico.

El molino dráulico pues, que ha habido aquí, es de piedra, de madera y nada más. Sí, sólo un puntal lleva de fierro; eso, de madera y piedra, dos piedras *batanes*¹¹⁰ una sobre otra, y a fuerza del agua hacen mover la piedra de encima y va triturando el grano... Cualquier clase de grano.

Eso queda aquí del puente internacional más arribita, ¿ya? Y esos molinos, tienen unas herramientitas pa'iles sacando... ¿Cómo llaman? Este... un graderío, como llamamos los campesinos, que muele para que vaya triturando el grano, y esto es a fuerza d'agua del mismo río de aquí que divide el Perú y Ecuador.

¹⁰⁹ Molino hidráulico; es decir, aquel cuyos elementos de moler se mueven por el paso del agua.

¹¹⁰ Máquina hidráulica consistente de piedras y mazos de madera usada para desengrasar o enfurtir los paños.



De ahí sacan una tomita, un canal viene acá y hace una chorrera y baja a la fuerza de una rueda que tiene como a manera de estribos. Así... una de madera. Y hacen pozos a esa madera, a ese palo que va en redondo lo van uniendo con clavos amarrados justos y va cayendo a esos pozos y la hace girar a la rueda de madera y encima va dando vuelta la piedra, y eso lo hacían los mismos moradores.

Digamos este de aquí, de la comunidad, pues habían hecho estos molinos ellos, sin traer maestro de otros lugares. Es ya, que se yo, una creatividad de estos antepasados. Sí, sí, eso ya es creatividad natal.

Y dígame estos molinos van desapareciendo, sólo uno tenemos y ya, ¿ya? Lo van dejar y esto es un valor que lo estamos perdiendo, porque mucha gente sí viene por acá, nos visitan aquí a la organización justo, y dicen:

-Es que hay molino. Sí queremos conocerlo.

-Bueno vamos.

Yo he llevado algunas a conocerlo. Se toman fotografías porque es algo muy antiguo que no es como las máquinas que hay actualizadas. Eso lo que conozco, me han dicho y me han contado.

Contado por Mercedes Berrú Jiménez de Merino (1930).
Jimbura, Ecuador.



Chon Fósforo

Venezuela

Chon Fósforo era de Gavidia y vivía en La Arenosa; su verdadero nombre era Asunción Hernández. Era un hombre alto, no tan cuadrado, de buena presencia, de la descendencia antigua, bien formado pero muy mentiroso; aunque muchas cosas eran realidad y otras son cosas que se les acumulan.

De trato era una persona espiritual, con él no había tristeza. Donde estaba él había alegría porque tenía miles de historias. Vivió siempre en el páramo, la vida se la pasó metido en esos páramos, siempre en lugares solitarios.

Primero vivió allá en La Arenosa. Labraba arados y yugos, cabos de hacha, de escardilla, de piqueta, teleras, cuñas, bija... todas las partes de un arado. Buscaba la madera en el páramo.

De La Arenosa se fue a vivir allá a La Escalera, allá están todavía los cimientos de la casa donde él vivía. Vivió donde llaman el Morro Alto, vivió donde llaman San Martín, siempre en el páramo. A última hora fue que se salió pa'Gavidia, no sé cómo porque toda la familia de él fue allá.

Tuvo cuatro hijos. Y contaba que él tenía una gata que cuando sacaba pescados del río o de la laguna, se los ponía en la boca y se los llevaba pa'su casa. Son chistes que se le atribuían; lo cierto es que el que tiene historias siempre se hace recordar, por eso nosotros siempre lo recordamos.

Contado por Santiago Parra y Carlos Eduardo Dávila.
El Mixteque, Municipio Rangel, Mérida.
Recopilado por Henriette Arreaza, Venezuela.

Bruno Gavidia y la Piedra del Hombre

Colombia



El primer habitante de nuestra comunidad se llamó Simón Bruno Gavidia. No se supo de dónde vino, si era español o era indio. Lo que sí se sabe es que llegó y se instaló aquí, en este valle, a criar vacas y bestias. En aquel tiempo, este era un valle que tenía monte alto donde asistía el oso, el león, el venado, la *lapa*¹¹¹ y la *locha*¹¹².

¹¹¹ Roedor andino.

¹¹² Venado pequeño de color rojizo, posiblemente *Mazama americana*.

Este hombre se puso a vivir en el sitio denominado Gavidia. Hizo una casa al lado de la quebrada de La Pata, donde ahora se llama la Casa del Horno. Vivió mucho tiempo y tenía como potrero todo el valle, lo que es Las Piñuelas y Micarache. Era un viejo rústico. Parecía que era un agüero: conversaba con las piedras, tenía contacto con ellas, con la Piedra del Hombre, que está situada en la Loma del Hombre. Todavía existe ese sitio. Gavidia hablaba con esa piedra y le comunicaba todo. Le decía que le cuidara el ganao y la piedra lo hacía. La piedra hablaba con Gavidia.

Una vez que Gavidia se tardó unos días para ir a paramiar, la piedra le avisó que en la quebrada de Mucupiche se le había caído un becerro, que fuera rápido porque se le iba a morir, y Gavidia fue y salvó al becerro. Gavidia le hacía ofrendas a la piedra cada vez que paría una vaca: la primera *cuajada*¹¹³, la primera leche, el primer queso, era para la piedra. Gavidia se comunicaba con El Hernández, que queda a unos veinte kilómetros en línea recta, él conversaba con El Hernández y le daba razón de los animales y nunca llegó a perderse ninguna vaca ni ninguna bestia.

Gavidia vivió mucho tiempo aquí, en el valle, hasta que llegaron a explotarlo y él se fue. No se supo su paradero. Lo único que contaban nuestros antepasados o se imaginaban que se pudo haber encantado en el Pozo del Saques de Gavidia.

**Contado por Bernardino Moreno (abuelo de Cantalicia, quien murió en 1996, faltando dos meses para cumplir cien años, 1886-1996).
Gavidia, Mérida, Venezuela.**



¹¹³ Queso blanco fresco, muy suave.

Mitología de Don Juan Chiles

Colombia

“El que abre el acceso a lo maravilloso. El que como un hechizo hace atravesar, bajo su experta conducción, mundos entrañablemente familiares. Árbol de gran altura ruge la tierra ofreciendo una gran visión”.

Transcurriendo los años de 1700 anduvo por este mundo don Juan Chiles. Los documentos coloniales dicen que era ...” un indio principal y natural del pueblo de Cumbal, principal de la parcialidad de Nazate, ayllu de Chiles, legítimo heredero del derecho y posesión de estas tierras dejadas por doña Graciana Yaguarana y doña Micaela Chiles Guatín Aza”.

De sus progenitores no se tiene conocimiento. Tal vez fue hijo de sí mismo. La memoria comunera lo recuerda como un hombre poderoso, sabio sin fronteras. Tenía la suficiente fluidez en el andar para atravesar múltiples espacios y tiempos. Andaba por Chiles, Panam, Cumbal, Mayasquer, caminó los lejanos y ásperos caminos de Quito, Popayán y Bogotá, reclamando los derechos humanos y comunitarios. Cuidaba los páramos desde el Galeras hasta el Ecuador, salía y entraba, era cotidiano y extraordinario. Por el Chiles se internaba, siguiendo el espiral de frailejones hacia el jardín de la salud y la sabiduría, a veces era hombre, a veces animal: “cuando entraba a la Laguna Verde salía toro, también se hacía tigre, y andaba por Mundo Nuevo, Cascarillo, El Tambillo, El Tambo, El Gritadero, Chuchala, Marpi y Mayasquer, por esos montes bufaba como buey y cuando llegaba a la casa entraba por la tronera como un gatazo”.

Hoy, aunque ya no es de esta vida, se lo encuentran de repente los que van a Mayasquer y Maldonado; siempre lo encuentran arriba de la Laguna Verde, como un mayorcito con su puntal y su ruana coloreada, unos dicen que es el “ruani colorado”, otros que es el Señor del Río. Últimamente también está dedicado a recuperar la muerte, que la tienen dominada los blancos invasores. Con don Juan Grande se turnan cada ocho días para

recoger los finados del cementerio de Cumbal y llevarlos a la cueva de las tres cruces. Por allí y por ventisqueros lo saben encontrar los hieleros, sudoroso, con la muerte a sus espaldas.

Don Juan Chiles fue un personaje de la vida real de carne y hueso, a quien a cuenta de lo extraordinario de su ser, la gente lo elevó a la categoría de mito. Su pensamiento se evoca como el derecho mayor, derecho a la territorialidad y a la autonomía.

Fue un indígena a quien la pobreza, la humillación, los vejámenes y la enajenación no lo agobiaron en ningún momento. Hizo de los problemas grandes oportunidades de aprendizaje, de los limitantes, fuente de creatividad y del sufrimiento el almíbar de la victoria. Convirtió el dolor en arcilla para moldear sus enseñanzas.

Fueron cuatro en esencia las enseñanzas de don Juan Chiles: saber desatar la letra kichwa; saber labrar a cordel; saber leer las escrituras de Carlo Magno; y ser como el agua, la espuma y el río.”

**Tomado del Plan de Vida del Resguardo Indígena de los Pastos.
Chiles, Nariño, Colombia.**





¡Muchas gracias...!

Éste ha sido un esfuerzo conjunto de muchísima gente que culmina con la publicación de *Entre Nieblas: mitos, leyendas e historias del páramo*.

La iniciativa comenzó literalmente hace siglos, o milenios incluso, cuando los primeros habitantes de los páramos: hombres y mujeres, empezaron a crear mitos y leyendas, y a ser protagonistas de historias en un medio a la vez espléndido y aterrador, luminoso como pocos y oscuro como ninguno, quemante y helado, inmensamente rico y tremendamente pobre.

Recopilar estos textos, algunos antiguos, otros más nuevos, algunos repletos de humor y gracia, otros manchados de sangre y rencores, nos ha hecho sentir honra y felicidad. Ha sido una oportunidad de entender un poco más este ecosistema que poco a poco nos revela sus misterios (aunque nunca todos), tanto desde disciplinas estrictamente científicas, como desde ámbitos más espirituales y místicos. Tal vez el hiato entre estos dos universos es mucho menor de lo que pensamos, y estos relatos, entre muchas otras cosas, nos ayudan a comprenderlo.

Agradecemos a todas las personas que han contado sus historias para que aparezcan editadas -sin ánimo en absoluto de quitarles su sabor local y su sapiencia venerable- en estas páginas.

También agradecemos a la gente que se acercó al páramo para que alguien les narrara estas fábulas y anécdotas maravillosas. Sus nombres aparecen en cada uno de los relatos. Si se nos ha pasado algún nombre debe ser nuestro error, o tal vez simplemente porque no se sabe quién contó esas historias añejas...

Este trabajo está dedicado al genio colectivo de la gente del páramo que ha creado estos textos extraordinarios.

Para la primera versión del libro se contó con el arte de Eduardo Martínez para las narraciones de Venezuela, Olga Lucía García para Colombia, Eduardo Comejo para Ecuador y Erick Manrique para Perú. Hemos utilizado sus soberbias ilustraciones también para esta edición.

Nuestro sentido agradecimiento y nuestra permanente admiración a las personalidades relacionadas con los páramos de cada país, cuyos prólogos enriquecen este libro: Maximina Monasterio en Venezuela, Francisco González en Colombia, Yolanda Kakabadse en Ecuador y Manuel Pulgar Vidal en Perú.

Para esta edición, que extiende hacia un público más amplio una versión que vio la luz en 2007, hemos establecido un asocio fundamental con Editorial Abya-Yala, siempre preocupada por divulgar el conocimiento de temas trascendentales relacionados con la cultura y la realidad de los pueblos latinoamericanos y, en especial, del páramo y su gente. La coedición con una institución de su trayectoria y prestigio permitirá, sin duda, alcanzar una gran difusión. Nuestra gratitud a Anabel Castillo y todo el personal de esta empresa en Quito y a las empresas asociadas para la distribución de sus libros en varios sitios de los cuatro países parameros.

Reconocemos también a las instituciones y personas que permitieron reproducir textos que han aparecido en diversas fuentes. Su amabilidad y apertura han complementado significativamente esta publicación:

- “La Mama Tungurahua y Otros Cerros”, “El Mal Viento”, “El Cóndor Casamentero” y “El Huiñaigüilli” se reproducen con permiso desde: Anhalzer, J.J. 2002. **Cuentos del Ecuador**. Imprenta Mariscal. Quito.
- “Juan Osito” se reproduce con permiso desde: Camacho, J., F. Cuesta, S. Flores, Á. Rivas y P. Mena Vásquez (Comps.). 1999. **Relatos de Oyacachi**. EcoCiencia. Quito.
- “Las Lagunas Verdes”, “La Paila de Cuatro Orejas”, “Los Ruidos de la Mina”, “El Aparecido de la Carretera” y “El Pacto de Rosendo Paredes” se reproducen con permiso desde: Ortiz, P. y L. Vásquez (Comps.). 2005. **Tradición Oral del Cantón Tulcán**. Tulcán.
- “La Campana de Mojanda” se reproduce con permiso del Sr. Joffre Chito desde: http://www.viajandox.com/imba_otavalo_fuyafuya.htm.

Una vez más, ¡muchas gracias!

El Consejo Editorial

Mérida, Bogotá, Quito y Lima, enero de 2009.